

CH228

VIDA MODERNA

NOVIEMBRE

HISTORIA, CIENCIAS, LETRAS, ARTES

VIDA MODERNA

REVISTA MENSUAL

AÑO II. — TOMO V.



MONTEVIDEO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: MISIONES, 202

1901

INVASIÓN PORTUGUESA DE 1816

(ARCHIVO GENERAL DE LA REPÚBLICA ARGENTINA)

(Continuación. Véase tomo IV, página 315)

X

El señor Pueyrredón ya creía disipada la tormenta, por lo que no pensaba sino en tomar las medidas que consideraba más importantes para el sostén de la Plaza. Estaba satisfecho. Con el paso dado, que calificaba de importante, como decía el acta, quedaban, según él, disipadas las esperanzas que los enemigos del País habían depositado en nuestra división intestina. Para él el territorio Oriental y Occidental del gran Río formaban en adelante una masa, que, si era conducida con prudencia, sería el escollo en que se romperían las maquinaciones extranjeras. Y tan seguro estaba del feliz resultado de las gestiones iniciadas, que, sin más trámite, y con la mayor naturalidad, se dirigía al señor Barreyro aconsejándole, como una de las medidas más importantes para el sostén de la Plaza, la de no dejar en ella á las personas que con su influjo y relaciones pudieran neutralizar los esfuerzos y el entusiasmo de sus decididos defensores, tales como los individuos portugueses y españoles europeos que no hubieren dado pruebas inequívocas de su adhesión á la causa sagrada de nuestra libertad. Era así que le indicaba dictara las más prontas providencias para hacerles salir de la Ciudad, destinándolos á algún punto en que no pudiera sentirse el efecto de su cooperación. Igualmente, á fin de que la defensa de la Plaza fuera más vigorosa, decía que se hacía preciso que luego que el Excmo. Cabildo reasumiera el mando político, como se indicaba

en comunicación separada, pasara á nombrar, sin dilación, un jefe militar á quien se encomendara el gobierno en lo concerniente á este ramo, y de cuyo nombramiento debería dársele pronto aviso para entenderse con él en lo relativo á la defensa.

XI

Este era el estado de ánimo del señor Pueyrredón. Ya creía que era un hecho lo convenido en el acta del 8 de diciembre de 1816. No suponía que pudiera encontrar dificultad alguna lo que tan acertivamente se había resuelto por los señores Giró y Durán. Y por eso, sin temor alguno, indicaba, y hasta ordenaba, lo que transcripto queda.

¡Qué ilusión patriótica! ¡Qué horrible despertar!

Apenas recibidas aquellas comunicaciones, se reunió el Cabildo, con el señor Barreyro á la cabeza, y, con un sentimiento de prudencia, como quien se da cuenta de las consecuencias fatales que traería un rompimiento brusco, busca un término medio, y dice al señor Pueyrredón: «es perjudicialísimo invertir el tiempo en contestaciones, cuando es preciso emplearlo todo en rechazar al enemigo: por lo mismo ahí va el ciudadano Victorio García de Zúñiga encargado de contestar á V. E. verbalmente sobre sus últimas comunicaciones, conducidas por su edecán don J. M. Rojas. Y no contento con esto, en la misma fecha (12 diciembre) el dicho Cabildo le manifiesta que cuando «en los momentos de más urgente necesidad esperaban la remisión de auxilios precisos para contener la marcha del enemigo, y cuando por conveniencia de ambos pueblos no debían dejar de esperar las providencias más enérgicas de V. E. para este mismo fin, se habían sorprendido al ver que posponían aquel objeto principal.» Hacíale presente al señor Pueyrredón que él se proponía disponer de la suerte de la Provincia, á estar á los términos de sus oficios citados, lo que «prescindiendo del modo,» decía, «está aún fuera de nuestras facultades. Nosotros, manifestaba, partimos de principios generales y comunes; propendemos á rechazar un enemigo, que tanto lo es nuestro como de las provincias de la dirección de V. E., y en este caso vemos con admiración

que entenido V. E. en un fin secundario, descuida el principal.» El Cabildo prescindía de la importancia de los artículos acordados y se limitaba á sostener que su valor se hacía depender de sus facultades, las que, declaraba, no son, ni pueden suponerse bastantes, para disponer de toda la Provincia, y del Jefe, que está á su cabeza. De aquí que considerara necesario acordar los puntos trascendentales de que «hablaban en términos más serios y con conocimiento de los Pueblos.» Por eso enviaban al señor don Victorio García con instrucciones bastantes para aclarar su opinión sobre ellos y darles el valor que correspondía. Éste manifestaría al señor Pueyrredón «las necesidades del Cabildo y los modos en que la unión debía practicarse, consultando los medios adaptables á las circunstancias, y á darles una firmeza duradera.»

XII

El señor Pueyrredón debió, naturalmente, sorprenderse ante semejante actitud. De ahí que apelara á la nobleza de sus sentimientos. Él reconocía que la defensa de los Pueblos no está librada solamente al esfuerzo de las armas, sino que la práctica tempestiva de medios políticos conducentes, había obrado más de una vez efectos saludables, como lo probaba la historia. Por esta razón, decía el señor Pueyrredón, había meditado el punto y estaba convencido de que la incorporación de la provincia era un suceso político, que terminaba la independencia parcial en que se había constituido: que era el medio conducente, desde que era el fundamento en que la Corte del Brasil había apoyado la invasión, á la vez que protestaba su amistad con estas Provincias. Él estudiaba las instrucciones dadas á los señores Durán y Giró y hallaba que eran suficientes, de acuerdo con aquella declaración del señor Barreyro «de hacer todos los sacrificios que fuesen conducentes á la unión, en que estaban conformes todos los habitantes de la Provincias desde el General hasta el último ciudadano.» Como una prueba de sus sentimientos benévolos, recordaba la escena que se había desarrollado al celebrarse el acta, con cuyo motivo le decía: «quisiera hoy que V. E. y ese ilustre ve-

cindario hubieran sido testigos de los sentimientos de ternura que se apoderaron de mi corazón, y en que prorrumpieron las honra-
bles Corporaciones que había convocado en tan feliz momento. »
Asimismo hacía referencia á las demostraciones de contento que
fueron consiguientes á un acaecimiento de interés tan general,
cuando se hizo público el convenio. Se disculpaba, ó, más bien
dicho, se esforzaba por demostrar el dolor y el desconcierto que
experimentaba al conocer los motivos de negarse á la ratifica-
ción de lo acordado y á querer entablar otro convenio. Repetía
aquí mucho de lo ya dicho en sus anteriores discursos y pregun-
taba si sería posible que hubiera podido preferirse la pérdida de
la Plaza y de ese hermoso territorio en manos de un extranjero,
que sujetaría á su arbitrariedad los derechos más sagrados de
tanta familia americana, antes que adoptar el sistema de unidad
que regía al resto de las Provincias y bajo el cual cada individuo
era dueño inviolable de sus derechos. No podía persuadirse un
término tan fatal ni que éste fuera el voto general de esos habitan-
tes, por lo que no perdía la ocasión de interpelar al señor Ba-
rreyro para que meditara detenidamente en el asunto, y no le
arrebataste á él la gloria de haber contribuido con sus esfuerzos á
la salvación de esa Provincia interesante. Su incorporación al Es-
tado la consideraba como una de las precisas armas que necesitaban
emplearse contra la invasión portuguesa. Abogaba por el centro de
unidad, como fuerza moral que respetan los extranjeros, represen-
tada en el Congreso. Así quería que bajo sus auspicios concurrí-
rase á la defensa. Por lo demás, las armas y provisiones de guerra
y destacamentos quedaban en disposición de partir luego que se
le avisara que quedaban allanadas las dificultades que habían
ocurrido para ratificar el acto y garantido su cumplimiento de un
modo satisfactorio, decía el señor Pueyrredón. — Y, para atraer,
sin duda, al señor Barreyro, á la ratificación de lo hecho, creía
que podía ser conveniente advertir que el General don José
Artigas quedaba con la autoridad que ahora ejercía. Era un gaje á
la política de unidad que aparentemente perseguía el señor
Pueyrredón.

XIII

El señor Barreyro no dejaba sin respuesta esta nota. Pregun-
taba al señor Pueyrredón si él podría jamás justificar su conduc-
ta en el plan de indiferencia que se proponía seguir. No creía
que los portugueses se hubieran comprometido en una empresa
tan seria solo para desistir cuando vieran que los orientales se
unían á las Provincias del Río de la Plata. Ellos no habían hecho
una aventura guerrera sólo para servir á Buenos Aires á fin de que
así obtuviera la incorporación de Montevideo. Creían que ese era
un pretexto que hoy se hacía valer contra los Orientales y que des-
pués valdría contra el señor Pueyrredón. No convenía en que
éste fuera un motivo para contener las resoluciones manifestadas
en la intimación de que había sido comisionado el Coronel Ve-
dia. Suponía que si de la suerte de sus solas personas pendiera
la ratificación del acta celebrada, su partido estaría tomado; pero
que esto les era imposible, porque no podían fallar tratándose
de la suerte de toda la Provincia y de su fuerza armada: que
ella no les había confiado tales facultades y que no abusarían
de la representación que tenían. Necesitaban poderes de los pue-
blos, decía, por su parte, el Cabildo, tal como lo había indicado ya:
que él no podía privarles del derecho de establecer las condi-
ciones que fueran oportunas y fijar los fueros que creyeran ne-
cesarios guardarles: que sus poderes sólo eran para solicitar auxilios
y establecer una unión adaptable á las circunstancias y facultades
de sus poderdantes. De aquí deducía que racionalmente no podía
suponerse que la extensión de poderes del Delegado fuese aún tras-
cendental á quitar la autoridad á su delegante, ni jamás, cual-
quiera de los dos, podría legítimamente disponer de los Pueblos.
A ese efecto el Cabildo le decía al señor Pueyrredón: ¿ con qué
derecho V. E. mismo incorporaría los de su mando, á cualquiera
otro Gobierno? sea cual fuere, ni por qué principios, los creerí-
mos obligados á obedecer ciegamente á él que se quisiera elegir? »
La fraternidad y la unión, decía con mucho acierto, dependerán
del modo con que se acredite en estas circunstancias el interés
por la causa pública. El Cabildo observaba que los habitantes

podrían convencerse de su necesidad y que él propendería, en cuanto fuera posible, á realizarlo con el honor y decoro que correspondían y había sabido sostener. Este punto de vista era el que debía servir de base para entablar sus relaciones. Era necesario defenderlos de un enemigo común. Los habitantes de este territorio, declaraba el Cabildo, ocupados en la guerra, no pueden deliberar, por ahora, el modo en que la unión deba verificarse, ni nosotros podemos disponer de sus principales derechos; sin embargo, procuramos auxilios para batir á un extranjero cuyas miras se manifiestan, y, probablemente, se suponen extensivas á todos los que defendemos la causa de la libertad y sostenemos sus principios. Todo dependía del interés de que se le supusiera dotado al señor Pueyrredón para concurrir á la guerra. De aquí que el Cabildo terminara su nota con esta hermosa y levantada frase: « Si ella puede perjudicar el sistema que ese Gobierno sostiene, nuestras tropas deben considerarse la vanguardia de las de V. E., nuestros esfuerzos el ante mural de los de esos Pueblos; cualquier mal resultado de las primeras es una desgracia para las segundas; pero, si esto no es así, ¡si el sistema de las Provincias unidas es diferente, aclare V. E. sus ideas y fije una opinión cierta, porque en efecto es sorprendente la indiferencia sostenida hasta ahora y la resolución adoptada que se infiere del contexto de su oficio. No es creíble que pueda V. E. preferir la pérdida de esta interesante Plaza y su hermoso territorio á manos de un extranjero, que casi indudablemente intentará dominar á los demás, al deber de concurrir á rechazarlos. » Así el Cabildo incitaba al señor Pueyrredón á que meditara las consecuencias de la apatía, rogándole no dejara pasar la ocasión y tiempo en que los esfuerzos fueran comunes, exponiendo los trabajos, sacrificios y sudores de los Pueblos que presidía, prodigados siete años con tanta liberalidad para libertarse de un yugo como el que los amenazaba. »

XIV

No menos insistente era la argumentación del señor delegado Barreyro. Él no veía otro medio, para sofocar las desconfian-

zas, que el de entrar juntos á la lucha. Así la unión general estaría restablecida, por más que pudiera decirse que los Orientales exigían demasiado, cuando la exigencia grande de las circunstancias era batir al enemigo, sin dar importancia de primera entidad á cuestiones enteramente accidentales. Consideraba un pretexto lo que el señor Pueyrredón alegaba, desde que él mismo ya había declarado al general portugués que las disidencias entre los Orientales y el Directorio no debilitaban el enlace común de ambos pueblos para defender su Libertad. No veía en su actitud más que el interés particular de la incorporación de la Provincia, lo que, decía con gran habilidad y acierto, sería cabalmente lo que, para protegernos, exigiera cualquier nación extranjera. Y con no menos dialéctica agregaba que si los Orientales constituían una nación diferente, asimismo debían proporcionárseles los auxilios espontáneamente, aún cuando no los solicitasen, porque á todas las demás Provincias interesaba el buen suceso de la defensa de aquellos. Pero, agregaba con toda sinceridad internacional: « además nunca puede darse á la disidencia otro carácter que el de accidental, siendo *muy claro que jamás nosotros podríamos caer en el delirio de querer constituir solos una Nación.* » Era noble y sincera, como se ve, la declaración que hacía, nada menos que el delegado del general Artigas, el señor Barreyro. Él reconocía que los Orientales no podían constituir solos una Nación: que necesitaban el auxilio de sus hermanos para hacerlo. Y esto, que en 1816 declaraba el señor Barreyro, con tanta elevación de alma y con el criterio firme que lo distinguía, sería una clarovidencia de su espíritu nutrido por la ciencia y la experiencia. Andando los años, los Orientales constituirían la Nación, en Ituzaingó, por el esfuerzo común del pueblo argentino, en cuyo momento los Balcarce dirían, con fundamento, que ellos tenían plena conciencia, formada al contacto de los sucesos y con los documentos á la vista, de que la Independencia Oriental había sido una aspiración constante de la Provincia que así dejaban constituida desde 1828 en adelante. El señor Barreyro decía al señor Pueyrredón que esa última reflexión debería bastarle para que se interesase en nuestra conservación, pues así colocada la cuestión se convencería de que, ó no había razón para

negar los auxilios ó que no interesaba á los demás pueblos el franquearlos. Y terminaba por decirle, con toda tranquilidad y seriedad, como las que emplea el hombre de espíritu fuerte, pero resignado á su noble suerte: « Si estas razones de conveniencia no son bastantes respetables para el celo patriótico de V. E. yo son las únicas que puedo presentarle para empeñarlo. »

XV

La discusión había llegado á su fin. El señor Barreyro había demostrado las conveniencias de los auxilios solicitados. Su clara inteligencia y su patriotismo práctico habían destruido toda la argumentación del Directorio del señor Pueyrredón. Él tenía á su favor al pueblo argentino, revelado no sólo en aquellas hermosas declaraciones de Rodríguez, Vedia, Balcarce y tantos otros, sino en la propaganda enérgica que habían hecho ó hacían hombres como Moreno, Dorrego, etc., en la prensa de la Capital de el Virreynato. En la atmósfera se sentía el sentimiento de fraternidad y unión. Todos querían la guerra con el invasor portugués. Nadie creía que la Provincia Oriental no fuera una de las hermanas, que en esos instantes aflictivos llenaba la hermosa misión de oponer el pecho á la invasión extranjera, en beneficio común, siendo, como ella decía, por conducto de sus gobernantes, el ante-mural de los demás Pueblos unidos. Y fué así que el señor Pueyrredón, sintiendo el vacío popular á su alrededor y reconociendo esas mismas conveniencias de que le hablaba el señor Barreyro con tanta sensatez y prudencia, buscó el medio de conciliar esa exigencia de la conciencia popular, que no siempre se engaña en medio á los vaivenes de las pasiones, con su criterio político contra el caudillo, más que contra el pueblo oriental. Estaba convencido de la imposibilidad en que se hallaba de conseguir la unidad moral de la que, según él lo decía, únicamente podían proceder el orden y la estabilidad internas á par de la fuerza y respetabilidad exterior. En su consecuencia, visto que ni en el día de los peligros les era dado ver estos sólidos garantes de la seguridad de los Pueblos, se resignaba, y exclamaba ya vencido: ¡ocupen enhorabuena, las circunstancias el lugar de

la razón! Y ya que veía frustrados sus deseos de dar á este territorio todo el vigor político y militar de que lo creía susceptible, prescindía de todo é iba, desde luego, á contraer sus esfuerzos al envío de auxilios. Pero, siempre cohibido, ante la idea de no ayudar al caudillo, le decía: « disponga de 300 fornituras, 300 fusiles, 3,000 cartuchos á bala y 2 piezas de campaña con 100 tiros á bala y ciento á metralla », pero no para la Plaza de Montevideo, no para el caudillo, sino para la Colonia, para la división de don Frutos Rivero, como allí se dice; y esto, porque ésta era la que por su inmediación á la Plaza de Montevideo se hallaba en más aptitud de impedir los ataques que intentara el enemigo. No auxiliaba al general Artigas, decía, porque no se había prestado á sus insinuaciones, y no le había proporcionado un medio de entenderse y de combinar un plan unido de defensa. Todo esto decía el señor Pueyrredón al Cabildo y al señor Barreyro.

Así, de esta manera, quedaba finalizada la discusión, diremos, diplomática, entre el Cabildo de Montevideo y el señor Barreyro, delegado del general Artigas, con el Directorio de Buenos Aires, representado por el señor Pueyrredón. La Provincia Oriental no se incorporaba á las demás provincias, en virtud de un pacto escrito, suscripto por el jefe que la gobernaba, pero se vinculaba sí á sus destinos, yendo á luchar por ellos, sirviendo de antemural, con sus pechos, á la invasión de los portugueses. Iba á revelar que no se entregaba docilmente y que así respondía á las aspiraciones del pueblo argentino, que la diplomacia de la época, las necesidades del momento, la debilidad de las Provincias, no podrían de relieve, pero que ya se destacarían valientemente cuando esas causas desaparecieran. No solamente aquellos próceres habían revelado cual era el sentimiento popular argentino, no solamente el mismo Pueyrredón había hecho sentir sus ardientes simpatías por esos *desgraciados orientales* que luchaban por el bienestar de la América en común, sino que allá iban, al destierro, personalidades eminentes como Dorrego, Moreno y otras, por el único y gran delito de denunciar á la faz del mundo entero que Pueyrredón traicionaba la causa americana al abandonar á los Orientales, en el acto de la invasión

portuguesa; lo que, en el fondo, á estar á los documentos de la época, que el mismo Artigas había interceptado, dándole luz sobre la materia, era una verdad indiscutible. El sentimiento popular y el suyo propio lo arrastraban á la lucha; pero las negociaciones que él ya había encontrado entabladas cuando vino al gobierno y la situación difícil por que en esos instantes atravesaban las Provincias Unidas en la guerra con España, le imposibilitaban para la iniciación de una acción conjunta con el jefe de los orientales, cuyo contacto personal le repugnaba. Él comprendía lo que valían los *desgraciados orientales*, pero él también sentía la influencia malsana, para sus Provincias, del jefe de los Orientales. Él deseaba la unión con el Pueblo Oriental, pero él rechazaba la intervención del jefe que los conducía. Él reconocía que el Pueblo iba tras una gran idea, sin otro propósito que vencer al invasor y mantener su autonomía, pero á la vez veía en el jefe de los Orientales al hombre que conmovía los espíritus de las demás Provincias limítrofes, como Entre Ríos, Santa Fe, Corrientes y aún Córdoba, destruyendo un vínculo que en esos momentos supremos era necesario estrechar más que nunca. Él quería conservar la unión de la Provincia Oriental, por sentimiento y conveniencia, pero comprendía que para realizarla tenía que sacrificar la personalidad de Artigas, como elemento peligroso, disolvente, de esa unidad militar y política que venía persiguiendo, como único medio de llevar adelante las ideas emancipadoras de la Revolución de Mayo. Y, en medio á todo eso, él sabía, mejor que nadie, que la lucha con el Portugal era un problema difícil para las Provincias Unidas. El sacrificio de Artigas y de su Pueblo se imponía; pero ese sacrificio, al que concurría el Directorio, aunque enviando auxilios para don Frutos Rivero, más no para la Plaza, como lo había aconsejado Holmberg, aquel de las instrucciones para los Ministros Ruso é inglés, iba á servir á la causa de las Provincias Unidas. La Provincia sería sacrificada, pero el pecho de los Orientales sería el antemural en que se estrellarían las coronas, el principio monárquico. Mientras ellos se batieran, la avalancha monárquica se detendría á orillas del Río de la Plata. Esa guerra serviría para que allá, por los Andes, á su través, se libera-

ran las grandes batallas, sin temor alguno á las complicaciones con España y Portugal por este lado de América. El mismo Directorio iría al fondo del abismo, en sus jornadas con el caudillaje bravo é indómito, aunque salvando á los demás Pueblos de una guerra con Portugal, para la que no se estaba preparado, pero, eso sí, reservándose para el futuro. Él sacrificaba la Provincia, aunque con harta desgano. Su cerebro parecía dictarle ese sacrificio, pero su corazón le arrastraba á la unión. De ahí esas acciones y reacciones, reveladas en las actas secretas del Congreso de Tucumán, de las que resulta que el mismo señor director don Antonio González Balcarce, antecesor de Pueyrredón, ignoraba, al aproximarse las fuerzas lusitanas, de que se trataba. Balcarce mismo careció de toda brújula en la dirección de negocios tan delicados, por lo que lo encontraban absolutamente desprevenido acerca de sus miras: dudaba hasta de la parte que pudiera tener el general Artigas en aquel movimiento, sin afinar al caso que debiera hacerse de las especies vulgarizadas y contradictorias que corrían á ese respecto: y hasta reconocía que la incertidumbre del gobierno daba armas para suscitarse sospechas injuriosas, que le harían al fin perder la confianza pública, acusándolo de traidor.

En este misterioso proceso nada sabía el mismo ex-director Balcarce. No sabía á qué atenerse ni como proceder. De ahí que pidiera instrucciones al Soberano Congreso, tomando tales precauciones sobre el punto, para guardar el más escrupuloso sigilo, que por lo mismo escribía de su puño y letra la comunicación que dirigía al Congreso diciéndole todo aquello y pidiéndole órdenes superiores sobre la conducta que debía observar en crisis tan arriesgada.

XVI

Esa misma ignorancia y estado de ánimo fueron las de Pueyrredón cuando sucedió á Balcarce en el Directorio. Fué así que en una de sus primeras comunicaciones le decía al Congreso que « las notas de García en toda su extensión se encontraban tan poco caracterizadas y abundaban en tanto misterio que él se

creía, como gobernante, con motivo para aspirar á su mejora: que consideraba de suyo equivoco el paso de la invasión de los portugueses, no obstante el empeño de García de interpretarlo constantemente como favorable: que no creía procedente remitir la sanción de los intereses del país ante un general del ejército; que se necesitaba un nuevo orden de relaciones que tuviera aquel carácter satisfactorio que se echaba de menos en las que existían hasta aquí; y que esto no era fácil lograrlo por otro medio que encargando de los negocios del país á un ciudadano, que, plenamente poseído del espíritu y deseo de nuestra soberanía se esforzara en conseguir comunicaciones directas del citado Gabinete. » Por eso el señor Pueyrredón urgía al Congreso para que se trasladara á Buenos Aires ó se aproximara lo posible, pues á la distancia en que se estaba no se podía adaptar la medida que fuera capaz de precaver los riesgos y demoras. No obstante se ocupaba de poner un ejército, para recibir las proposiciones del general Lecor en la misma actitud que él se había puesto para traerlas. Se quejaba de como la Corte queriendo la paz, no lo decía así, mientras que, por el contrario, empezaba la guerra; lo que hacía que « estos pueblos ardieran ya en un racional resentimiento que los dispusiera á la venganza. » No creía que el mismo bien debiera darse á los pueblos por los medios de la violencia. Quería que la Corte de Portugal hiciera una declaración de sus intenciones, en la seguridad de que si fueran equitativas y convenientes, serían apoyadas por nuestra razón, y *sino, rebatidas con el poder y la fuerza*. Declaraba, en presencia de los sucesos que se desarrollaban, que siempre serían juiciosos, pero á trueque de ser tratados con el decoro que los correspondía.

Era así que el señor Pueyrredón conseguía que el invasor declarara al señor García que S. M. F. no tenía otras miras que las de asegurarse contra el poder anárquico del caudillo don José Artigas y que S. M. F. conservaría con Buenos Aires la misma buena armonía que hasta aquí.

XVII

El momento supremo de la invasión se aproximaba y el señor Pueyrredón sentía que su conciencia le acusaba de complicidad

con el hecho. Y quisiera ascender este enorme peso. No dudó un momento sobre su actitud. Con toda energía se dirigió al Congreso, y en términos levantados le manifestó que tenía fundamento para sospechar que el Rey de Portugal quería abusar de nuestra buena fe, y partir con nuestros enemigos naturales las ventajas que adquiriese por medio de una negociación « dolosa, por lo que creía de su primera obligación dirigir al Congreso soberano una explicación de sus verdaderos sentimientos sobre una materia tan delicada.

Es aquí donde el señor Pueyrredón revela el secreto de su actitud para con Artigas, el Cabildo de Montevideo y el señor Barreiro, demostrando, de una manera concluyente, que era un espíritu que recibía la influencia del aura popular. Se sentía herido al pensar que los invasores, llevados de su ambición, obtuvieran la « tranquila posesión de sus nuevas adquisiciones. » Veía en la actitud de Portugal una acechanza vinculada á la Corte de España, desde que ésta nada observaba « en medio de unos preparativos, que no amenazan menos nuestra libertad », decía, « que los pretendidos derechos de aquella sobre sus antiguas colonias. » Con energía y convicción le declaraba al Soberano Congreso que « los portugueses aspiraban, aprovechándose de nuestra inacción y confianza en sus protestas, á ponerse en el caso de dictarnos la ley á su antojo ó de unirse á nuestros enemigos para subyugarlos, sacando el provecho que puedan de esta perfidia. » No tenía confianza en la intervención de países extraños, que, como es sabido, siempre sacan ventajas « á expensas de los pueblos que afectan reconciliar », fundado en los ejemplos que ofrece la historia. « Estas reflexiones », declaraba, « de suyo sencillas, han penetrado hasta el corazón de las gentes menos ilustradas de esta capital; y temiendo ser la víctima de una política astuta y páfida, no esperan sino un solo indicio que confirme sus sospechas, para desplegar su resolución heroica, de no perder en un solo día la obra de tantos trabajos, de tantos sacrificios y de tanta sangre. »

Era, como se ve, convincente y patriótica la frase del gobernante. El aura popular lo tenía envuelto y á ella respondía. El sentimiento del pueblo argentino estaba ahí de manifiesto. Las

gentes menos ilustradas de la capital temían ser las víctimas de una política astuta y páfida. Les bastaría un solo indicio para confirmar sus sospechas y desplegar su resolución heróica. Esto lo tenía palpado el señor Pueyrredón. Él lo veía de cerca. Nadie se lo inventaba. Lo tenía bajo sus sentidos. Y era así que no tenía dirigirse al Soberano Congreso para comunicárselo, haciéndole ver las consecuencias de la obra de la perfidia y del dolo. Y tanto más lo indignaba cuanto que en esos momentos llegaban noticias favorables de los Andes. Las dianas nos saludaban victoriosos y no quería manchar esas victorias; por lo que, decía, « hoy más que nunca sienten la humillación de abandonarse á la buena fe de una nación, que puede hallar su interés en nuestro oprobio. » Por todo esto creía que el honor, la justicia, la libertad y la seguridad individual y pública exigían otra energía y otra dignidad en los pasos que hubieran de darse, para que el éxito de una negociación con la potencia limítrofe no aventurara la pérdida de unos bienes « que », declaraba, « podemos conservar á pesar de tantos obstáculos, sin necesidad de encomendar á otras manos nuestros destinos. » Y ante esta altiva declaración, que ponía de manifiesto el sentimiento de una nación libre, le comunicaba al Congreso que el camino á adoptarse no podía ser otro que el de exigir previamente el reconocimiento de la Independencia Sud Americana, para luego poder entrar en negociaciones « con el carácter que corresponde á la declaración solemne y jurada de nuestra emancipación política. » Su convicción era tan profunda que para él cualquier otro rumbo que se diera á este negociado lo consideraba « impolítico, ignominioso, contrario á nuestros intereses, á la voluntad del pueblo y á nuestros juramentos. » ¡Por eso con toda altanería concluía por decirle al Congreso: « Si razones superiores le dictasen que debe insistir en otros planes yo le suplico encarecidamente que me exima de tener parte en ellos, constituyendo otra persona que juzgue compatible con sus deberes el desempeño de un encargo que comprometería inútilmente mi seguridad, mi conciencia y mi reputación. Yo toco de cerca las cosas y conozco á fondo los sentimientos de estos habitantes, cuyo celo perspicaz no dejaría escapar el menor proyecto que ofendiese á sus intereses ó su

gloria; y es con estos convencimientos que me he decidido á elevar á V. Soberanía estas observaciones seguro de que encontrarán la acogida que mis buenas intenciones me hacen esperar. »

XVIII

No podía pedirse una actitud más decidida. El señor Pueyrredón sentía la influencia popular. Y por eso, cuando en la Fortaleza reunió á las autoridades locales y á los diputados Durán y Giró, él, con su espíritu saturado de aquel ambiente revolucionario, al ver que la pluralidad opinaba por que se esperase para la declaración de guerra á la resolución del Soberano Congreso, protestaba « pública y solemnemente que no respondía de los males que podían sobrevenir al orden y al Estado, por la inacción en que constituía la decisión expresada al supremo gobierno de su cargo, manifestando al mismo tiempo que si no procedía por sí á declarar la guerra era por conocer que no estaba en sus facultades. » Y este era un sentimiento verdadero en el señor Pueyrredón, por aquellos momentos. Los sucesos que luego se desarrollaron lo arrastrarían, lo mismo que á su Pueblo, por una pendiente resbaladiza; pero era indiscutible que él sentía lo que expresaba: él no miraba con indiferencia á la Provincia Oriental. Y no era indiferente, porque hasta por su propio interés y egoísmo deseaba que el Portugal no se presentara en las orillas del Río de la Plata. Él veía en ese acto una complicación mayor con España. No creía en la sinceridad del Portugal. Lo suponía vinculado á España. Temía la anunciada expedición española. Si bien, pues, le repugnaba la presencia del caudillo oriental, porque le infiltraba ideas de independencia local á sus Provincias, y en ese sentido no le pesaba que el Portugal diera cuenta de él; temía sí la vecindad de una nación con quien podría verse en lucha, aliada de España, y aún de Artigas! Tan candoroso su espíritu ó tan acentuada su aversión por el caudillo, que, en un principio, lo juzgó capaz de venir unido á los invasores, él, Pueyrredón, que, sin embargo, conocía, aunque sin participar de la obra, todo cuanto García hacía en Janeiro, para atraer á los portugueses á la tarea de la destrucción del caudillo!

El Congreso no quería la guerra. Así se lo significaba al señor Pueyrredón. Le prevenía suspendiera el envío de nuevas comunicaciones: que hasta la reunión del Congreso en Buenos Aires no hiciera declaración alguna de guerra al Portugal y que arreglara sólo su conducta á la que éste observara con las Provincias, evitando todo compromiso que no dictaran causales muy poderosas y que procurara continuar en el empeño de poner el país en el mejor pie de defensa. El Congreso accedía á la indicación del señor Pueyrredón, pues pronto se trasladaría á Buenos Aires; y mientras tanto nombraba una comisión compuesta de los señores Darregueyra, Castro y Carrasco que le prestaran consejo en medio de los conflictos que el señor Pueyrredón le representaba.

XIX

El señor Pueyrredón reconocía en nota dirigida al Congreso que el país se hallaba en circunstancias extraordinarias, que la invasión de los portugueses había exaltado el celo de los pueblos, que clamaban por la guerra, y que toda inacción en este punto comprometía la quietud pública y el crédito de las autoridades. Esto era lo que le había conducido á hacer aquel convenio con Giró y Durán, enviando, desde luego, según decían estos, al señor Barreyro, 1000 hombres con 1000 fusiles y ocho cañones, con una flotilla de lanchas para sostener la ciudad de Montevideo. La invasión había herido el sentimiento nacional. Todos se habían sentido conmovidos. A lo unsono se movían todos los corazones. Todos querían la guerra; y por ello el diario oficial de la época exclamaba entusiasmado ante el espectáculo que presentaba aquella corriente popular: « ¿Quién había de pensar que la invasión de los portugueses en el territorio oriental de nuestro río había de producir el efecto de reconciliar á los que moran en sus opuestas márgenes? » El contento era universal, y el Gobierno no sólo lo comunicaba á sus dependencias sino que se dirigía á las propias autoridades de Artigas, en la seguridad de que éstas eran ya una dependencia del Directorio de las Provincias Unidas. Tal era su entusiasmo que no se le ocurría pre-

ver que don José Eusebio Heredia contestara, desde el Paraná, que, si bien celebraba la unión que se le anunciaba verificada entre la Provincia de Montevideo y la de Buenos Aires, era « de sentir no ver de ejecución inmediata el juramento de obediencia al Superior Congreso, autoridad suprema (que se dice) de las Provincias Unidas de Sud América, elección de diputado y enarbolado del pabellón del Gobierno, ínterin no se le comunicara este convenio por el legítimo conducto del señor general Protector; mucho más teniendo en cuenta, decía, respecto á que este anuncio contradice á sus últimas comunicaciones. » Y así era en efecto: Artigas no conocía sino la parte mala de la negociación. Él había interceptado un chasque y además recibido comunicaciones directas de Janeiro. Era así que conocía lo que se maquinaba en Janeiro por don Manuel García. Por eso, con anticipación, se lo había comunicado á sus subalternos, y el Cabildo de Montevideo sacudido á la población en masa para que iniciara la defensa de la tierra nativa. Él, á la distancia, confundía á los hombres. Los creía á todos comprometidos en su ruina. Vea el hecho, pero ignoraba que tanto Balcarce como Pueyrredón no habían sido los iniciadores de la tenebrosa trama urdida en Janeiro por García, con la complicidad de orientales como don Nicolás Herrera. Ignoraba que aún era tiempo de deshacerla, sometiéndose á lo que las circunstancias reclamaban é imponían. Él no podía creer que el señor Pueyrredón le ofreciera con sinceridad una unión que estaba desvirtuada por los hechos. No sabía que en el ambiente popular argentino había una fuerza que hacía decir á Pueyrredón: yo sigo con mis pueblos: acato su voluntad: renuncio á desempeñar el papel ignominioso que no cuadra á mis nobles sentimientos: no puedo traicionar la noble causa de América. Mientras tanto, el caudillo conocía hasta la proclama del invasor. Así lo comunicaba el mismo García al señor Pueyrredón. Le enviaba, desde Janeiro, con anticipación, la proclama que el general Lecor debía dirigir á los habitantes de la Provincia Oriental, allí combinada y confeccionada, quizá redactada por el propio doctor don Nicolás Herrera; y al enviársela, le ponía una nota, en la que decía: « La publicación de este documento, que es aquí un misterio, antes que haya dejado de serlo en la Ban-

de Oriental, comprometerá á alguna persona, que se ha fiado de la probidad del Gobierno de Buenos Aires. Esto basta para que se evite hasta el menor descuido en la Secretaría. »

No puede pedirse un comprobante más elocuente de que el caudillo conocía lo que García tramaba en Janeiro. La proclama que el general Lecor debería dirigir al Pueblo Oriental, meses más tarde, desde su Cuartel general en el Paso de San Miguel (27 de noviembre de 1816), era conocida no sólo por Pueyrredón, á quien García se la enviaba (agosto 26 de 1816), sino que lo era hasta por el mismo caudillo. La tenebrosa trama había trascendido. El caudillo la conocía y por eso se había preparado con anticipación, dando sus instrucciones á sus subalternos, para asumir la defensiva. Era tal su fe, que no esperaba el ataque. Él aspiraba á buscar al invasor en su propio territorio antes que traspasara la línea divisoria que le tenía señalada el tratado de Rademaker de 1812. Por eso cuando Pueyrredón, que todo eso sabía, asumió la actitud de ofrecer sus servicios á la Provincia invadida, enviando al coronel Vedia con comunicaciones para Lecor, reclamando de la agresión, y para el caudillo, ofreciéndole la ayuda y la unión, éste, que nada de aquello ignoraba, no pudo ver en semejante ofrecimiento sino un sarcasmo, una ironía sangrienta. No podía comprender una reacción tan violenta, cuando ahí estaban los invasores extranjeros hollando el suelo querido, desembarcando sus huestes en Maldonado, aspirando nuestro aire y arrancando á las aguas de nuestros ríos las espumas formadas al choque de sus naves. Era tarde el ofrecimiento para el caudillo. Él no alcanzaba á comprender semejante movimiento retrógrado del alma. En su espíritu de hombre de acción no hallaba asidero el sentimiento del político. Por eso no respondía al señor Pueyrredón. Se encerraba en un silencio reconcentrado, pronto al estallido. Ya se oíría, como he dicho, su '*Quos ego*' desde el fondo de las selvas, dicho á su modo, en estilo vibrante, personal, con prosopopeya, como han usado hablar todos los caudillos, en todos los países, en todas las épocas, en los momentos supremos, como encarnando en sí el porvenir de la patria que representan ó creen representar al contemplar las huestes que los siguen. Y á ese silencio se

revertía Pueyrredón cuando, ya agotados todos los recursos de la dialéctica, ante la ruptura del negociado celebrado con Giró y Durán, se volvía á Artigas nuevamente, le enviaba un nuevo comisionado, don Márcos Salcedo, y le decía, al brindarle otra vez su amistad, invitándolo á la unión, no obstante el desprecio que el jefe de los orientales había hecho de sus notas anteriores: « sacrifico con gusto mi vanidad por no dejar cosa que hacer para buscar el consuelo y bien de todos los hermanos, en lo cual cifro mi gloria, esperando que en todo caso el cielo me hará justicia y los hombres no me culparán de sus desgracias. »

ALBERTO PALOMEQUE.

(Continuad.)

LA VUELTA DEL DESTERRADO

Invitado últimamente á consignar un pensamiento, en el album dedicado á conmemorar el centenario del general Urquiza, tuve oportunidad de recordar una visita hecha el año 1866, al vencedor de Caceros, con el fin de interesarlo á favor del diario fundado en Buenos Aires, durante aquella época de conflagración, para reflejar el sentimiento de correligionarios vencidos, desalojados del poder, expatriados y dispersos, en todas direcciones.

No fué aquella la única vez que estuve en San José, si bien la segunda no pasase de los umbrales del Palacio. El relato de ese último viaje, complemento del primero, abarcará el desenlace que tuvo la primera época de *La América*. Ya que hice aquella reminiscencia, voy á narrar este otro episodio de mi juventud, á que se ligan tantas impresiones íntimas y fugaces de la vida que se escapa.

La América, había alcanzado una publicidad ruidosa, en Buenos Aires y Montevideo. Como sucede frecuentemente en casos semejantes, la autoridad empezaba á preocuparse de los efectos de una oposición vehemente y sistemática, y á temer que el diario ocultara ó revelara algún plan político más ó menos peligroso ó descabellado.

Tuve oportunidad de decir que correspondió á ese diario la suerte de publicar uno de los documentos que mayor sensación haya producido en esta parte de América: el tratado secreto de alianza, celebrado por el Brasil, la República Argentina y el Uruguay, contra el Paraguay.

Diré aquí de paso, como obtuve ese precioso documento de naturaleza reservado. El ministro que la Gran Bretaña tenía acreditado en Montevideo, en aquel tiempo, Mr. Lettson, cumpliendo

instrucciones recibidas, ó por acto espontáneo, había solicitado y obtenido de la complaciente cancillería uruguaya, una copia del tratado, que se apresuró á remitir á su gobierno. Se sabe que el secretario de estado en los negocios extranjeros manda allí tradicionalmente á las Cámaras, con otros datos ó antecedentes, la serie de los despachos diplomáticos ó informes de las legaciones sobre asuntos que interesan á los países en que residen. El tratado de alianza iría entre esos documentos, que lord Russel envió á la Cámara de los lores, y que ésta, siguiendo también la costumbre establecida, mandó publicar en el « Libro Azul ». (1)

Reproducida en algún diario inglés, llegó el tratado á manos de un ilustrado compatriota y amigo, Eduardo de las Carreras, que desde Montevideo, cooperaba de todos modos al éxito de nuestra empresa. Se apresuró á traducirlo y me lo remitió á Buenos Aires. Recibirlo y dálo á la imprenta, fué todo uno. Ni un instante me detuve á pensar en las responsabilidades que contraía, al hacer su publicación. Solo tuve en cuenta el éxito del diario; la vanagloria de la primicia.

El número en que apareció el tratado se agotó rápidamente, y, para satisfacer la curiosidad y la demanda, se reprodujo durante varios días consecutivos. La impresión que causó esa revelación fué general y profunda. Formarían volúmenes los comentarios que sugirió en la prensa sud-americana.

En el primer momento, se creyó en una violación del secreto oficial; y se habló de medidas represivas de parte del gobierno. Luego, se pensó tal vez que era preferible suscitar cierta duda sobre la autenticidad del documento, y á eso respondió algún suelto que apareció entonces en *La Nación Argentina*. Sin embargo, la medida de la tolerancia estaba colmada ya, con razón, y *La América* debió quedar condenada desde entonces. Poco después, en efecto, la policía de Buenos Aires recibía orden de detener á su director, y otros ciudadanos, sospechados de prestarle su colaboración.

Sabiendo que un comisario de policía me buseaba, me pre-

(1) El ministro de relaciones exteriores en la República Oriental del Uruguay, que era el Dr. Carlos de Castro, justamente afectado por esa publicación, reclamó de ella en una carta dirigida á Lord Russel, carta que no tuvo consecuencia alguna.

senté en el Departamento, donde quedé detenido. Allí tuve la satisfacción de hallarme más tarde en compañía de Carlos Guido y Spano y Juan José Soto. El primero, bien caracterizado, por su reputación literaria tanto como por su espíritu independiente, había publicado en *La América*, dándoles su nombre, una serie de artículos que luego aparecieron en forma de opúsculo, bajo el título de « El gobierno y la alianza ». El segundo era realmente asiduo colaborador del diario, guardando el anónimo. También fué detenido el propietario del establecimiento tipográfico por donde aquel aparecía, señor Alejandro Barnehim, quien no tardó en recobrar su libertad, mediante las gestiones que debió hacer y su probable compromiso de no continuar la publicación que motivaba el arresto.

Más tarde, se dejó también libre á Guido, á quien, por su parte, no le plugo agradecer esa distinción, pues hizo circular profusamente, al día siguiente de abandonar la cárcel, en hoja impresa, á falta de otro vehículo, la más fogosa y enérgica protesta contra los gobernantes y su política. Mientras esa hoja se distribuía en el público, Guido venía generosamente á visitarnos en nuestra celda.

Habíamos quedado en la policía don Juan José Soto y yo. Un buen día, fuí llamado á la Comisaría de Órdenes, donde se me notificó que el gobierno, usando de la facultad acordada por el artículo 23 de la Constitución, había dispuesto trasladarme á Bahía Blanca — no era entonces ese destino tan agradable como hoy — sinó prefería salir del territorio argentino. Contesté, sin vacilar, que me iría al Salto Oriental, y el comisario tomó nota de esa manifestación, que ocultaba mi verdadero designio. Comuniqué la nueva á mi compañero de prisión, en esos momentos afanado en barrer el polvo escondido en los huecos del umbral de nuestra habitación, con la vulgar escoba, que reemplazaba en sus manos las armas simbólicas de la Academia.

Dos horas después, recibía el señor Soto igual intimación. De buena gana habría seguido mi ejemplo, pero temeroso de que tal pretensión apareciese sospechosa y fuese denegada, declaró que se embarcaba para Europa. En aquella época saltan muy de tarde en tarde los vapores de ultramar, y el señor Soto se proponía ganar tiempo para arreglar sus asuntos particulares.

No debo omitir un detalle. Una vez detenidos, interpusimos nuestra queja ante la justicia federal. La causa estaba en las mejores manos. Eran nuestros abogados el doctor Eduardo Guido, el doctor Miguel Navarro Viola y el doctor Aurelio Palacios. Solo vive el primero de los tres. Conocida era la vehemencia que distinguía principalmente al segundo. Cuando el doctor Navarro Viola supo que habíamos acatado la intimación oficial, no ocultó su disgusto y su reprobación. Hubiera querido que desconociésemos en absoluto el derecho del gobierno y sus agentes, — dejando que obrase la fuerza y que la medida se hiciese efectiva solo por la violencia, arrancándonos « con las bayonetas en el vientre. » Decididamente ninguno de los dos prisioneros tenía el temperamento del austero é inflexible abogado. Mi espíritu juvenil debió sentirse turbado, entonces, ante la superioridad de aquel carácter.

El mismo día, ó al siguiente de aquel en que fuimos llamados á la Comisaría de Órdenes, ésta nos comunicaba las resoluciones superiores. El señor Soto debía prepararse para partir en el primer paquete, que saldría ocho días después. Yo debía embarcarme al día siguiente en el *Villa del Salto* para seguir á ese mismo destino.

Así fué. Acompañado por un comisario, y seguido de numeroso grupo de compatriotas y amigos, satisfecho ó indiferente, salí de la prisión para el muelle antiguo, de donde un bote nos llevó al vapor. Aunque el comisario expuso al capitán mi condición de desterrado, aquel observó que no tenía medios de vigilar á sus pasajeros, ni podía constituirse en mi carcelero. Mi intuición no había fallado.

Al fondear el buque en el antiguo Arroyo de la China, frente á Concepción del Uruguay, entonces capital de la provincia de Entre Ríos, tomé un bote y bajé á tierra. Allí pensaba quedarme provisionalmente, pues ni un solo momento tuve la idea de dirigirme realmente al Salto. Me creía condenado á no pisar la tierra uruguaya, de que yo mismo me había expatriado, y contra cuyo gobierno había desplegado mi bandera de guerra en la última y frágil nave que acababa de sumergirse.

Me alojé en una posada, donde había numerosos orientales.

De allí escribí á mi compañero el señor Soto, relatándole la facilidad con que había ejecutado mi programa, al pie de la letra. El relato le sedujo tanto que se animó á revocar su anterior determinación, y á manifestar igualmente su deseo de trasladarse al Salto Oriental. Pocos días después arribaba el señor Soto al Uruguay.

Lo que menos había pensado yo, al llegar á mi destino, era ponerme en relación con las autoridades de la provincia. Fué lo primero en que pensó mi compañero « de infortunio », ayudado al efecto por sus relaciones particulares. Desde el primer instante, el gobernador, un señor Domínguez y el ministro general señor Sagastume, le indicaron la conveniencia de que fuésemos á saludar al general Urquiza, en San José. Nadie iba al Uruguay sin creerse obligado á rendirle ese homenaje.

En una galera antigua, una mañana, nos dirigimos á la morada del ilustre caudillo, la verdadera y exclusiva autoridad de la provincia. Desde el pórtico hicimos pasar recado, y esperamos, no sin cierta desconfianza, que, como se verá, quedó justificada. Un oficial vino á decirnos que el general lamentaba no poder recibirnos, y que creía también de su deber avisarnos que, si el gobierno nacional, reclamaba de nuestra presencia en Entre Ríos no debíamos contar con su protección, pues se vería obligado á hacer cumplir las órdenes de aquel. Nada había que observar.

Regresamos así al Uruguay, bastante desairados, y justamente preocupados con situación tan incierta. En el camino formé mi plan y manifesté al señor Soto mi resolución de seguir viaje hasta Concordia, en el vapor que al día siguiente pasaría, aguas arriba, deteniéndose en aquel puerto.

Esa noche se vió mi compañero con el gobernador y su ministro, á quienes informó del lance. Ellos debían saber á qué atenerse, pues sonrieron, no dando ulterioridad ó alcance á la prevención que habíamos recibido, y con la cual se había propuesto el general « guardar las formas. »

Don Juan José Soto resolvió quedarse. Mi determinación primera fué inquebrantable, y al día siguiente de regresar de San José, como lo había pensado, seguí viaje para Concordia, donde

debía permanecer solo algunas horas. Mi idea era regresar en el mismo vapor á Buenos Aires, de donde había salido desterrado hacía pocos días, y tomé mi pasaje con toda la tranquilidad de la inocencia. Recuerdo que el comisario del vapor era mi compatriota Rafael Anavitarte.

No era precisamente un inconsciente. Estaba convencido íntimamente de que el gobierno no había tenido otro interés que el de suprimir el diario. Acaso pensó que no podía hacerlo directamente, mientras que la Constitución le habilitaba para obtener ese resultado disponiendo de la persona de su director. Logrado aquel objeto, debía serle indiferente lo demás. Probablemente nos envió al destierro porque no sabía que hacer de los detenidos.

Al fondear en el puerto de la Concepción del Uruguay el vapor en que regresaba de Concordia, subieron á bordo don Juan José Soto, algunos otros compatriotas, y Olegario V. Andrade, quien redactaba entonces *El Porvenir*. Todos ellos iban á empuñarse en que bajara yo á tierra, asegurándome que contaría allí con garantías eficaces y con ventajas positivas. Agradecí, pero no acepté. Mi suerte estaba decidida. Seguimos aguas abajo.

Fondeó el vapor que me conducía, en el puerto de Buenos Aires, un día en que desembarcaban heridos de la guerra del Paraguay. Un público enorme acudía al muelle con ese motivo. Tomé una lancha y me dirigí hacia el Riachuelo, donde pensaba desembarcar. El río estaba muy bajo. No soplabla brisa alguna. Era imposible usar la vela. Avanzábamos lentamente, á fuerza de botolón. Aquello era eterno, y grande mi impaciencia.

Observé entonces que penetraban algunos carros en el río y atracaban á una embarcación para recibir las mercaderías de que iba cargada. ¿Porqué no entraría yo en cuenta y al amparo de ellas, — conforme pasa la mercadería enemiga bajo bandera neutral ?

Algo de eso debí pensar, pues momentos después, descendía del carro, envuelto en mi capa, á la altura de la calle Venezuela y entraba en Buenos Aires, pensando que no sería probablemente el

primer desterrado que habría vuelto inmediatamente, de la misma manera, al teatro de sus hasanías, como vuelve el reo sobre la huella de su delito.

AGUSTÍN DE VEDIA.

Buenos Aires, Diciembre 1.º de 1901.

EL ARBOL DEL BIEN I DEL MAL ⁽¹⁾

¡Que existen todavía quienes comulgan con la rutina! ¡Y qué? Personas hal aun que no entrarán en un tranvía así las aspen, i labradores que continúan mui contentos con sus arados del tiempo de Ostris! Pero quieran ó no esos seres respetables, lo nuevo se impone siempre, por ser siempre mas racional incomparablemente que lo viejo.

Lo mismo sucederá cuando deje de usarse la y griega como conjunción o como final en *hay*, *voy*, *estoy*, *cay*, *vey*. . . .

(E. BENOIT — *Exámen crítico de la Acentuación castellana*, páj. 9, Madrid 1888).

No voi a tratar aquí del árbol del paraíso terrenal, de ese que tantos sofocones i jaquecas ha dado a la humanidad: de ese manzano o higuera (que por no ser mui fuertes los autores de aquel tiempo en la horticultura del Eden, no ha llegado hasta nosotros el verdadero nombre del árbol prohibido). Será mi relacion sobre el árbol de Samos, de ese que Pitágoras lo hizo

(1) — El señor FIDELIS PASTOR DEL SOLAR, es un distinguido escritor y artista músico chileno. Nació en la Serena en 1830. Fueron sus padres don Bernardo del Solar, descendiente de los antiguos condes de Cagigal y senador de la República, y la señora Margarita Quiroga, matrona distinguida perteneciente a una familia noble oriunda de Galicia. Recibió su primera educación en el hoco de la Serena. Completó su cultura en el Instituto Nacional de Santiago. En 1850 emprendió un viaje de estudio y de recreo por Europa, en el cual visitó las primeras capitales del viejo mundo, adquiriendo útiles y universales conocimientos. Volvió al país en 1862 y se consagró con ahínco y provecho al cultivo de las letras, colaborando activamente en *La Linterna Literaria*, *La Revista Instructiva*, *El Correo Literario*, *La República* y *Los Tiempos*.

Habiéndose dedicado a los estudios filológicos, publicó en 1870 un libro titulado *Reparos al Diccionario de Chilenismos* de don Zorobabel Rodríguez, obra utilísima y de profundo análisis que le valió sinceros aplausos de las personas imparciales y poco halagadas críticas de los Eróstratos del templo de las letras.

Perseverando en su afición a los estudios de la lengua castellana y de la ortografía de la Academia Española, publicó más tarde un razonado artículo con el título de *La z ante de consonante*, que le mereció los honores de la reproducción dentro y fuera del país y el cual

símbolo de la vida, tomando el pie por la Infancia i la herquilla por los dos caminos de la Virtud i del Vicio que se toman al salir de la pubertad: es la letra upsilon, llamada también y griega i despues ye. Los griegos la llamaban la letra de Pitágoras o el árbol de Samos, aludiendo a que en esta isla nació aquel filósofo. Nada de sorprendente tiene, pues, que siendo el símbolo de la Virtud i del Vicio, llame yo a esa letra, del Bien i del Mal. Por otra parte, esa letra exótica, multimoda, camasuquinco, camaleónica i mimada por los que aun visten chupa i espadín, debió ser el símbolo, mas del mal que del bien, puesto que permanece en el idioma de Castilla haciendo las veces, ora de vocal, ora de consonante: de persona i de bestia: de dos naturalezas, como el Salvador del mundo.

Estas reflexiones o disquisiciones me han sido sugeridas por unos estudios sobre esta letra del alfabeto castellano, publicados en la revista VIDA MODERNA, que se edita en Montevideo, que llevan la firma « Panduro », i que, segun la nota de la Direccion del periódico, su autor es don Benjamin Sierra i Sierra, actual inspector de las escuelas del departamento de Rocha (Uruguay); quien « ha dedicado toda su vida, como lo asevera la revista mencionada a la noble mision de la enseñanza i ha desempeñado una serie de cargos en el profesorado con laboriosidad i competencia. »

Reconozco, como los señores directores de VIDA MODERNA

corre impreso en los *Anales* de la Universidad. Conserva inédito un trabajo denominado *Boeculario de la fraseología del verbo echar*. En 1899 ha publicado un importante libro bajo el nombre de *Estudios Filológicos*. Esto es cuanto se refiere a su labor intelectual. Como artista musical, ha compuesto más de cincuenta piezas llenas de inspiración i sentimientos. Se distinguen las denominadas *Lanceros chilenos*, y las *Cuadrillas á don Pedro León Gallo*, composiciones populares que son la delicia de los salones y el adorno del repertorio de las bandas de música nacionales.

La actividad artística i intelectual del señor Solar promete para el futuro nuevas y honrosas obras de su ingenio que aquilatarán su gloria.

Estos datos los hemos tomado del *Diccionario Biográfico General de Chile*, [del señor Pedro Pablo Figueroa, (segunda edición, corregida i aumentada, 1988), para seguir nuestra línea de conducta, ya trazada, de publicar los rasgos biográficos de los colaboradores de VIDA MODERNA. Por lo demás, el señor Fidélis Pastor del Solar es un riño conocido de los intelectuales uruguayos, pues colaboró asiduamente en la notable *Revista Nacional* dándonos á conocer páginas ya hermosas, brotadas al calor de sus reminiscencias de viajero, ya profundas y eruditas en los estudios de su ciencia predilecta y que lo acredita uno de los filólogos más eminentes de la América latina.

que el autor del *Árbol de Samos* (que tal es el título del artículo filológico del señor Sierra), ha escrito con sano criterio i revela a un paciente observador; pero a la vez noto en varios pasajes de su artículo vacilaciones i timidas para afrontar de lleno la reforma ortográfica, alegando para ello que « solo Chile, por respeto quizá, por gratitud, por atavismo, por trasmitido de jeneracion en jeneracion las transfiguraciones ortográficas de su ilustre decano en las letras » (don Andres Bello), añadiendo que « hasta ahora, en la Argentina, el Consejo Supremo de Educacion, no impone a sus obras tales innovaciones, i que tampoco los demas países sud-americanos han adoptado la iniciativa introducida por Bello. »

¡Gloria a Chile! entónces, por haber sostenido con brío las reformas del ilustre filólogo o lingüista venezolano (que no lexicógrafo, como lo llama el señor Sierra); gloria a Chile por haber hecho solo la campaña, firme, sin volver caras como Venezuela, su patria, que reaccionó inspirada por la obstinacion de la Academia en mantener la estagnación i la rutina. Por atavismo, dice el autor de « El árbol de Samos », quizá Chile ha mantenido las doctrinas de Bello en vijencia desde su iniciacion, doctrinas que fueron sostenidas por el inolvidable educacionista Sarmiento, llevándolas a la práctica con sus textos de instruccion primaria.

Parece que el señor Sierra toma á Sarmiento por iniciador de las reformas ortográficas de 1843, i que Bello habia fracasado por las suyas de 1825: profundo engaño sería que así pensase: no hai una sola reforma de las propuestas por Sarmiento que no procedan del maestro de la juventud chilena i del mundo que habla castellano, don Andres Bello, de ese gigante de las letras, a quien España misma ha tenido que acatar en sus doctrinas, teórica, pero no prácticamente, ptes la confesion de sus deficiencias i la primacia sudamericana en conocimientos lingüísticos de su propio idioma no es fácil que se proclamen a todos los vientos. Basta que las reformas partan de América, para que España ponga su veto, a pesar de los abrazos efusivos que se prodigan por el léxico oficial español a sus hijos de América.

El atavismo de que habla el señor Sierra no existe en Chile

para admitir a ciegas lo que el maestro nos presentó como mejor de lo que existía; ese atavismo se observa desgraciadamente en nuestros hermanos de Sud-América, que no tienen bastante enerjía para independizarse de la madre patria en aquello que lejitimamente tienen derecho a pensar i obrar sin mentor alguno. La verdad no tiene por qué avergonzarse de marchar sola con paso firme hasta arribar al punto a que se propuso ascender. El respeto i gratitud por un sabio no llegan al grado de aceptar sin discusion lo que ese sabio indique: puede tambien un docto equivocarse, ofuscarse con una teoria: ser un visionario sin dejar de ser una lumbrera de la ciencia; pero el criterio prudente de un pueblo bien dirigido, acepta lo bueno i desecha lo malo o defectuoso. Es mas fácil pecar por mantener lo existente que seguir las doctrinas de un redentor al instante de proclamadas: es tan cómodo no afanarse por lo nuevo; es tan fácil seguir la rutina: esto de estar interpolado en la muchedumbre no compromete: siempre el innovador es un loco para el vulgo.

Que no es urgente la reforma ortográfica i que nada debe hacerse por escribir como hablamos, nadie puede vociferarlo seriamente: existe la tendencia fonética en todas las naciones hoi dia, no solo en las de orijen hispano: Francia, Italia, Alemania, i hasta Inglaterra tienden a reformar su escritura para hacerla llegar gradualmente hasta el fonetismo perfecto de que se asusta tanto el señor Sierra. No pedimos en Chile esa perfeccion de golpe, porque la luz repentina ciega completamente al que ha permanecido en las tinieblas: a un enfermo de la vista se le somete a cierto tratamiento en que despues de la operacion se le va soltando poco a poco el vendaje i abriéndose con precaucion ventanas i puertas: esto es lo que Chile ha hecho siguiendo la senda trazada por su maestro: escribir con *j* todas las palabras de sonido fuerte i con *g* las suaves; dar a la *y* griega o *ye* nada mas que valor de consonante i nunca el de vocal, i aunque Bello no se preocupó del uso afectado que tiene la *x* antes de una consonante, Chile aceptó esta reforma, proclamada por muchos autores peninsulares, como lo he demostrado en mi opúsculo *Estudios filológicos* exhibiendo una larga lista de obras españolas que están con *s*.

Existen en mi pais, es verdad, entusiastas i respetables escritores fonéticos como los señores Carlos Cabezón, Carlos Newman, A. E. Salazar i otros, como lo fué tambien Sarmiento han sido considerados como locos o extravagantes. El radicalismo de sus doctrinas ha espantado a los rutinarios: el sol mirado frente a frente mata la retina: eso es lo que ha sucedido a muchos chilenos, que han visto solo sombras en las publicaciones fonéticas de estos distinguidos propagandistas del fonetismo; pero aquellos que vamos poco a poco retirando la venda del facultativo no nos ofusca la luz, solo pedimos que la Academia española, custodia del idioma que hablamos, oiga i proclame las innovaciones que están en práctica en Chile, i una vez aceptadas por nuestras repúblicas hispano-americanas, vaya levantando otros centímetros la venda, i entónces llega el caso de proponer la supresion de la *h*, las letras mudas i mas tarde quizá otras reformas que los fonéticos absolutos practican hoi, sin sospechar el mal que hacen: es como si estos señores, siendo cristianos fuesen al corazon de la China, de la Turquía, de la Persia o a las naciones salvajes de Africa a predicar e implantar las doctrinas de Cristo: pagarian con la vida su audacia, por mas santa que fuese su mision.

Eduardo de la Barra, esa lumbrera de las letras americanas, ese eminente filólogo que ha propagado el fonetismo en diversos tratados de enseñanza primaria i superior; que ha escudriñado hasta las víceras del castellano; que ha desenterrado hasta las hojas perdidas de los poemas épicos de los primeros escritores de la época mas reinota, como ser el poema del Cid, último tesoro de ese ingenio admirable, ¿entrará tambien en el número de los locos que ponen al idioma ajerigonzado i ridículo, como lo asevera el señor Sierra?

El escritor que acabo de citar no llevaba a la práctica en sus libros la fonética absoluta, por los mismos temores que he señalado mas arriba: se contentaba con lo implantado en Chile por el maestro Bello: no siguió siquiera a Sarmiento, ni menos el método de Jimeno Aguirre; pero publicó «La reforma ortográfica» (su historia i su alcance), «Ortografía fonética», «Tratado de Ortografía reformado conforme al sistema adoptado

en Chile» i en uno de estos tratados se expresa así: «Cada sonido debe tener su letra que lo reproduzca, i no mas; cada letra no puede representar mas de un sonido, so pena de caer en la confusión i el enredo i dificultar el arte de escribir, que puede i debe ser sencillo.»

Hasta aquí por lo que respecta á escritores de oríjen hispano. Citaré al señor Sierra lo que dicen los autores franceses respecto de la importancia, necesidad i universalidad de las reformas ortográficas, que comenzaban a preocupar a diferentes países a fines del siglo XIX.

Paul Passy en su obra «Les sons du français» dice lo siguiente: «La primera edicion de este librito (1887) estaba destinado especialmente a mis colegas de la «Sociedad de Reforma ortográfica.» Había observado que algunos de ellos no se penetraban bien de las dificultades que se seguirían de un cambio radical en nuestra escritura. Por mi parte, persuadido de que la cuestion ortográfica no podía ser resuelta sino por un estudio sistemático de los sonidos de nuestra lengua, había ensayado poner al corriente á mis colegas no lingüistas de los principales resultados de la fonética o ciencia de los sonidos.

Desde entonces todo ha cambiado: si la reforma progresiva de la ortografía está mas que nunca de actualidad, no se piensa ya en introducir de un día para otro un nuevo sistema de escritura en el uso jeneral: en cambio se ha observado que la fonética tenía muchas otras aplicaciones.

«Por una parte, los jóvenes filólogos comprenden cada vez mas que el estudio de los sonidos del lenguaje es un preliminar indispensable de la fonética histórica, a la que presta los mismos servicios que la jeografía a la historia; i como es conveniente trabajar desde luego con los materiales que se tienen a la mano, se ocupan cada vez mas del francés actual.

«Por otra parte, los profesores de idiomas principian a comprender las enormes ventajas que ellos i sus discípulos pueden sacar del conocimiento de la fonética i del empleo del dictado. (1) También ellos se ponen ya a estudiar los sonidos de nuestra lengua. Particularmente un sinnúmero de profesores de frances en

(1) Revista Científica. 7 de mayo de 1901. (Nota del autor de la obra.)

el extranjero se dedican á sus estudio, ora para corregir su pronunciación si fuere defectuosa, ora para ponerse en aptitud de corregir la de sus discípulos.

«Los preceptores de primeras letras, los maestros de ciegos, sordo-mudos i de tartamudos; los profesores de canto, los taquígrafos, se convencerán cada vez mas de los servicios que puede reportarles la fonética.» (PAUL PASSY. Le sons du français. París, 1895.)

★

«La cuestion de la reforma ortográfica tiene su oríjen desde hace mas de tres siglos. Veinte veces enterrada, veinte veces resucitada, acaba de reaparecer con mas vitalidad que nunca. Es que aparte de su propia importancia i del progreso real que persigue por si misma, puede alegar hoy en su favor razones cuya legitimidad y urgencia no podrían desconocerse: reducir la ortografía á reglas mas sencillas, mas fijas i mas lógicas, sería abreviar la enseñanza y facilitar su aplicacion: habría en ello una preciosa ventaja para nuestros estudiantes, economizándoles el tiempo i esfuerzos en obsequio de un programa de estudios que va ensanchándose día por día. A mas de esto, si se piensa en las rivalidades i obstáculos que actualmente encuentra nuestra obra de colonizacion; sería prudente descuidar un medio que puede ir en apoyo de la propagacion de nuestra lengua i por consiguiente al triunfo de nuestra influencia, de nuestras ideas i en obsequio de nuestras necesidades? (1)

«Esas consideraciones han llamado la atencion de los doctos: la campaña emprendida contra los vicios de nuestra escritura no ha sido iniciada como cincuenta años há, por escritores en busca de popularidad: son literatos competentes i lingüistas autorizados los que piden a la Academia la revision del vocabulario, no

(1) Es lo que se propone con tanta actividad como diligencia la asociacion nacional fundada en 1883. Intituida *Alleanza francesa* ha comprendido cuán importante es «hacer nuestra lengua mas rápidamente adaptable para nuestros compatriotas flamencos, belgas, vascos; para nuestros subordinados o aliados de los países musulmanes; por último para tantos extranjeros, clientes o amigos, ya fueren de la nacion francesa o de carácter francés.» Véase el artículo de R. Foucault, *Revue Bleue*, 3 de enero de 1893. (Nota del autor de la obra citada.)

solo en nombre de la ciencia, sino tambien por interes verdaderamente nacional.

« Por otra parte se sabe que el interes es jeneral: España marcha a la cabeza, i últimamente, por do quiera, en Alemania, Inglaterra i en América; en Holanda, en los paises escandinavos i en una parte de las rejiones eslavas, se han notado esfuerzos individuales i despues colectivos para arribar a la simplificacion de la lengua escrita. En Francia se han fundado varias sociedades de reforma ortográfica que han recibido el estímulo a la aprobacion de miembros distinguidos de la enseñanza superior. La prensa periódica, por su parte, ha interesado a la opinion pública en el asunto, i lo ha puesto, hasta cierto punto, de actualidad. (CH. LERAIGNE, *La Réforme Orthographique et La Académie française*. Cap. 1.º)



El autor frances de la *Réforme Orthographique* atribuye a España la gloria del movimiento reformista de la escritura. Si se toma en cuenta la iniciativa de Nebrija, Matco Aleman, Juan Lopez de Velasco, Gonzalo Correas, Bartolome Jimenez Paton en los siglos XV i XVI; don Fernando de Araujo en el siglo que acaba de concluir, es indudable que la madre patria nuestra tuvo varones ilustres que salvando las barreras del oscurantismo, no trepidaron en pasar por ilusos o dementes, i fracasaron, aplastados por la ignorancia; pero ¿quien ha derramado la semilla en buen terreno i este ha producido sus frutos lozanos, aunque a veces algunas tempestades de granizo han producido algunos estragos en la sementera? Este es Chile, ese único pais, que el señor Sierra mira con cierto aire de lástima que haya quedado solo batiéndose con la Rutina en campo abierto, aun en su propia casa: ¿tambien aqui tenemos una escuela conservadora, una escuela que acata las doctrinas de la Academia Española hasta en sus errores? i perdone el doctísimo don Juan Valera quien me hizo el honor de detenerse un momento a hacer un juicio crítico de mi *Carta de par en par*, que le diga que esa corporacion de sabios comete errores tambien, pues Salomon

dijo: « *Homini est errare, insipientis vero peravertare* », lo que es una gran verdad. Cada uno de los miembros del cuerpo docente de Madrid tiene sus partidas mas o menos de progresista, i en el señor Valera observo que en sus obras, que siempre leo con vivísimo interes, hai progreso mas que suficiente para asustar al cuerpo colejiado a que pertenece. Cuando los señores académicos están reunidos en cuerpo o tienen algunos de ellos que desempeñar comisiones a nombre de la Academia, se amilanan, desfallecen, i América, que aguarda su beneplácito para lo que propone en beneficio del lenguaje, i de su escritura, recibe desengaños i desaires tales, que pueden atestiguar muchos filólogos sud-americanos.



Volvamos, pues, ya al punto dilucidado por el autor del *Arbol de Samos*, al *upsilon*, *y*, griega o *ye*.

¿Cuánto nombre diferente! cuántos diferentes sonidos ha tenido el arbolito! cuántos oficios variadísimos se le hace desempeñar en la escritura! Ya hace el papel de tenor, ya de tiple; de persona o de grillo. Los tipógrafos miman a este tipo, i desprecian a la *i*, porque dicen que la latina se les cae de las cajas, i como la griega tiene gancho (pero nó de andaluza), les conviene colocarla cuando va sola, o lo que es lo mismo, cuando hace el papel de grillo, que tal es su sonido cuando, como consonante que es, no puede por sí sola articularse, i entónces no produce sonido humano. « *Letra consonante* », dice el Diccionario de la Academia, es cada una de las que no suenan sino con el apoyo de una o dos vocales, i son resultado de las varias articulaciones de la voz, como la *b*, la *c*, la *ch*, la *d*, la *f* i todas las del abecedario, excepto las vocales. »

La *y* ¿a cuál de las dos clasificaciones de letras pertenece? « *Y*, Vijésima séptima letra del abecedario castellano i vijésima segunda de sus consonantes. Llamábase *i* griega i hoy se le da el nombre de *ye* » dice el Diccionario de la Academia de 1899, i basta para definir la cuestion teórica de su sonido i su verdadero oficio en la escritura; lo demas son miramientos, con-

cciones, excepciones, caprichos i condescendencias para permitir que desempeñe esa letra intrusa ministerios que no le competen.

Ni aun en la banca del aula tiene asiento fijo *upsilon*, y griega o *ye*, como despues del sacramento de la confirmacion la ha venido a denominar la madre iglesia de Madrid. Dominguez dice que debe ocupar el N.º 26 de la banca i que es la 20.ª de su raza; la Academia, Bárcia i el Enciclopédico Hispano-Americano la quita de ese puesto y la corren al N.º 27, i por fin Zerolo le da un puntapié i la relega al N.º 28.

He dicho que don Ramon Joaquin Dominguez pone a la *ye* en un sillón mas elevado que los demas lexicógrafos, i esto lo atribuyo a las carocas que le hace en su léxico cuando dice: « Es ademas notable como usualísima conjuncion copulativa de singular elegancia y fluidex en ciertos casos, que une, encadena i eslabona las oraciones i su relativo contesto, de lo cual seria ocioso reproducir bien notorios ejemplos á cada paso tropezados en la conversacion familiar. »

¿Qué mas piropos puede echar un galán a una dama que los que este chichisbeo de nuevo cuño propina a su Dulcinea?

Y la pobre letra latina, desairada, hija de alta alcurnia i la única lejítima; ¿por qué no une, encadena i eslabona las oraciones, i hasta con mas elegancia i fluidex que la bastarda i pobrísima emigrante de Grecia?

En otro pasaje dice el señor Dominguez que el principal objetivo de la introduccion de la *y* en nuestro abecedario fué para servir de vocal en las palabras que tienen aquel carácter por su orfén griego, i que este uso *no ha llegado a prevalecer*, pues ya nadie escribe *Gerónimo*, *pyra*, *lyra*, i agrega que aun se conserva i *parece muy bien*, v. g. en las palabras *buey*, *grey*, *ley*, *rey*. »

¿Si? Es particular la hermosura de la dama; o ¿será por respeto al *rey*, su sana real majestad que no quiere variar una tilde de su estampilla real, como que ésta fué la verdadera razon, como lo he dicho en mis *Estudios filológicos*, de haberse detenido los académicos en las reformas que empezaban a hacer en esta letra. Solo dos casos quedan de su intervencion entre las

véstas: los diptongos finales i como conjuncion, ninguno de los cuales puede defenderse seriamente. Recuérdese si no lo que dice la Academia en su Gramática sobre esta consonante aislada: « Las letras *i* y, denominadas hasta hace poco *i* latina la primera e *i* griega la segunda, han tenido *sin regla fija* i por mucho tiempo oficios promiscuos; ya no usurpa la vocal los de la consonante, pero sí esta los de aquella en varios casos i CONTRA TODA RAZON ORTOGRÁFICA. »

(Gramática de la Academia, 1883, páj. 360.)

¡Contra toda razon la consonante usurpa oficios de una vocal! ¿Cómo, pues, se permiten delitos tan enormes? monstruosidades como la de dar articulacion a una consonante por sí misma sin la ayuda de vocal?

Veamos todavía como sigue el « Arbol » haciendo mas males que bienes. Habla la Academia en su Regla 2.ª: « Pero se empleará la *i* aunque sea final de una voz, siempre que fuere larga, como en las dicciones *lei*, *rei*, *fui*, *benjui*. Exceptúase el adverbio *muy* (por qué? es *mu* su pronunciacion?) que por costumbre se escribe con *y*. (¿Qué costumbre tan particular ¿verdad?) i en todos los casos en que el diptongo con *i* forme última sílaba de la palabra, se usará de la *y*, como *verdegay*, (*quirigay* debió decir la Academia) *ley*, *rey*, *estoy*, *Berdemuy*. Sin embargo se escribe *Espeláy*, *Fúy*, palabras llanas donde la *i* no hace diptongo con la *u*.

(GRAMÁTICA DE LA ACADEMIA, 1874, paj. 351.)

En la Regla 3.ª se lee lo siguiente, que no puedo dejar de transcribir: « Úsase tambien la *y* en vez de la *i* cuando es conjuncion, como en *cielo y tierra*, *Juan y Pedro*. Así lo ha querido el uso (¿resignacion, señor don Supercio!) a pesar de la práctica contraria de algunos escritores, la cual no puede razonablemente desaprobarse. (¡Hola! ¡hola! Entónces hizo bien Chile en echar a paseo a la intrusa).

« Tambien *ha introducido el uso* con bastante jeneralidad, continúa el mismo tratado de Gramática que en lugar de la *i*

latina mayúscula (*I*) se use la *Y* en los manuscritos, siendo harto comun escribir *Ygnacio* en vez de *Ignacio*; pero siempre es mejor evitar esta irregularidad, usando de la letra correspondiente. »

(*Gramática de la Academia*, 1874, paj. 351.)



Resalta en los pasajes citados la pasión que Domínguez i la Academia actual tienen por la espuria *upsilon*, *árbol del mal* mas que del bien, que ni vocal es en castellano, como lo declara valientemente la Academia en su tratado de Ortografía de 1815: «Aun que en castellano es una consonante, como se manifiesta cuando hiere a la vocal que se la sigue en las voces *playa, leyes, hoyito, rayo, yugo, el uso ha solido darle el oficio de vocal* cuando termina en ella una dición sin acento agudo, como en *rey, le y hay, muy, estoy*; i tambien cuando sirve de partícula conjuntiva, como diciendo *Juan y Diego, mar y tierra*.

(ORTOGR. ACAD. 8.ª edición 1815, paj. 57).

Por su oríjen la letra indicada es griega; el sonido que se le da hoy tampoco es el que tuvo al principio, pues era el de la *u* francesa; despues se le dió el valor de *i* i de *j*, sonando como dos *ies*, i todavia la mui intrusa se mete a usurpar a la noble vocal su sonido, que a nadie mas que a ella le corresponde. La única usurpacion tolerable es precisamente la que la Academia de 1874 i siguientes le enrostran: la *i* inicial en manuscrito. En ello no hai tal costumbre, ni, qué calabaza!: es el trazado de la mano que da esa forma al signo ortográfico; i; cómo esa misma edieion de 1874 no dice una palabra contra el abuso de los impresores que emplean el *árbol del bien i del mal* como inicial en *Yzquierda, Yvarráabal, Ynfante*, ni tampoco cuando la usan en medio de dición en *Eyraguirre, Reyna, Mayno*, apellidos que no son, segun creo, de oríjen lusitano como *Ribeyro, Rivadeneyra, Pereyra*, no obstante estos últimos los hemos visto con

bastante frecuencia escritos tambien con *i*. En nombres estranjeros no es lícito variar ni una tilde en su ortografía; ¿toleráramos ver los apellidos españoles Fernandez, Nufiez, Gallardo convertidos por un escritor francés en *Phernandés, Nugnés o Nouynés i Gaillard*, etc.? De ninguna manera: i si se alegase que tambien los españoles han alterado la ortografía de *Muxica, Ximenez* por *Mujica i Jimenez*, i nosotros en Chile *Godoy, Garay*, podemos hacerlo léjitimamente porque son dicciones castellanas que entran en el cuerpo de la lengua con irregularidades ortográficas, que podemos modificar por mutuo convenio i uso corriente. Lo que pasa con los apellidos estranjeros no es exacto con los nombres propios, pues estos pertenecen a todos los paises de la tierra: así un *Jules*, será *Julio*; un *George* será *Jorge* en castellano, i vice versa.

He manifestado los galanteos que el reputado lexicógrafo Domínguez ha prodigado al «Árbol del Mal.» Ahora veamos cuán de diverso modo se espresa respecto a la *x* (otra de las tres letras intrusas del castellano), increpando a la Academia su persistencia para su empleo ántes de consonante: «La Academia, dice, sin embargo, como apegada a los rancios usos i prácticas antiguas, continúa usando la *x* por la *s*, ántes de consonante.» Enérgico reproche es cierto el de Domínguez; pero ménos mal veo en escribir con la fincada *x* las palabras que la llevaban ántes de consonante, i que el uso moderno pide ya *s*, que defender con tanto calor las raterías de la *upsilon*, dejándola funcionar ya como vocal, ya como consonante; ya es peral, ya es olmo, o nacida perro, quiera ser gato. Consonante nació i consonante será mientras viva, i no hai que meneallo: como copulativa no puede unir, enlazar ni eslabonar nada, porque una consonante sola no produce sonido humano, sería el de la *upsilon* en este caso como el chirrido del grillo o del quicio de una puerta:

Aunque se vista de seda
La mona, mona se queda.

Basta pues, ya de usurpaciones tan villanas como las del «Árbol del Mal.» No cabe en mi majín que en pleno siglo XX

sigan prohibiéndose tales desatinos; i que so pretexto del uso, se patrocinen hasta por corporaciones sabias i eminencias de las letras.

★

Volvamos ahora a los neógrafos franceses, i veamos cuál es su opinion respecto a los oficios del famoso « Arbol, » objeto de este estudio. Tendré para ello que pedir indulgencia a los lectores de VIDA MODERNA para trascribir el capítulo entero sobre la letra en debate, porque no puede suprimirse una sola palabra: la brevedad en este caso sería mutilacion criminal, anti-literaria i contra producente a nuestro propósito de dejar bien en claro las deficiencias e inutilidad de la letra griega: encierra ese capítulo tales verdades, razones tan contundentes, que sería desnaturalizar por completo lo que ese gran escritor se propuso dilucidar en lo que respecta a la *upsilon* o *ye*, si por abreviar su razonamiento suprimiese algo creyendo ser profuso.

Habla Mr. Lebaigue:

« Y. Darmesteter piensa con razon que no conviene tocar a las vocales, ya sea simples o compuestas: las únicas escepciones que hace recaen sobre la *y*, *e*, *au*.

« La *y* es a veces una vocal simple que no representa un sonido que difiera de la *i*: se pronuncia de la misma manera en las palabras procedentes del griego, cambiándose por el *upsilon* mayúsculo (Y) *physique*, *hypocrite*, *analyse*. Otras veces la *y* es vocal equivalente en medio de dición a dos *ies*, de las cuales una es final de sílaba i la otra inicial de la sílaba siguiente; pero la segunda *i* hace a la vez oficios de consonante i representa una articulacion especial, como es notorio en la última sílaba de *royal grassuyer* (*roi - ial*), (*grassui - ier*), *rayon* (*rai - ion*), *essuyer* (*essui - ier*) etc. Otras, por fin la *y* no tiene mas valor ni sonido que de *i* consonante al empezar una sílaba: *vo - yage*, *ma - yen*, *ma - yonnaise*. (1)

(1) Todor. Béze explica de esta manera la necesidad de la *y* consonante en medio de dición: « Nuestros antepasados cuando tenían que escribir abreviadas las señalaban por *y*: así *plaisir*, *loisir*, *mourir*; de esta suerte la *y* llegó a convertirse en una agrupación en *y*, extra que nada tiene que ver con la griega. Cit. Littré. *Généralisation* du seizième siècle. Apéndice 2.º (Nota del autor de la obra citada.)

Darmesteter, evocando una *téa* antiquísima, pide que la *y* vocal simple sea excluida del todo i se reemplaza por la *i*. Sabido es que la Academia ha dado muchas muestras de estos cambios, aceptando *abime*, *chimie*, *absinthe*, *crystal*, *amidon*, *cime*, *aneurisme*, etc., en vez de las antiguas formas *abyrne*, *chymie*, *absynthe*, *cyrstal*, *amydon*, *cyme*, *aneurysme*; debe seguirse hasta el fin esta reforma? debe volver sobre sus pasos? debe, por fin, detenerse en el estado actual, es decir, dejando subsistente el estado promiscuo de la *i* i de la *y* en los vocablos del mismo oríjen? La última solución sería la peor de las tres. (1) La que recomienda Darmesteter, es, si no la mas lógica, al menos la mas sencilla: solo abraza una parte del vocabulario, relativamente limitado, i responde al deseo manifestado por escritores eminentes, en especial Bossuet; por fin, como lo observa Didot, pone término a la duda i a las flaquezas de memoria que experimentan no pocos, aun entre los ilustrados al tratar de escribir ciertas palabras de sonidos análogos: *eclipse* i *apocalypse*, *glytique* i *trityque*, *apocryphe* i *logogriphe*, *similaire* i *symetrie*, *zoolithe* i *zoophyte*, *sibylle* i *sybarite*, etc.

« Todas estas consideraciones son de peso i hai que respetarlas: pero solo hai que lamentar algo: la *y* vocal simple, trasunto del *upsilon*, tiene fundamento e indica un oríjen, cuyo conocimiento es necesario frecuentemente.

« Por lo que hace a la *y* vocal doble o consonante, de la cual solo hace mencion incidentalmente Darmesteter puede desearse sin ningún escrúpulo su exclusion: es un signo que ha suplantado a la *i* sin RAZON NI UTILIDAD POSITIVA. Parece que así lo hubiera comprendido la Academia cuando sustituyó las grafías *bayonette*, *fuyence*, *agent*, *payen*, *nuyale*, *devoyement*, *tutoyement* (*tutayement*) por *baïonette*, *fuïence*, *aïeul*, *païen*, *naïade*, *devoïement* *tutoïement*; pero no ha pasado adelante en su

(1) M. A. Renard, autor de la *Nouvelle orthographe* se pregunta en virtud de qué regla han perdido estas palabras la letra etimológica, al paso que otras, como *anonyme*, *erygie*, *idyle*, la han conservado; i al respecto me presenta esta frase: « Las letras se usan i caen en desuso mas pronto en unos vocablos que en otros, sin que se sepa por qué, x. g. como el polo en algunas cabezas. » La explicacion nos parece mas fisiológica que filológica. « Mr. Renard me permitirá responderle que su argumento es mas agudo que fundado: no recuerdo haber dado la pregunta explicada que me atribuye, la que nada explica. » (Nota del autor de la obra citada.)

reformas, i sigue escribiendo *mayonnaise*, *moyen*, *foyer*, como escribe *payer*, *ayant*, *citoyen*, *noyer*, voces cuya pronunciacion es notoriamente diversa. ¿Por qué no dicta entónces una regla fija para la sustitucion de la *y* consonante por la *i*?

« Se escribiría con una *i* simple *voions*, *bruière*, *moien*, i por *i* duplicada cuando la gramática o la pronunciacion lo exija: v. g. *que nous essuions* (*essui-ions*), *que vous ploïiez* (*plai-iez*), *païis* (*pai-is*), *aïiant* (*ai-iant*), *craïion* (*crai-ton*). No existe ya la reunion de dos *ies* en *nous riions*, que *vous prieiez*?

« A parte de la uniformidad que resultaria de toda una serie de vocablos, quedaria exenta de múltiples complicaciones: *je paie* o *je paye*, *nous payons*, *ils paient*, *je grasseye*, *je déploie*, *vous deployez*, *je essuierai*, *essuyant* etc. Cuanto a la crema, tan supérflua para la vista como para el oído, no está mejor colocada en *aïeul* que en *tutoïement*. (1)

« La sustitucion de la *i* a la *y* es sobre todo un medio de simplificacion en los ejemplos precedentes: es una rectificacion necesaria en las dos voces *yeuse* i *yeux*. Darmesteter reclama con justicia las formas antiguas *ieuse*, *ieux*; la primera procede de *ilex*, que ha producido desde luego *ielee*; la segunda de *oculos*, que en la antigua lengua se escribía *iols*, *ieuls*. Ronsard se disculpaba de escribir *yeux* por *ieux*: lo hacia por evitar la confusion, segun decia, de esta voz por *jeux*, puesto que la *i* i la *j* se representaban en esa época por el mismo signo. No podia invocarse esta razon para justificar el uso que los escritores e impresores del Renacimiento hicieron de la *y* al principio i fin de diccion; *yéble*, *yroïreyvraie*, *moy*, *roy*, *celuy*, etc. Esta *g*, ya lo hemos dicho, era un simple adorno, un floreó caligráfico.

« Aun en medio de ciertas voces, la *y* no tenia otra razon en su abono: un académico, i no de los menos ilustres, deplora « que se haya amputado traidoramente la noble *y* de *l'ys*. » Que se consuele: los escritores del gran siglo, reaccionando contra la ortografía decorativa del Renacimiento, han amputado la *y* de

(1) La crema solo tiene un empleo imprescindible. Véase mas adelante *Signos ortográficos*.
—(Nota del autor de la obra citada.)

de *roy*: ¿le han suprimido por esto algun cuartel de su nobleza, una pulgada siquiera de su majestad? O bien aun, mutilando la diccion han cometido, como decia Regnier de Marais, algun desacato hacia la real persona, hacia *le maître de royauté*? (1)

« Una palabra mas sobre la *y* monosílaba, formada del latin *ibi*, haciendo las veces de pronombre o adverbio, i que se pronuncia, ya como vocal simple *allons-y*, ya como vocal aconsonantada en las ligaciones *il-y-a*. Algunos neógrafos desearian conservarla, como escepcion, en su estado actual; pero se opone a ello la etimología, i lo lógico sería relegarla a su primitiva forma *i*. Esta letra sola no es mas chocante que *o* (interjeccion) i *a* (verbo o preposicion).

« Si llega a suprimirse del todo la *y* de nuestro abecedario, tendria por consiguiente que modificarse la ortografía importada de las lenguas extranjeras. Hablaremos de esto mas adelante.

(CH. LEBAGNE. *La Reforme orthographique* pajs. 51 a 55.)

★

A ¿qué queda reducida la *upsilon* despues de citas tan concluyentes, ya de autores españoles como franceses? La invalidez es absoluta; pero queremos dejar, por ahora siquiera, a este *árbol del mal* su valor de consonante. Respecto a sus oficios rapantes diré que autores de nota desde época mui lejana han escrito las palabras *rei*, *lei*, *conroi*, *buei*, *carei* i demas diptongos finales con la *i* lejitima, no empleando para la conjuncion la vocal falsificada: Pedro Simou de Abril, Jerónimo Mondragon, Juan Gonzalez, los dos Moratines, don Juan i don Tomas de

(1) « Toda reforma en la actual ortografía. agrega todavía Mr. Sully Prudhomme, espanta al poeta, como una herida o jeto lanzado al sacrosanto rostro de un compañero. Mr. Sully Prudhomme participa en esto de la preocupacion de algunos académicos, colegas suyos, i semejante preocupacion debilita su majestual estudio sobre el arte de la versificación. (*Annales littéraires*, mayo, junio 1897.) La encopetada tubularia de las letras es digna a lo mas de su ridículo homónimo Mr. José Prudhomme, maestro de caligrafía, discípulo de Brard i Saint Omer. » —(Nota del autor de la obra citada.)

Iriarte, don Antonio Puigblanch, i recientemente el respetable i progresista miembro de la Academia Española don Eduardo Benot, quien se espresa en su « Exámen crítico de la Acentuacion Castellana » en los siguientes términos, que son abrumadores para los rutinarios, i ojalá algun día los profiera en alguna de las sesiones de ese cuerpo, encargado no solo de la custodia del lenguaje, sino de reformar en él las irregularidades que observe. Dice así:

« Como la ortografía mas se sabe por REPRESENTACION IMAGINATIVA de las voces escritas que por conocimiento reflejo de las reglas, toda innovacion ortográfica causa, al implantarse, verdadera estrañeza en los ojos, habituados a otra cosa; pero semejante estrañeza cesa pronto; y todos agradecen, al cabo, la desaparicion de difíciles normas erizadas de escepciones. ¿Quién recuerda ahora el clamoreo que en el primer cuarto de este siglo se levantó contra la Academia Española (no solo en España sino en el Estranjero) entre los fanáticos por las etimologías, cuando la docta Corporacion dispuso que no se escribiese

Santissimo sino santísimo.

Quanto sino cuanto.

Chimera sino quimera.

Zaragoza sino Zaragoza.

Systema sino sistema, etc., etc.

« Y no ganó entónces inmensamente la ortografía española, al conformar la escritura con la pronunciacion? Pues lo mismo ha sucedido ahora. Al principio la estrañeza produjo alguna burla; luego la rutina escitó a la pereza para resistir a la novedad... hoy todo el mundo se encuentra muy bien hallado con ella, i a todos horrorizaria un retroceso a lo antiguo, teniendo que tomarse el improbable trabajo de volver a aprender enojosas escepciones, ya felizmente olvidadas. Ademas, obtenido un progreso, el retroceso es imposible, sobre todo porque los viejos pronto mueren, i los que vienen se encuentran mejor.

« ¿Que existen todavia quienes conculgan con la rutina!!; Y bien! ¿i qué? Personas hai aun que no entrarán en un tranvía

así las aspas; i labradores que continúan muy contentos con sus arados del tiempo de Osiris! Pero, quieran o nó esos seres respetables, lo nuevo se impone siempre, por ser siempre mas racional incomparablemente que lo viejo.

« Lo mismo sucederá cuando deje de usarse la *y* griega como conjuncion o como final en *hay, voy, estoy, voy, rey...*

E. BENOT, *Exámen crit. de la Acent. Cast.*, páj 8 i 9. Madrid, 1888.)

★

No distraeré mas la atencion de los lectores para tratar de la viciosa, viciosísima articulacion rioplatense de la *ll* i de la misma *ye*; no recomendaría lo propuesto por el señor Sierra para fijar las reglas especiales que señala al fin de su estudio para los vocablos procedentes del guaraní o de cualquiera otra lengua indígena, i concluiré diciendo que no cabe escepcion alguna en la reforma, que como he probado, no estamos en este punto tan desamparados los chilenos.

Con el fin de agradecer al respetable escritor del *Arbol de Samos* con ese mosaico jerigonzado, inaceptable por lo ridículo que se llama ortografía fonética, daré remate a este estudio filológico con la siguiente lista bibliográfica de autores franceses que aceptarían esa *ridiculer* en su propia lengua i que trabajan porque sea un hecho el fonetismo:

1826. A. VANIER. *La réforme orthographique aux prises avec le peuple.*

1853. F. DANNE. *Manuel d'orthographe raisonnée.*

1858. C. HENRICY. *Traité de la réforme de l'orthographe.*

1859. LHUILLIER. *Essai d'un alphabet rationnel.*

1865. M. BRETON. *Les inepties de la langue française, orthographe et prononciation.*

1865. E. RAOUX. *Orthographe rationnelle.* — 1878. *Les cerveaux noirs et l'orthographe.*

1875. A. DARMESTETER. *Traité de la formation des mots de la langue française*. — 1877. *De la création des mots nouveaux*. — 1888. *La question de la réforme orthographique*.
1878. LÉAUTEAUD. *Irregularités orthographiques de la langue française*.
1881. SOCIÉTÉ DES CORRECTEURS. *Changements orthographiques dans le Dictionnaire de l'Académie (1878)*.
- 1886-1889. P. PASSY. *Bulletin mensuel de la réforme orthographique*. — 1887. *Les sons des français*. — 1889. *Le français parlé*.
1888. CH. ROUSSEY. *De la réforme de l'orthographe*.
1890. L. HAVET. *La simplification de l'orthographe*.
1890. M. BRÉAL. *La réforme de l'orthographe française* — 1893. *Causeries sur l'orthographe*.
1890. HENION. *Réformateurs et révolutionnaires de l'orthographe*.
1890. GAZIER. *L'orthographe des nos pères et celle des nos enfants*.
1890. L. CLEDAT. *Orthographe et grammaire phonétiques. — Questions d'orthographe et de grammaire*. — 1894. *Grammaire raisonnée de la langue française*.
1890. C. LÉBÉQUE. *Réforme de l'orthographe française*.
1890. ARNOULIN. *Quelque mots sur la réforme de l'orthographe*.
1890. SWEET. *Manuel de phonétique*.
1890. F. DUSSOUCHEZ. *La réforme orthographique*.
1892. GASE. *Des fossés. La réforme orthographique*.
1893. A. HATZFELD. *La réforme orthographique devant l'Académie française*.
1893. E. FAGUET. *Révolution par en haut*.
1893. A. RENARD. *La nouvelle orthographe*.
1893. J. SIMON. *Le néologisme en politique et l'orthographe de l'Académie*.
1894. EENAUD ET CHEVALIER. *Manuel d'orthographe simplifiée*.
1894. COMBES. *Arrêté ministériel instituant une commission chargée d'examiner les simplifications orthographiques*.
1897. CONSTANTIN. *La réforme de l'orthographe*.
1897. J. J. BARÉS. *Le Réformiste*.

1897. A. SAUVÉ. *Études sur la prononciation et l'orthographe française*.

Y muchos otros que omito por no estenderme demasiado i los que se hayan publicado desde 1898 hasta el día por ignorar su existencia.

FIDÉLIS P. DEL SOLAR. (1)

(Chileno).

1) Miembro Correspondiente de la Real Academia Española. — N. de la D.

NOTAS INTERNACIONALES

BOLIVIA EN EL PLATA POR EL RÍO PARAGUAY

LA ACCIÓN DE LA DIPLOMACIA MODERNA

No es un problema cuya resolución esté lejos, el que enunciamos en el título, al decir *Bolivia en el Plata por el río Paraguay*; es un hecho consumado. La salida de los productos bolivianos al río de la Plata, es el triunfo de la constancia y del estudio, es el resultado modesto todavía, pero digno del mayor aplauso, que ha obtenido el Gobierno de Bolivia, dedicado desde hace muchos años á buscar rutas á los valiosos productos de aquella República, encerrados geográficamente en el corazón de Sud América.

La nueva ruta abierta ya al comercio de una parte de la región oriente de Bolivia, va por el río Itenes ó Guaporé hasta sus nacientes en territorio brasileiro, Estado de Matto Grosso, desde las nacientes, por caminos carreteros hoy y mañana por ferrocarril, al río Iaurú afluente del río Paraguay y por este río al Paraná, al río de la Plata y al Atlántico.

Para darnos cuenta cabal de la importancia comercial, relativa todavía, que reviste para Bolivia y para el Paraguay, Uruguay, Argentina y Brasil, el nuevo camino abierto y los que mañana pueden abrirse á través del Chaco, buscando salida por el río Paraguay, vamos á referirnos ligeramente á las diferentes regiones comerciales en que puede ser dividida la República de Bolivia.

Los departamentos de La Paz (parte Sur) Oruro, Cochabamba, parte de Potosí y de Chuquisaca tienen que buscar salida á sus valiosos productos por el Pacífico, por los ferrocarriles de las Repúblicas de Chile y del Perú; es la ruta obligada por la misma naturaleza y por esta circunstancia anhela

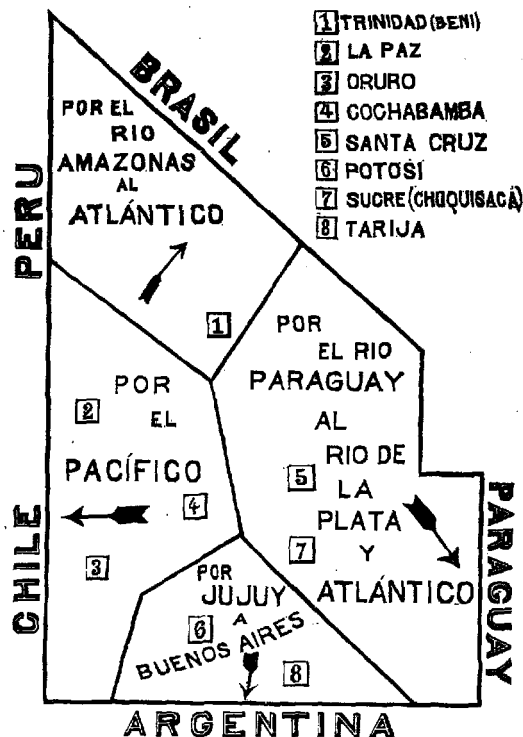
Bolivia un puerto sobre el Océano Pacífico. Los departamentos de Potosí, Chuquisaca, Oruro y Tarija, saldrán hasta Buenos Aires con sus productos por el ferrocarril, que entrará atravesando las provincias centrales Argentinas, á Bolivia por la Quiaca. Los departamentos de La Paz (parte Norte), Beni, Santa Cruz y Chuquisaca tienen dos salidas naturales y obligadas, por el río Amazonas al Atlántico y por el río Paraguay, río de la Plata, al Atlántico.

La concurrencia entre estas vías comerciales, es en la actualidad poco menos que imposible y lo será aun en muchos años más, establecida una, exigirán más imperiosamente todavía las otras su apertura. Los 5 días de viaje que se emplearán en recorrer la distancia que media entre la meseta de Oruro y Buenos Aires, tienen su importante zona que servir.

La ruta del Itenes al Plata con sus 18 días de viaje al río Paraguay, apesar del tiempo que emplea y que puede reducirse á la mitad con un pequeño ferrocarril, es una vía que no le puede hacer competencia en la región, ninguna de las otras, ni aun las actuales ferrocarrileras que están en la vecina región, á 48 horas del Pacífico. La vía del Amazonas una vez que el Brasil salve las rompietas que dificultan la navegación de los ríos Mamoré y Madera, canalizando sus cauces, obra costosa pero de grandes resultados para aquellas feraces zonas, las servirá independientemente de las otras, así como el día en que el Paraguay y Bolivia resuelvan su antigua y debatida cuestión de límites y Bolivia pueda tender los rieles desde Sucre hasta Bahía Negra, ó desde Sucre hasta laguna Gaiba ó desde Sucre hasta Puerto Pacheco, esta vía servirá en 10 días de viaje una gran región y su importancia será inmensa, pero no por eso hará concurrencia á las otras vías, que sirven zonas comerciales que en muchos años no tendrán fácil comunicación entre sí.

Con mayor claridad se puede apreciar en la siguiente *demonstración gráfica* cuales son las regiones y las vías en que puede ser estudiada y clasificada la República de Bolivia, en razón de sus relaciones comerciales presentes y futuras.

Los números corresponden á las capitales de los ocho departamentos en que está dividida la República de Bolivia.



Demostración gráfica de las regiones y vías comerciales de la República de Bolivia.

La superficie de Bolivia es de 1.334.200 kilómetros cuadrados. Canalizados el Mamoré y el Madera, para salir al Amazonas realizada ya la comunicación por el río ITENES, una vez terminado el ferrocarril argentino y comunicado Sucre con laguna Gaiba, según el notable proyecto del distinguido estadista doctor Antonio Quijarro, hecho de acuerdo con las exploraciones oficiales últimamente practicadas por el capitán Enrique Bolland estarán en relación con el Atlántico más de 600.000 kilómetros de tierras de Bolivia, de los cuales más de 300.000 kilómetros cuadrados tendrán contacto directo con el río de la Plata. Decíamos al comienzo de este trabajo que Bolivia ha gestionado con constancia sus asuntos de límites y como consecuencia la apertura de rutas a los valiosos productos de su suelo; es conveniente que antes de seguir adelante, hagamos un poco de historia, para darnos cuenta, aunque solo en parte, de esas gestiones, pues estos son asuntos que interesan a casi todos los países de Sud-América más ó menos directamente, por más, que tan poca atención se les concede, desgraciadamente, en casi todas las naciones del continente.

Las negociaciones, pendientes aun, de Bolivia con Chile, después de la guerra de 1879, para llegar al tratado de paz definitivo y obtener un puerto en el Pacífico, son bien conocidas, así como los arreglos hechos en Buenos Aires para la terminación del ferrocarril argentino que entrará a Bolivia por la Quiaca, por esto no insistiremos, pero sí, es conveniente que recordemos las negociaciones, también pendientes, entre Bolivia y Paraguay, a que nos hemos referido, sobre la propiedad de la zona comprendida entre el Río Apa y Bahía Negra, negociaciones que se rompieron en 1888, para después reanudarse con amistosa intervención de la diplomacia uruguaya, en 1894.

El Paraguay no ha reconocido a Bolivia derecho a esa zona, cuya propiedad reclama ésta, en nombre de la jurisdicción que ejercía la audiencia de Charcas dentro de cuyos límites se constituyó y organizó la soberanía independiente de Bolivia, como se constituyó y organizó independiente el Paraguay, dentro de los límites de la antigua provincia de su mismo nombre, a la que pertenecían según afirmaciones de estadistas para-

guayos los territorios de la margen derecha del río Paraguay que Bolivia reclama.

El tratado de límites de 16 de febrero de 1887 firmado entre Bolivia y el Paraguay (Quijarro - Decond) asignó á Bolivia la zona comprendida entre Bahía Negra y Fuerte Olimpo (Puerto Pacheco), y al Paraguay, la que se extiende entre la línea del Apa y la desembocadura del río Pilcomayo, librando la porción intermedia á decisión arbitral, pero este tratado no fué aprobado, así como tampoco ha sido aprobado el firmado en 1894 (Ichazo - Benítez).

« El Paraguay, ha dicho uno de sus estadistas, animado de sentimientos fraternales hacia el pueblo boliviano á quien veía encerrado dentro de sus límites sin tener una salida y llevado por otro lado de la perspectiva de un desarrollo futuro por medio del cambio de los intereses económicos de los dos países » reconoció á Bolivia como consecuencia de esos tratados, una zona al sur de Bahía Negra, pero, « prescindiendo por completo de toda discusión acerca de sus derechos de propiedad y de dominio ».

Bolivia no ha aceptado ese temperamento, ha pedido reconocimiento de derechos, pero, « anhelosa por ligar, ha dicho también un diplomático boliviano, sus intereses comerciales con los del Paraguay, no ha visto en las negociaciones una cuestión de territorios y por eso no ha insistido en muchos casos en sus legítimas pretensiones, en homenaje á los mutuos y elevados intereses económicos y políticos de una amistad duradera ; pero tampoco quiere ceder de su derecho porque tiene conciencia de la justicia "que le asiste." »

No entra en el plan de estas notas dar la razón al Paraguay ó á Bolivia en su cuestión de límites; con interés y con respeto á los derechos de ambos países, hemos seguido desde tiempo atrás esta larga cuestión, la hemos estudiado, recordando si á cada paso, el poco interés, repetimos, que en nuestros países sud - americanos se le concede á estos asuntos, en los que no solo va ligado el de la confraternidad, sino también el interés general que se desprende de nuevos contactos comer-

ciales, que tanto tienen que beneficiar á [países nuevos que viven sin conocerse á pesar de ser vecinos.

El día en que Uruguay, Argentina, Chile, Brasil, Bolivia, Perú, Paraguay, etc., se convenzan de que la obra de las Legaciones permanentes en los países hermanos, es no solo de prestigio, sino también de resultados positivos para las relaciones comerciales, que todo lo esperan del estudio y de las relaciones diplomáticas, hoy casi nulas, entre los pueblos del continente, ese día que no está muy lejos felizmente, estos problemas serán de fácil estudio y de más fácil solución.

El Presupuesto de los gastos públicos, de un país sud - americano que no consulta sumas para su representación diplomática en los países del continente, olvida deberes de buen hermano, se aísla moral y comercialmente, casi sin saberlo y también deja en blanco en su cálculo de recursos, en sus rentas posibles, un rubro importante, el de las utilidades que deja el comercio con los vecinos, comercio que no se improvisa y que no va á golpear la puerta de los indiferentes, sino que lo encausa y lo fomenta una diplomacia ilustrada y prestigiada, que estudia y que trabaja, no en un día para conjurar un peligro ó un perjuicio determinado, sino como resultado del estudio constante y del conocimiento de los antecedentes, de las aspiraciones y de las necesidades.

El Paraguay y Bolivia discutiendo un grado ó dos grados geográficos en la ribera del Chaco, en el río Paraguay, en pleno desierto, confirman cuanto dejamos dicho. No sabemos si es la audiencia de Charcas ó los límites de la antigua provincia del Paraguay, los que dan derecho al uno ó al otro, pero sí sabemos que los dos han defendido el desierto, que se lo conservan á los buenos indios del Chaco y se lo disputan á la locomotora con perjuicio de la civilización y con perjuicio de los mismos intereses del Paraguay y de Bolivia.

Todos los departamentos situados al oriente de Bolivia, repetimos, sacarán sus productos más ó menos tarde al río Paraguay, por el río Itenes, por ferrocarril entre Sucre y Puerto Pacheco ó navegando el río Otuquío hasta Bahía Negra ó ligando por ferrocarril á Santa Cruz y Sucre con laguna Gaiba,

que el explorador y práctico marino capitán Bolland, juzga como el paraje más adecuado del territorio boliviano, sobre el río Alto Paraguay, dadas sus condiciones topográficas é hidrográficas, para establecer sin grandes gastos un puerto de primer orden para el comercio de exportación é importación de Bolivia. La distancia entre laguna Gaiba (Puerto Quijarro, fundado el 21 de noviembre de 1900) y Montevideo, es solo de 1.873 millas, que pueden ser recorridas en toda su extensión, por vapores que calen hasta cinco pies y midan 65 metros de eslora, en menos de diez días de navegación y escalas.

Son proverbialmente fabulosas las riquezas de Bolivia y es sabido que su comercio es susceptible de gran desarrollo.

En el Beni crece el árbol de la goma elástica (caucho) y solo por los ríos Aquirí y Amazonas, se exportan anualmente, á pesar de los escasos medios de transporte, más de millón y medio de kilos de ese famoso artículo. Entre los productos minerales que exporta Bolivia en grandes cantidades, mencionaremos el oro, la plata, el cobre, el estaño y el bismuto y entre los vegetales, el café, la quina, la vainilla, la coca y la goma.

Las minas constituyen la gran riqueza de Bolivia, parecería fabuloso, pero es rigurosamente cierto y de fuente oficial, el dato de que Potosí, el famoso cerro, produjo barras de plata por valor de 600 millones de libras esterlinas desde 1545 fecha de su descubrimiento hasta 1884. Las minas de oro de Bolivia han producido 420 millones de libras esterlinas en dos siglos. El cobre abunda; solo del mineral de Corocoro se han extraído en 4 años 335.191 quintales españoles. De estaño se exportan 200 mil quintales y el bismuto comienza á ser exportado en fuertes cantidades y á hacerle competencia al de Sajonia, que tuvo el monopolio.

El comercio general de Bolivia apesar de las dificultades que tiene actualmente para su movimiento, está representado en su exportación é importación, en mas de 200 millones de francos.

En 1884 hizo Bolivia la primera tentativa formal de salir por el río Paraguay; el empresario boliviano señor Miguel Suarez Arana apoyado por el diplomático que Bolivia acreditaba en Asunción, doctor Quijarro, incansable é ilustrado propagan-

disto y gestor en estos importantes problemas, obtuvo facilidades del gobierno de la República del Paraguay, para establecer colonias, construir caminos y ferrocarriles y años después, en 1888, el mismo señor Quijarro, asociado al doctor Emilio Reus, formuló desde Montevideo, propuestas al gobierno de Bolivia, para la construcción de un ferrocarril desde Sucre hasta el río Otquis, que es navegable ó hasta laguna Gaiba, para salir al río Paraguay. Se debe tener presente también, hoy que se ha comenzado la construcción del puerto de Montevideo, que en el año 1879 el señor Francisco T. Bravo solicitó de las Honorables Cámaras del Uruguay, la autorización correspondiente para establecer en la margen oriental del río de la Plata, en el puerto de Higuieritas (Nueva Palmira) el centro de las operaciones de la empresa que representaba y para que sirviese de puerto de depósito y de tránsito á todos los artículos comerciales que se proponía traer y llevar desde y hasta Bolivia por la vía del río Paraguay. El señor Bravo verificó estudios y trabajos y distrajo capitales importantes, buscando la comunicación de esa zona de Bolivia con Europa, por su rumbo técnico, por el río Paraguay, por el oriente, vía que la hidrografía y geografía de Bolivia, marcan para el ascenso y descenso de los productos de una gran parte de su territorio.

Estas y otras empresas han fracasado, unas por falta de capitales y otras por no haberse aun solucionado la cuestión de límites entre Bolivia y Paraguay, pero ninguna de ellas por falta de practicabilidad.

La ruta nueva del Itenes, está abierta como hemos ya dicho; varios viajes ha hecho la embarcación « Guaporé », desde Mamoré hasta Matto Grosso, con éxito muy satisfactorio. Ha recorrido el largo y manso río Itenes en 18 días llevando mercaderías importadas por el río de la Plata y Paraguay. El río Itenes ó Guaporé, que así se llama en su parte superior, es un río sin rompientes, con bastante caudal, de mansas y cristalinas aguas, en cuyas márgenes existen muchas habitaciones de bolivianos y brasileiros, explotadores de goma elástica. Entre las nacientes del Guaporé y las del río Jaurú, afluente del río Paraguay, apenas promedia una corta distancia de ocho leguas y para

salvar esta distancia y utilizar de la navegabilidad de ambos ríos durante la estación lluviosa, se está construyendo un ferrocarril por una compañía belga, la cual tiene ya listo todo el material y una lancha a vapor que luego zarpará de Matto Grosso. Se asegura también que tiene como doscientas familias extranjeras para el trabajo y colonización de esa región.

El viejo proyecto de ligar el Amazonas y el Plata por esta facilidad de comunicación entre el Guaporé y el Jaurú, está a punto de realizarse.

Interesa directamente a Bolivia y al Brasil, la nueva ruta, así como indirectamente al Paraguay, al Uruguay y a la Argentina, que mucho pueden esperar, económicamente hablando, del comercio de exportación e importación de esa región de Bolivia. Todas las facilidades y estímulos que se le concedan a la obra de comunicar comercialmente el oriente de Bolivia con los países del Atlántico, será de indiscutibles resultados.

El gobierno de Bolivia dándose cuenta de la importancia de la ruta por el Itenes, acaba de recomendar al Congreso de Bolivia el estudio de varios de los problemas de navegación, de colonización y de aduanas, que se ligan con la apertura, a través del desierto, de una nueva vía de comunicación comercial.

Uno de los más ilustres publicistas uruguayos, el doctor Carlos M.^a Ramírez, ha emitido hace algunos años desde las columnas editoriales del importante diario *La Nación* de Montevideo, refiriéndose a la cuestión de límites entre el Paraguay y Bolivia, que entonces se creyó solucionada, el siguiente juicio, que se refiere a las relaciones que tiene este asunto con nuestro comercio y con nuestro puerto en construcción y también, con la acción que le corresponde de inmediato a nuestra diplomacia, si no queremos llegar tarde, ser indiferentes o esperar lo todo de la casualidad.

Decía el doctor Ramírez: « Bolivia que se ahoga en su posición mediterránea y el Paraguay superabundante en tierras tropicales cuya colonización apenas podría ser la obra de muchos siglos, darían el más triste ejemplo si no pudiesen arribar a una conciliación de intereses, mediante la cual Bolivia tenga amplia

salida hacia los afluentes del Plata, y el Paraguay abra la puerta a comunicaciones internacionales que deben ser considerablemente útiles. Asegurados sus dominios en el alto Paraguay, Bolivia podrá construir un ferrocarril que la acerque a ese río y desenvolver una corriente de comercio importante rematando en Buenos Aires y Montevideo. Es un bien por consiguiente para estos países que la cuestión entre Bolivia y Paraguay haya llegado a su término. » Más adelante agrega: « Necesitamos construir nuestro puerto, aprovechando las ventajas de nuestra posición geográfica, con facilidades especiales para la navegación de los grandes buques que no pueden llegar a Buenos Aires, para dar entonces facilidades al comercio boliviano en cambio de otras ventajas en beneficio de nuestro país », y que pueden ser cuestión de serios estudios, que se traduzcan más tarde en tratados, agregaremos nosotros, « que atraigan al puerto de Montevideo la mayor parte del comercio de Bolivia, en la corriente del Plata y hacerlo su *entrepôt*, para traerle sus productos y para llevarle las mercaderías de retorno », como ha sucedido en otro tiempo con la más importante parte del comercio del Paraguay, hoy desviado por muchas causas que deberían ser estudiadas por nuestra diplomacia, simultáneamente con las relacionadas con el comercio de Bolivia.

★

No nos proponíamos otro objetivo que enunciar el problema o más bien dicho sacar del olvido antecedentes de verdadera importancia que estamos seguros harán meditar a nuestros hombres de estudio, a aquellos que miran hacia el porvenir, que saben apreciar nuestra posición en Sud-América, como país rico y trabajador, admirablemente situado con relación a la geografía y a la hidrografía del continente, que saben que esas condiciones pueden ser fuentes de riqueza, que centupliquen nuestra importancia, si nos damos cuenta de nuestra misión y si vamos a buscar, diplomáticamente hablando, en vez de esperar que ellos vayan a nosotros, los factores y elementos que necesitamos para mejorar nuestras fuentes de producción y de ri-

queza, nuestras relaciones de buen vecino, para aumentar nuestro comercio, para consolidar nuestra prosperidad, contribuyendo a la vez, aunque solo sea indirectamente y en mínima parte, al desarrollo de la riqueza y de la prosperidad de los otros países hermanos.

DIONISIO RAMOS MONTERO.

Santiago de Chile, Noviembre de 1901.

CAZA MAYOR

I

Era un completo cazador, el afortunado Claudio. Desde antes de asomar el sol por el lejano horizonte ondulado, andaba él, — bien vestido con su traje de pana, su sombrero tirolés, sus altas polainas amarillas, su morral colgado a un hombro y su escopeta reluciente por la vaselina apoyada marcialmente sobre el otro — caminando resuelto y alegre, detrás del inteligente podenco de punta y vuelta, que olfateando cauteloso aquí y allá, se dejaba llevar por su imperioso y educado instinto kilómetros y kilómetros.

Y en las frecuentes temporadas que pasaba en el cortijo de su propiedad, extensa finca con montes tupidos sobre el arroyo Las Piedras y hermosas praderías muy aparéntes para abrigar caza menor, no se oía por aquellos solitarios parajes desde que la fortaleza del Cerro saludaba con el estampido del cañón la presencia por oriente del astro rey, hasta la hora en que comenzaba el melancólico chirrido de los grillos a dominar en el silencio de los campos, más que el frecuente e irregular tiroteo de la escopeta de Claudio; cuya pasión cinegética llegaba a tal punto, que para poder satisfacerla ampliamente y sin que llegaran a faltar piezas, hacía traer frecuentemente perdices grandes de Buenos Aires, palomas caseras y toreazas, liebres, conejos, y venados de Tacuarembó, que soltaba en su campo, dando las órdenes más severas para que nadie se permitiera atentar contra la libertad de todos aquellos animales, cuyas vidas solo a él pertenecían; y en todo el límite de su propiedad detenían a los domingue-

ros cazadores forasteros grandes letreros que decían: « Se prohíbe cazar en este terreno ».

Claudio era joven, de treinta años, soltero, *distinguido* y rentista; con lo cual queda dicho todo: que no era feo y que sabía hacerse querer, inclusive. Era lo que se llama « un mozo de suerte », de mucha suerte.

II

La hermosura de la campaña, con todo su lujo de colores y de perfumes se ostentaba en aquel rincón poético, que formaba en una elegante y larga curva el arroyo Las Piedras, aquella tarde que declinaba á mediados de diciembre. Había hecho ese día un calor verdaderamente insoportable; á la hora meridiana el campo reverberaba y « cantaba la chicharra ». Lúcas, el peoncito criollo, mientras segaba el *pata de gallina* que crecía exuberante debajo de los manzanos, bien lo había sentido, y para atestiguarlo estaba allí vacía la botella de caña, que solo en los días de mucho calor vaciaba él por completo en el estómago.

Cuando los altísimos y severos eucaliptos, que cerraban el *monte* hacia la izquierda, fueron extendiendo su sombra, hasta donde Lúcas estaba, sintió, éste, de pronto, una laxitud tan grande, que dejó caer la guadaña, se quitó el sombrero — poniendo al descubierto la sudorosa frente, á la que se pegaban los enmarañados mechones de su negro cabello, — se tendió sobre el pasto pronunciando un « ¡aaah! » prolongado, de íntimo y profundo bienestar, y entouró los párpados. Lúcas era en aquel momento el rey de la creación. ¡Oh, si la vida transcurriera siempre como en ese momento!... ¡Que beata calma, que soberana placidez amable, que magestuosa tranquilidad risueña, que celeste paz!... Nunca tuvo sensación igual el pobre Lúcas.

Al calor hiriente de la tarde, había sucedido esa tibia y voluptuosa brisa apenas perceptible que conmueve al cuerpo con caricias, con leves besos amorosos, y que lleva todos los perfumes de las hierbas y de las plantas, de las flores y de los frutos; que levanta de la tierra vigorosa la esencia misma de los gérmenes que la fecundan y que se apodera de todos los senti-

dos afinándolos sutilmente, ablandándolos, estragándolos, *rendiéndolos* en absoluto para recibirla.

Cuando después de mucho rato se puso de pie, se sintió lleno de fuerzas, lleno de aquella vida que palpitaba en todo. Ya las sombras de los altos eucaliptos se extendían por todo aquel rincón del campo, y, solo allí, donde el arroyo terminaba su curva abriendo sus dos brazos, el sol doraba la alto de la cuchilla gualda, la tupida copa de los paraísos del camino, que hacia la izquierda conducía al *monte* del arroyo, y el bosque verde claro de membrillares que, casi impenetrable, dominaba gran espacio á la derecha y trepaba la empinada cuesta dominando luego las alturas.

Lúcas tuvo sed y se dirigió á la costa internándose en el *monte*, que hacía aún más espeso la voraz zarza-mora que absorbe los huecos y que desesperada se abraza de los troncos, como un amante abraza á su amada que se va desdeñándole.

Se acercaba ya á la costa, cuando creyó oír el rumor de pasos leves y percibir el movimiento de algunas ramas.

Se detuvo.

Muy cerca de él, y sin verle, pasó Margarita, la hija del capataz. La joven llegó á la orilla del arroyo y, después de mirar cautelosa á todos lados, colgó de un árbol una sábana y comenzó á desabrocharse la bata.

Lúcas recibió la misma impresión que debe producirle á un penado el ver abierta de golpe, por mano misteriosa, la puerta de su prisión: el rayo de sol, que desea como á un imposible y, que penetra de pronto, le enceguece, y la alegría y mil ideas complexas que se agolpan en la mente no dando paso á ninguna le entorpecen breve rato.

Mudo, quieto y con los ojos relampagueantes, continuó oculto.

¡Cuánto tiempo hacía que Lúcas deseaba ardiente, entera y apasionadamente á Margarita, la graciosa veneciana que llegando al Uruguay aún en brazos de su madre, había visto ya dieciocho veces dar fruto á los viejos manzanos de los *montes* de la granja! Tanto tiempo como hacía que la deseaba del mismo modo Carlos, el hijo del dueño del cortijo, un adoles-

cente impulsivo, francote... — demasiado francote, decía su padre, á quien desagradaba verle dar tanta confianza á los peones, con los cuales pasaba largas horas de conversación chacotona y licenciosa.

Y Margarita estaba lejos de ignorar la existencia de aquellas dos pasiones hirvientes, que ella había despertado, pero, sin poner nada de su parte, y que, lejos de enorgullecerla robusteciendo la innata coquetería femenina, la sobrecogían de espanto y de vergüenza. Su fino instinto de mujer la anunciaba sin necesidad de recurrir á análisis ni observaciones minuciosas — y á veces falsas — que aquellos deseos tiránicos, eran, todavía, más guarangamente canallescos que fisiológicos; hijos de la perversión del bruto: ni siquiera hijos de los sentidos sanos. Lógico era, pues, que su alma italiana, líricamente pasional, se sintiera abofeteada por aquellos deseos rastreros, que llegaban á ser tema alegre y favorito de las conversaciones de los dos rivales.

Lúcas, desde su escondite, la miraba; y allí estaba Margarita dejando caer la bata... y luego la pollera, y la enagua, y el corpiño... Lentamente soltó su renegrida cabellera, que como un manto le tapó la espalda; sentóse luego en el suelo, quitóse los botines y las medias y quedóse un momento contemplando y acariciándose con tierna coquetería las piernas blancas, mórbidas, tersas como piel de armiño. Volvió á ponerse de pie, y allí, debajo de aquella glorieta que formaba la amplia rama de un sauce llorón, comenzó á quitarse el último telón del pudor, la última prenda de vestir, que subió lentamente por su cuerpo, se amontonó allí en lo alto entre los brazos, cayendo por último á sus pies.

Se estremeció, cruzó sus brazos sobre el pecho y dejando escapar un leve grito de espanto, dirigió sus negros ojos pasionales á donde oculto estaba Lúcas, creyendo sentir el peso de una mirada.

Nada vió.

Lúcas, extático, en su alma sentía una impresión nueva, un placer nervioso que la dominaba transformándola; contemplaba con la sublime admiración inconsciente llena de temor y de respeto con que sólo había mirado lo grande y lo sagrado,

aquel cuerpo blanco, de una belleza cuya existencia había ignorado hasta ese momento.

De pronto se oyó que se rompían las ramas con estrépido, y al mismo tiempo Carlos aparecía como un león hambriento que va á saltar sobre su presa. Margarita lanzó un grito agudo, se ocultó el rostro con ambos brazos y se arrojó al agua tranquila y mansa que pareció conmovirse de gozo en las pequeñas olas que temblorosas fueron á desaparecer en las pardas arenas de las orillas, entre las ramas tristes de los sauces de Babilonia.

Entre tanto, roto por aquel incidente imprevisto el éxtasis de Lúcas, había hecho que saliera ésto de su escondite, y, rápido, anhelante, se abrazara á Carlos trabándose en lucha.

El sitio donde se arrojara Margarita no era muy profundo, pues, solo se alejaba alguno metro, en declive blando, de uno de los tantos pasos naturales que ofrecen los arroyos; solo más hacia arriba se iba ahondando, entre dos altas barrancas, hasta adquirir una profundidad respetable.

La cabeza y el busto de Margarita aparecieron en la superficie del arroyo. En el rostro encarnado que volvió á ocultar con las manos, se dibujaba el terror, y mientras á su oído llegaba el ruido de la respiración fatigosa y de los traspies de los luchadores y alguna que otra palabra ininteligible, comenzó á llorar desesperadamente, sacudiendo sus blancos hombros, que se agitaban conmoviendo el agua.

La lucha continuaba empeñada, fuerte, pareja, con iguales bríos; abrazados ambos hasta entrelazar las manos en las espaldas, las desgredadas cabezas juntas, tocándose los rostros sudorosos y convulsionados y apoyando las barbas sobre el hombro izquierdo del contrario; apartando luego los cuerpos inclinados hacia adelante, hasta separar todo lo posible las piernas abiertas, para evitar las traicioneras zancadillas; iban de acá para allá, cimbrándose, corriéndose tan pronto sobre un costado como sobre el otro, hasta detenerse de pronto en firme para dar una nueva sacudida, una arremetida que encontrara débil al adversario.

Y, sin embargo, aquellos dos improvisados gladiadores, esta-

han muy lejos de querer que aquello terminara en drama, y, si el espanto de su situación crítica se lo hubiera permitido, Margarita habría podido oír y observar que, aquellos como quejidos que se oían entre los resuellos fatigosos, eran la risa mal contenida de Carlos, en ese momento el más devoto de aquel compadrazgo de amigos, que talvez en el preciso instante Lúcas, aunque aceptándolo, lo encontraba por primera vez incómodo y disonante; pues, de pronto, un violento empellón sacudido por éste, hizo dar varios pasos precipitados hacia atrás á aquel, que llegando á la orilla de la barranca, perdió pie. Lúcas quiso soltarle entonces, pero Carlos, en su desesperación, apretó más su abrazo y ambos cayeron pesadamente al agua, que se levantó tragándoles en una ola que chapoteó en la costa. Margarita lanzó un grito desesperado, creyendo que aquello era ya *el final del fin*, y, loca, enderezó hacia la orilla opuesta, agarrándose, para subir, de las ramas de los sauces y de un palitroque que ostentaba en lo alto un letrero que decía: « Se prohíbe cazar en este terreno ». Trepó y se internó en el espeso monte corriendo delirante.

III

Cantando delicadamente *sottovoce*, para tratar de olvidar el fastidio de que se hallaba poseído por no haber dado caza en toda la tarde á algún venado, caminaba Claudio por entre el monte, detrás de su fiel podenco, que rastreando se perdía entre las matas, tornaba á aparecer como olfateando el aire, se detenía debajo de un árbol mirando atentamente hacia la copa, encogido, silencioso, astuto y, luego de mirar al amo, precavido continuaba su marcha silenciosa. De pronto el perro se detuvo sorprendido, con un remó delantero en el aire, el pescuezo estirado, las orejas levantadas, la mirada escrutadora, la cola rígida. Gruñó imperceptiblemente. Claudio extrañado se detuvo mirándole. El perro, siempre observando en la misma dirección, ladró por fin desesperadamente, avanzando varios pasos, con el pelo del lomo erizado. Su amo, cada vez más extrañado, dudando entre castigar á su podenco de punta y vuelta — que

así se olvidaba de su educación con ladridos de san albaránigo — á inquirir la causa de su actitud inusitada, optó por esto último, y agachándose para ver por entre las ramas, quedó maravillado de aquello verdaderamente extraordinario, y digno, no solo de hacer ladrar de admiración á un podenco educado, sino muy capaz aún de hacer ladrar al mismísimo Pegaso de las musas.

— ¡Diablo! — exclamó Claudio pasándose la mano por los ojos — Estoy soñando. Esto es una alucinación. Y recordó que la noche anterior se había dormido, después de admirar las copias de los cuadros « del desnudo » de la exquisita revista *Paris-Salón*. Pero, como para ser alucinación duraba mucho, y lógico, además, era suponer que el perro no podía haberse alucinado con el mismo cuadro.

— ¡Diablo! — volvió á exclamar, viendo inconscientemente que aquella escena la movía la figura imponente de Luzbel. — Preciso es creer que estoy en Paños y que aquella es Afrodita, pensó, mientras veloz salió al encuentro de la reina Venus, que también corría y que al verle quiso ocultarse huyendo en otra dirección; pero Claudio, dispuesto á todo, como buen hijo del siglo, después de lanzar un grito criollo y prosaico, echó al rostro su escopeta y apuntó con solo el propósito de atemorizarla. La ilustre diosa antigua no pareció ignorar el poder de las armas modernas, pues, subitamente se arrojó al suelo, y de rodillas, cubriéndose con sus cabellos, esperó desecha en llanto á que llegara hasta ella el cazador recalcitrante. Claudio arrojó al suelo su escopeta y su morral, y conmovido íntimamente ante aquel púdico dolor, delicadamente bendito, nuevo encanto que agregaba á aquel ser lo que el griego escultor lamentaba no encontrar en su obra, se quitó la americana y la dejó caer sobre aquel blanco cuerpo tembloroso, soberbiamente bello, por el cual las gotas de agua se deslizaban como el rocío sobre pétalos de rosa.

— ¡Esto es *casa mayor*! — exclamó interiormente, dándose vuelta al notar que dos hombres avanzaban corriendo por entre el monte.

— ¡Alto! — gritó — ¡Media vuelta y fuera de aquí! ¿No han visto ustedes en el linde los letreros?

Ambos se detuvieron un segundo y luego volvieron a huir, y cuando iban a vadear el arroyo, debajo mismo del consabido letrero, Carlos dirigiéndose a Lucas — pues, no eran otros — y mientras reía groseramente mirando su ridícula figura enso-
pada, le dijo dándole una palmada en la espalda:

— « Uno levanta la caza y otro la mata. »

— ¡ La pucha, con el vecino ! — contestó Lucas, muy serio y pensativo.

FLORENCIO OTERO MENDOZA.

Montevideo, 1901.

MONOGRAFÍA DE LAS LETRAS URUGUAYAS (1)

I

En un país como el nuestro en que a lo majestuoso de su naturaleza física hay que unir la incomparable leyenda de su historia, el desenvolvimiento literario tiene que ser inmenso descomunal, gigantesco, evidenciando así de una manera concisa y terminante las leyes que Taine y Saint Beuve han formulado acerca de los caracteres de raza y medio ambiente, que tanto influyen sobre la imaginación, y que tan hondamente diferencian entre sí, en los distintos climas de la tierra, a las más puras manifestaciones del pensamiento humano.

El suelo fértil y rico de la patria cruzada de Norte a Sur y de Este a Oeste por ríos caudalosos en cuyas márgenes se divisan montes y aún bosques impenetrables; las cuchillas, colinas y cerros que vemos elevarse a millares; los nombres indígenas que aún conservan infinidad de esos ríos y montículos, traen a la mente del escritor el recuerdo de aquella irresistible raza charrúa que extinguió la antorcha de la civilización, y, por lo tanto, los nombres queridos de las existencias semi-fantásticas de Yandubayú y Liropeya — los ídolos del pueblo — que más bien parecen héroes de un poema de Hoffmann que hijos de las serranías nacionales.

(1) No conocemos de LEONARDO MIGUEL FONTIGOLA más que algunos versos, rimas indígenas e inseguras, tantos poéticos, a través de los cuales se transparenta un espíritu soñador preñado de nobles ideales. Presumimos que debe ser joven, pues su nombre literario no ha corrido aún. El trabajo que inserta VIDA MODERNA, le presenta de cuerpo entero, en ese dintel tan difícil de salvar, donde se conservan aún los resabios que ha dejado en el espíritu el programa de estudios seguido al pie de la letra, pero donde ya se advierten los anhelos de libertad, que llenan un alma joven y entusiasta.

El exterminio de esta raza nativa y las insoportables dictaduras que se fueron sucediendo después de la conquista territorial, son consecuencias lógicas é inevitables del odio y de las ansias infinitas de libertad que empezaron á arraigarse en el corazón del pueblo esclavo, para germinar más tarde en el grito de Asencio y en la deserción de las filas realistas del indomable Artigas; recibiendo luego — cuando la dominación portuguesa — su más espléndido complemento en los triunfos del Rincón y Sarandí, de Ituzaingó y las Misiones, que afianzaron la independencia absoluta de la Cisplatina y dieron al mundo una nueva nación republicana, grande ya al nacer por sus glorias y heroísmos, pero que más poderosa debía trocarse en el futuro por el brillante despliegue de las facultades intelectuales de sus hijos en las reñidas y siempre educadoras lides de la inteligencia.

Merced á este conjunto harmónico de naturaleza, raza é historia, nuestros escritores tienen sobrado asunto para desarrollar sus obras con toda plenitud; pues tanto el poeta épico como el lírico, el novelista histórico como el de costumbres, sabrán valerse de lo que brinda el terreno sin necesidad de traspasar las fronteras de la patria en busca de argumentaciones apropiadas.

Este doble carácter, con el que no cuentan todos los pueblos, hace que el pensador pueda llevar sin muchas dificultades, vigorosa y triunfante, la luz del saber y la razón al obscuro pensamiento de las multitudes.

II

No sé por qué fenómeno sociológico en el principio de casi todas las literaturas tiene más pronto cultivo y florecimiento la poesía versificada.

La Biblia, ese sacro tesoro del pueblo hebreo que, como diría Donoso Cortés, es hoy fábula y ludibrio de la tierra, — Virgilio, Horacio, Petrarca y los españoles Quintana y Martínez de la Rosa para los que siguen las huellas del viejo clasicismo; Víctor Hugo, Lamartine, Zorrilla, Espronceda, el delicioso Hei-

na, y, sobre todos, Bécquer para los que se deleitan escribiendo canciones románticas; Bandeau y Coppée para los que se guían por los principios estéticos de la escuela parnasiana y, por último, Verlaine, para los que cultivan el moderno decadentismo francés, son las fuentes en que han bebido sus inspiraciones nuestros más ingeniosos poetas.

No obstante ésto, hay entre nosotros una vieja tendencia á crear un género literario genuinamente nacional, — la literatura criolla — escuela que reconoce como maestros y fundadores á los guerreros — poetas de la independencia don Bartolomé Hidalgo y Eusebio Valdenegro, contando en ambas márgenes del Plata con discípulos de verdadero talento y refinado gusto artístico.

La aparición de estos dos poetas que, como el manco de Lepanto, manejan ora la pluma, ora la espada, es la señal de insurrección por la cual se inicia — en los primeros albores del siglo XIX — la campaña poética que en menos de cien años ha conquistado tanta gloria para las letras americanas.

A este movimiento intelectual se pliega Francisco Acuña de Figueroa — quien al principio de la Revolución había defendido la causa realista — haciéndose desde luego el intérprete de los sentimientos del hermano que gime bajo el peso de los errores coloniales.

Su personalidad es una de las que se destacan con más brillo en la historia de nuestra literatura. Bastante preparado para la época en que actuó, de inspiración sobria y fecundo hasta el extremo, cultivó todos los géneros de poesía, empezando por la seria y meditada oda hasta concluir con el primoroso madrigal ó el picaresco epigrama.

Para él no había asunto difícil de tratar: tanto empleaba la ternura y el sentimentalismo:

Sentados en la margen
Del bablonio río.
¡Ah! Sión, tu nombre
Recordamos llorosos y cauticos.

como la fuerza varonil del verso patriótico, — lo que se comprueba con las armoniosas estrofas del Himno Nacional. En los doce

tomos que de las obras de este insigne poeta corren impresos por ahí, se leen traducciones de la Biblia, de Horacio, poesías escritas ya en latín, ya en francés, y más de mil doscientos epigramas, algunos de los cuales:

— Vóte á un cuerno, vive Dios!
Dice Blas á Liberata.
— ¡Tú y tu madre piden plata
Vayan á un cuerno las dos!

— Ándate tú á los infiernos
Responde ella — ¡Ten decoro!
Yo hablo bien y tú hecho un toro
Siempre sales con tus cuernos,

en nada desmerecen á los que produjeron las plumas privilegiadas de Swift y Quevedo, Voltaire y Marcial.

Entre los rivales de Acuña se cuentan en esta época á don Manuel de Arauco, valiente soldado de la independencia que en 1835 dió á luz sus notables odas bajo el modesto título de « Un paso en el Pindo », — á Adolfo Berro, el malogrado cantor de Yandubayú y Litopeya, del cual ha dicho Menéndez y Pelayo que fué la *esperanza* de un gran poeta, habiendo legado á la posteridad páginas tan bellas como el canto á Florencio Varela, al Dolor, al Jazmín, etcétera, y á Juan Carlos Gómez que el 25 de mayo de 1842 sorprende á los vates de Hispano-América con su hermoso canto á la Libertad.

Victor Arreguino dijo cierta vez que esta producción á pesar de sus grandes defectos tiene fulguraciones extrañas y rara hermesura, sonando su alejandrino al sordo rumor de las batallas.

Pocos han cantado á la vida con más desconsuelo y á la patria con más elocuencia.

Mas, con todo, ninguno de estos esforzados paladines de la gaya ciencia logró igualar el inmenso prestigio adquirido por Acuña; misión confiada por la Providencia á Alejandro Magariños Cervantes, que ya en 1841 siendo aún muy joven — casi un niño — había arrancado á su latido vibrantes notas de dolor ante el sepulcro de Adolfo Berro que, como el cisne, cantó

para morir, — siendo premiado tres años después en el segundo certamen literario que se realizó en Montevideo.

Desde tan fausto acontecimiento para las letras nacionales, el nombre de Magariños Cervantes es pronunciado en son de triunfo por las mil voces de la fama.

Cuando el ejército de Rozas sitiaba los muros de la Ciudad Heroica él parte con destino á España, en donde le sorprende al poco tiempo la triste nueva de la muerte del talentoso Echeverría, escribiendo en seguida á la memoria del bardo proscrito é introductor del romanticismo en la República, uno de los más correctos é inspirados cantos que brotaron de su pluma, — conquistándose de inmediato un puesto respetable entre los escritores peninsulares.

La gran fecundidad del doctor Magariños Cervantes hace que algunas de sus obras sean de mérito relativo. Su fuerte fué siempre la poesía erótica revestida de un dulce sensualismo:

¡Ven! y permite que febril de nuevo
Atrevida mi mano en su carrera
Desparrame tu negra cabellera
De tus blancas espaldas en redor;
Y absorto te contemplo, y desgarrando
De tu pudor vencido el postrer velo,
Te digna á media voz: *¡Vivame al cielo!*
Quiero en tu seno agonizar de Amor!.

habiendo también cultivado el género didáctico y especialmente el patriótico.

La simpática idea de coronarle fué acogida con grandes aplausos por toda la prensa del país, pero, la modestia del poeta impidió que este homenaje se llevara á la práctica.

Sus obras de más importancia son, entre otras, « Palmas y Ombúes », « Brisas del Plata », « Hogar y Patria », y superior á todas, la hermosa « Celiar », novela escrita en verso y de tanto valor por el desenvolvimiento de la acción como por la belleza incomparable de la forma.

★

Durante la guerra de nueve años lejos de decaer la producción literaria obtiene nuevos impulsos y empiezan a probar fortuna, en medio de las clarinadas del triunfo y la derrota y de las nubes de pólvora del combate, ingenios tan preclaros como Pacheco y Obes, el sentimental cantor de las ruinas del cementerio de Alegrete, — el coronel Pedro P. Bermúdez, uno de nuestros primeros escritores que con su tragedia « El Charrúa » dedicó sus anhelos al teatro, — Francisco X. de Acha, un patriota esclarecido y delicado soñador, — Bernardo Berro, considerado por su « Epístola a Doricio » como el primer poeta bucólico del país, — los doctores Enrique de Arrascaeta y Gaspar Villademoros, conjuntamente con los jóvenes Fermín Ferreira y Artigas, el aplaudido autor de « Inmortalidad », Heraclio C. Fajardo, premiado con medalla de oro por su canto a « América y Colón », y Aurelio Berro, quien con el trascurso de los años debía ser uno de nuestros más grandes e inspirados vates.

De él nos ha quedado el precioso canto a la cruzada de 1825, composición bastante correcta por lo terso del verso:

Yo te saludo, venerada sombra
(Y las lágrimas saltan a mis ojos
Cuando mi voz te nombra)
Si allá, en el éter que circunda el suelo
Donde yacen sepultos tus despojos,
Tu espíritu flotante se pasea,
Al contemplar el pueblo que apiñado
Ese mármol rodea
Al fruto de tus obras consagrado
Séate dulce la gloriosa ofrenda.
No menos grata porque fué tardía;
Y desde el éter, de su amor en prueba,
A la patria tu espíritu suelta,

y la profundidad innegable del concepto, motivo por el cual obtuvo primer premio en la justa poética de 1879.

A este torneo artístico de la inteligencia se citan a medir sus fuerzas los más renombrados escritores.

Entre el excesivo número de composiciones que se presentan a certamen, se lee un soberbio canto — « La Leyenda Patria » — que es declarado fuera de concurso por lo considerable de su extensión.

Su autor. — un joven como de veinticinco años, bajo, delgado,

de estatura esbelta y nervioso por temperamento, consigue declamar el bellísimo poema, haciéndolo con tanto arte que inflama como ninguno el nervio patriótico de los circunstantes, y ante la magistral grandeza de su numen, Berro, el poeta premiado, se arranca la medalla para colocarla en el pecho del joven bardo a quien reconocía como supremo vencedor la voz de su conciencia.

Así da comienzo a su gran carrera literaria el doctor Juan Zorrilla de San Martín, saludado varias veces por la crítica como el primer poeta nacional.

Es poco fecundo y su labor poética es harto conocida. En Chile, país en que se educó, dió a la publicidad un tomo de poesías bajo el título de « Notas de un Himno, » impregnadas de un suave perfume becqueriano; luego escribió la « Leyenda », su más hermosa página de gloria, producción de la cual puede decirse sin temor a perjudiciales equivocaciones, que es, junto con el genial canto « Atlántida » de Olegario Víctor Andrade, lo más selecto que en el rico idioma de Cervantes se ha escrito en la América Latina; y, por último « Tabaré », vertido ya a varios idiomas y la obra predilecta del poeta.

Su estilo es castizo, fuerte, sostenido:

Blanca duerna, La lámpara en la alcoba
De la inocente niña
Su dormida cabeza en la almohada
Con trémulas aureolas ilumina.

Entreabiertos sus párpados
Dejan adivinar en sus pupilas,
Como en el lago el brillo de una estrella
La lumbré palpitante de la vida,

y cuajado de imágenes deslumbrantes.

★

Una nueva era para la marcha progresiva de la poesía y desarrollo de las ideas liberales es la que llega con la fundación del « Ateneo del Uruguay », centro de propaganda moral y civilizadora donde se alzan Anacleto Dufort y Alvarez, Luis

Melián Lafaur, Washington P. Bermúdez, el popular autor de « Una broma de César » y uno de los literatos más preparados de la República, — José Sienra Carranza, Joaquín de Salterfín, premiado también en el célebre certamen de la Florida por su canto « La lira rota », — Carlos María y Gonzalo Ramírez, Alcides, Dermidio y Pablo De María, Odiccini y Sagra, José María Castellanos, Luis Piñeiro Del Campo y el viejo veterano don Ramón de Santiago que de cincuenta años atrás viene prestando sus servicios al fomento de las letras.

A estos nombres deben unirse otros muchos como el del inolvidable Matías Bécthy, joven que cruzó por el mundo semejando algo divino que pasa y deslumbra con sus chispazos vivificadores, habiéndose ocupado en oportunidad de dos de sus trabajos vestidos al francés, el conocido escritor Arsenio Houssaye, — los de José Pedro Pinto, Carlos A. Fajardo, Laurindo Lapuente y Ladislao González, — el del gran educacionista José Pedro Varela junto al del infortunado Melitón Alonso, á quien sorprende la muerte en la dulce primavera de la vida.

La provechosa labor que inicia el Ateneo por medio de certámenes y veladas literarias, hace que templen su lira de oro poetas de tanta fantasía como Carlos Roxlo, que muchas veces ha cantado cual Alfredo de Musset y que como él sólo ha nacido para el comercio de las musas; — Rafael Fraguero, el tierno adolescente que sorprende á la sociedad uruguaya con la representación de « Lucrecia Borgia »; — Victoriano E. Montes, Enrique Kubly, Samuel Blixén, Víctor Arreguine, poeta fecundo y orientalista; — Francisco Tomás y Estrich, premiado en los primeros juegos florales que organizó en esta capital el Centro Catalán y premiado de nuevo ha pocos meses en Barcelona, ciudad donde reside; — Nicolás Granada, José G. del Busto, Antonio D. Lussich, Elías Regules, Abdón Arostegui é Isidoro I. De María, los victoreados cantores del paisano y amantes entusiastas del *sabor de la tierra* que buscan inspiración en José Hernández é Hilario Ascasubi, — Julio Figueroa, Constantino Bécchi, cuyo canto á la Libertad figura en las principales autologías, — Santiago Maciel, Manuel Bernárdez, más notable por la correcta é inspirada composición « La Marcha de los Héroes »

que por el resto de sus obras, — Estanislao Pérez Nieto, los Martínez Vigil, Adriano M. Aguilar, Guillermo P. Rodríguez, laureado por la poesía « Al porvenir de Montevideo », — Fernández y Medina, Roberto de las Carreras, Ricardo Sánchez, y poetisas tan distinguidas como la señora y señorita de Castell que han sabido interpretar con altura la difícil fórmula del ideal poético.

Entre la inteligente y estudiosa juventud de la época han conquistado el fallo de la crítica y el aplauso de todos los que rinden homenaje al sentimiento de lo Bello, jóvenes de tanto vuelo como Guzmán Papini y Zás, los García Hámilton, Julio Herrera y Reissig, Eugenio C. Noé, Ubaldo Ramón Guerra, Luis Martínez Márcos, Américo Llanos, Luis Scarzola Travieso (que aunque nacido en Centro América es uruguayo de corazón); las señoritas de Vaz Ferreira, Sábila y Oribe y Méndez Reissig, — Emilio Frugoni, Raúl Montero Bustamante, Oscar Ribas y algunos otros, llamados á recoger mucha gloria en las futuras batallas del pensamiento.

III

El cultivo de la novela — el género literario que más se adapta á la vida de las sociedades modernas por ser el más heterogéneo — fué descuidado por nuestros escritores durante mucho tiempo, habiendo tenido su principal ensayo en la segunda mitad del siglo anterior con la publicación de « Caramurá », hermosa novela histórica y de costumbres que burló la pluma del eminente poeta Alejandro Magariños Cervantes.

Carlos María Ramírez — alma de fuego y voluntad de hierro — dió también á la luz pública una novela que intituló « Los amores de Marta », pero, el cetro de los noveladores uruguayos estaba reservado á Eduardo Acevedo Díaz, que ya se revela en « Brenda », su primera obra, como un artista consumado que une al colorido de la frase un profundo conocimiento del corazón humano.

Él es, en efecto, nuestro gran novelista,

El escritor chileno don Pedro Pablo Figueroa — su apolo-

gista más apasionado — coloca al señor Acevedo entre los primeros novelistas americanos. La serie de sus romances históricos que inicia con « Ismael » — el más correcto de los que ha producido — y termina con « Grito de Gloria », no es más que la epopeya novelada de nuestra independencia.

Su credo literario ha ocasionado más de una discusión, pues mientras los unos quemán incienso á un realista exaltado los otros pretenden encontrar un romántico entusiasta. Ambos juicios son, á mi ver, muy exagerados. El señor Acevedo, como todo artista, de talento, sabe perfectamente que [el realismo é idealismo deben estar unidos en toda obra literaria, porque, como dice Proudhon, los dos se envuelven en la idea que es el objetivo común de todas las manifestaciones del espíritu.

Dentro del límite de aquellos que más se distinguen por su afición á la novela deben citarse á Enrique Kubly, que con sus poéticas « Noches del Paraguay » ha dado una joya de verdadero mérito á la literatura nacional, — al cervantesco escritor Sansón Carrasco por su interesante « Cristina », — al doctor Luis Melián Lafinur por el erudito trabajo « Las mujeres de Shakespeare », — á Mateo Magariños Solsona por sus novelas realistas « Valmar » y « Las hermanas Flamary », — á Antonio Massioti, Francisco Ros, Domingo Arena, José L. Gomensero y Arturo Giménez Pastor, — á la señora Dolores Larrosa de Ansaldo, á quien tributó muchos elogios el poeta argentino Guido Spano, — á Roberto de las Carreras, J. C. Blanco Acevedo y Rafael Sienrra; á don Pedro S. Lamas por su novela histórica « Silvia », como de igual manera los nombres de los jóvenes y bien conceptuados novelistas Javier de Viana, — notable por « Campo » y « Gaucha » — y Carlos Reyles, cuya reputación comienza en « Beba » y se acentúa con su última obra psicológica, « La raza de Caín », que le ha conquistado uno de los primeros puestos entre los escritores americanos que siguen los modelos de Manzoni, Balzac, Jorge Elliot, Flaubert, D'Annunzio y Zola, y merecido juicios muy encomiásticos de los críticos Max Nordau, Emilio Bobadilla y Rafael Altamira, presentándole con todos los caracteres de un inteligente novelador.

IV

El doctor Julio Herrera y Obes, orador grandilocuente y político de talla, es uno de los primeros que en nuestro país se han ocupado de la crítica literaria — ese género escabroso de continuo análisis — abandonándola después cuando las luchas turbulentas de la democracia lo arrastraron hacia la vida del periodismo.

Así transcurrieron algunos años sin que apareciese un crítico de verdad, surgiendo de pronto el humorístico Sansón Carrasco que, onal el bachiller del Quijote, ha hecho pasar deliciosos ratos por la chistosa forma de su lenguaje escrito.

Él es el iniciador del renacimiento crítico que toma en nuestros días un campo considerable por las grandes victorias que se acaban de realizar para honor de la literatura continental y gloria de las letras uruguayas.

X Los nombres de José Enrique Rodó, un príncipe de la frase á semejanza de Gautier, que por su última obra, « Ariel », se le considera como al primer crítico de la juventud americana; de Víctor Pérez Petit, escritor erudito y lleno de bríos, á lo *Clarín*, notable por sus « Balances Literarios »; de Samuel Blixén, el aplaudido autor de un « Cuento del tío Marcelo » que ahora dedica sus anhelos al teatro, y Eduardo Ferreira, un bizarro *amateur* de las esplendorosas galas de la Naturaleza, que tanto estudia una obra literaria como un paisaje pictórico, — son los representantes de las grandes lumbreras de la crítica nacional, cuya prepotencia artística no termina en el Continente, sino que pasando las barreras del Océano tienen su asiento al lado de los críticos más ilustres de la madre patria.

V

La Historia, uno de los ramos del saber en que más han desarrollado las intelectualidades del viejo y nuevo mundo, ha tenido en la República sus fervientes cultivadores.

La representación más gloriosa de nuestro historiador-filó-

solo está encarnada en la memoria augusta de Francisco Bauzá, autor de una monumental obra sobre la dominación española en el Uruguay, tan notable por la veracidad de los hechos como por el estilo elevado con que está escrita.

Barros Arana, Blixén y Poncellis lo consideran el primer historiador uruguayo, unos lo creen superior á Mitre y otros lo comparan á Saavedra Fajardo.

Es de lamentarse que la muerte lo haya sorprendido en el vigor de sus fuerzas intelectuales y cuando se proponía escribir un nuevo libro que encerraría toda la vida histórica de 1821 á 1830.

Los esfuerzos del laborioso é infatigable anciano don Isidoro De María son dignos de especial mención por haber dedicado la mayor parte de sus años al conocimiento y enseñanza de materia tan árdua, llevando ya publicados tres tomos de su « Historia del Uruguay » conjuntamente con otras obras de inmenso mérito.

Entre las varias manifestaciones históricas de importancia deben citarse los « Apuntes y notas históricas » del ilustre doctor don Andrés Lamas, una de las inteligencias más equilibradas que ha tenido la República; y los estudios de idéntica índole de los doctores Manuel y Nicolás Herrera, — el libro « Artigas » de Carlos M.^a Ramírez, obra nacida de una acalorada polémica que sostuvo su ilustrado autor con el diario « El Sud-América » de Buenos Aires, — la « Historia de la República » de Víctor Arreguine, compendio bastante notable y escrito en estilo vigoroso y fácil; los « Primeros patriotas orientales » de Justo Maeso, — las obras de don Antonio Díaz (hijo), Bollo y Carlos Blixén; « Artigas » de Carlos M.^a Maeso, la « Batalla de Cagancha » de Dufort y Alvarez, notable por lo entretenido de la narración y la forma galana y tersa del estilo; las memorias del general César Díaz, como así mismo los tres tomos de « Páginas sueltas » del señor Juan L. Cuestas, en donde se describen heroicos episodios de aquellos tiempos legendarios en que se luchaba por la libertad.

VI

El arte sublime que en Castelar era poesía, pasión en Gambetta y en la arrolladora de defensa en el arrogante Dantón, cuenta en el país con verdaderos apóstoles.

Es fama que don Lázaro Gadea, Plácido Ellauri y Santiago Vázquez deleitaban ya en su época con una oratoria expresiva y llena de fluidez, pero, la elocuencia pura, genuina, llega recién con don Pedro Bustamante, orador convincente y febril que por más de veinte años fué en Montevideo el monarca esplendoroso de la palabra.

Un viejo compañero de Bustamante contábanos ha poco, que jamás se oyeron de sus labios discursos tan brillantes como los pronunciados en 1872, cuando siendo Representante, se presentó á la Cámara un proyecto de ley en el cual se aconsejaba la creación de un nuevo empréstito.

Aunque de la minoría, sus argumentos fueron tan poderosos y bien traídos al debate, que logró desarmar á sus propios adversarios votando con él en contra del proyecto.

Juan Carlos Gómez, Melchor Pacheco y Obes, Carlos María Ramírez y Francisco Bauzá fueron unos fogosos oradores de combate; y este último, como Bustamante, se hizo célebre en el Parlamento por la defensa hecha al general Máximo Santos después de su expatriación, — odiosa para la causa del pueblo pero simpática para los legisladores, pues Bauzá sólo defendía los preceptos inviolables de la Ley.

Otros oradores dignos de mención honorífica son los doctores José Pedro Ramírez, Juan Carlos Blanco, Domingo Mendilaharsu, Anacleto Dufort y Alvarez, y Antonio María Rodríguez, quienes empezaron su carrera oratoria en la tribuna del « Ateneo » para proseguirla luego con gran éxito en los incómodos balanceos de la política. La oratoria sagrada ha tenido como principal agente á monseñor Eusebio De León, incansable y elocuentísimo propagandista del catolicismo.

En el seno de la juventud del día se destacan Daniel Martínez Vigil, el dantoniano uruguayo, José Espalter, todo un *leader*

parlamentario, Evaristo Ciganda, Alberto Zorrilla, Julio Magariños Rocca ⁽¹⁾ y Jacobo Varela, que nada han producido aún para lo que de ellos debe esperarse en el porvenir.

VII

Un género literario, intermedio entre la didáctica y la sociología, al que podríamos llamar literatura didáctica - sociológica, ha sido cultivado con mucho éxito por algunos publicistas.

De esta clase de producciones es « Nirvana » del doctor Angel Floro Costa, profundos estudios políticos y económicos que se relacionan con la vida de tres sociedades, — uruguaya, argentina y brasileña — y los de igual índole de Alejandro Magariños Cervantes sobre las naciones del Río de la Plata, publicados cuando azotaba con su atroz tiranía el pequeño Caligula argentino.

Los interesantes libros que ha escrito el señor Mariano Soler, tales como la « Teosofía », — tratado de la filosofía religiosa — « El Matrimonio », « La Masonería y el Catolicismo » y el « Legado del siglo XIX », pertenecen á la didáctica - sociológica.

Dentro de tal subdivisión deben incluirse por lo que tienen de didáctico y aún de sociológicas, (aunque no se ajusten con entera propiedad á la fusión de ambas materias) las obras de Derecho Constitucional de don Carlos de Castro, el « Sillabus y la Soberanía » y « Comentadores de la Constitución » de Francisco Bauzá, los importantes trabajos constitucionales de Marcos Sastre y Luis D. Varela, los apuntes críticos y obras de derecho de los doctores Manuel B. Otero, Alvaro Guillot, Joaquín C. Márquez, Vázquez Acevedo y Agustín de Vedia; el hermoso estudio elemental de gobierno propio del ilustre José María Vidal, arrebatado á la vida y á la ciencia en plena juventud; las obras y apuntes de los eruditos Dámaso Antonio Larrañaga y don Manuel Pérez Castellanos; los tratados de « Derecho Internacional » de los señores Pérez Gomar y Gonzalo Ramírez, la « Libertad Política » y demás estudios del doctor Ximénez de Aréchaga; las obras, apuntes, panfletos y cartas políticas de los

(1) Fallecido después de escrita esta monografía.

señores Juan José Castro, Martín Martínez, Eduardo Acevedo, Domingo Aramburú, J. E. Massera, Teófilo Díaz, R. Pérez Martínez, Alberto Palomeque, etcétera, — como también los opúsculos sobre gramática de C. Martínez Vigil, algunos folletos de los señores Piquet y Fernández y Medina conjuntamente con los tratados de Filosofía y Psicología de Carlos Vaz Ferreira, una de las inteligencias más sólidas de su generación.

VIII

La Prensa ha contado en sus filas á sostenedores decididos y patriotas desinteresados.

Desde los tiempos de don Pedro Feliciano Cavia, Lucas José Obes, Ramón Masini y otros ciudadanos que esgrimieron sus armas periodísticas antes de instalarse la Constituyente, hasta nuestros días, la importancia y beneficios del periodismo es considerable.

Como en todo país liberal y republicano, desde que nacimos á la vida democrática tuvimos la absoluta libertad de pensamiento, merced á un sabio decreto del primer presidente constitucional de la República, lo que mucho le honra ante los ojos de la posteridad. Así es que la prensa ha hecho sentir su influencia como un segundo poder del Estado, en todas las épocas en que los mandones del gobierno han osado aplastar la dignidad ciudadana, y, gracias á su propaganda más de una vez se han derrocado dictaduras y oprobiosas tiranías.

Más de tres mil diarios y periódicos han visto la luz pública en el territorio, y sobre todo en la actualidad es cuando empieza á tomar mayores proporciones, floreciendo una pléyade de ingenios jóvenes y vigorosos como Carlos Travieso, Juan Andrés Ramírez, Domingo Arena, Julio María Sosa, Rafael Fosalba, Maunini y Ríos, Fernando Herrera, Enrique Crosa, etcétera, que han apresado en el recuerdo sincero de Florencio Varela, José Cándido Bustamante, Prudencio Vázquez y Vega, Teófilo Daniel Gil, etcétera, y en el ejemplo diario y provechoso de don Dermidio De María, Batlle y Ordóñez, Acevedo Díaz y Zorrilla de San

Martín, el amor por la lucha y la defensa de la libertad humana, siempre que á ésta la escuden los principios sagrados del orden y la justicia.

IX

Tal es la historia de las letras nacionales compendiada en un corto artículo de monografía.

Hijos de una raza asaz idealista y de un clima cálido que es el agente principal para el incendio devorador de las pasiones no debe de admirarnos la gran predisposición de nuestro ánimo para el cultivo del Arte y no de las ciencias exactas, pues está muy lejos de nosotros el pernicioso influjo de las teorías prácticas, positivas y utilitarias que tan intensamente se apoderan, del intelecto de los fríos y excépticos habitantes del Norte.

Como muy pocos casos de la misma especie registran los anales históricos de la Humanidad, en los setenta y un años que lleva la República de vida independiente las leyes de la evolución artística han triunfado en casi todas sus partes, cumpliéndose así de una manera digna y satisfactoria la inapelable sentencia de Hennequin: el desenvolvimiento literario de un país está en razón directa con la cultura de sus habitantes.

LEOGARDO MIGUEL TORTEROLO.

ESTUDIOS POLÍTICOS Y SOCIALES

LA EMANCIPACIÓN AMERICANA — LA NACIONALIDAD ORIENTAL

I

El movimiento de las ideas nuevas, dice Sarmiento en su *Facundo*, fueron el objeto y fin de la revolución de Mayo. La Francia revolucionaria, derribando el trono de los Borbones, inició ese movimiento. La América del Norte, el pueblo *yankee*, inspirado en los mismos principios sustentados por Robespierre se lanzó á la revolución, emancipándose de Inglaterra y constituyéndose en nación independiente. Uno y otro acontecimiento, fueron los factores principales que en el siglo XIX iniciaron un cambio al derecho constitucional, y al derecho de gentes, en todos los países civilizados. La Francia concluyendo con Luis XVI, la América del Norte constituida en república, fueron dos inmensos focos que irradiaron el mundo presentándose como el triunfo de las ideas nuevas de que nos habla el ilustre pensador argentino.

La América del Sud, tres siglos hacía, que vivía sujeta á la autoridad de los virreyes y gobernadoras, sin que en todo este tiempo el más mínimo cambio, el más leve vislumbre de libertad social ó económica, hubiese roto la monotonía de la vida colonial. Lo mismo en tiempo de Cortés y Pizarro, lo mismo que de Valdivia, de Mendoza ó de Zárate, de idéntico modo trescientos años más tarde, á principios del siglo XIX, la autoridad de los virreyes y de los gobernadores era onnímoda. El transcurso del tiempo, la marcha de la civilización y de los acontecimientos

tos nuevos, no habían alterado en la más pequeña variante el estado social americano.

La madre patria estacionaria ó retrogradando desde 1600, no había podido asociarse á los progresos que se verificaban. En las colonias de América, las mismas autoridades, el mismo despotismo, las mismas leyes regían en tiempo de Carlos IV y de Fernando VII, que de Carlos V y de Felipe II. Contribuían al malestar general, las disposiciones de España sobre ley de aduanas y la clausura de los puertos americanos al intercambio extranjero.

Se ha dicho y con justa razón, que muchas veces los grandes males económicos y financieros, conducen á los pueblos á situaciones de fuerza y á revoluciones políticas. En América dice Alberdi, la condición económica y financiera fué uno de los principales factores de la emancipación.

En medio de esta vida colonial, donde las autoridades emanadas directamente del rey de España eran verdaderos señores de sus gobernaciones é intendencias, y que conservando las mismas diferencias de linaje que existían en España, restos de la época feudal, habían formado en cada ciudad de América, un pequeño núcleo de gobierno al que tenían acceso únicamente ciertos y determinados individuos, se desarrollaba conjuntamente una sociedad embrionaria, nativa, eminentemente propia y especial, formada por elementos nacidos en América, *criollos*, la que poseía en contraposición de la clase conservadora ó gubernista todas las energías, todas las virilidades, todos los entusiasmos de una clase nueva, con ideas positivas y radicales, y, que seguía el influjo de las nuevas doctrinas y de los nuevos principios. De esta clase social creada y desarrollada en los centros poblados, de las capitales de las gobernaciones, surgieron los elementos nuevos y los autores de la gran evolución política, y social que estallaría en la América latina en el año 1810. La España estacionaria, con las mismas leyes políticas y administrativas, refractaria á los adelantos, y á los progresos, no pudo dominar ni quebrar el desarrollo de la nueva clase nativa. Por otra parte ni siquiera intentó este objeto, limitándose á combatir la revolución una vez estallada

con todo valor y heroísmo es verdad, pero sin poder detener un momento siquiera el movimiento separatista.

Los pueblos del Norte de la América Hispana recibieron de los Estados Unidos, el influjo más directo de las ideas liberales, debido á su proximidad, surgiendo en aquel escenario político, el célebre agitador Miranda discípulo de Pitt y embuido en sus mismas ideas. — Conjuntamente con Miranda surge también Bolívar inspirado á su vez en los principios de la democracia *yankee* y en las ideas que había aprendido durante su estadía en Francia.

En el Sud, los pueblos y las sociedades del río de la Plata, corrieron un desarrollo correlativo, al del Norte. Las invasiones inglesas, rechazadas con tanto heroísmo de las dos capitales del anchuroso estuario, confundiendo ese día criollos y españoles en la misma gloria, no solo probó el temple y el valor de los nativos, sino que contribuyó á despertar el sentimiento nacional y el amor por la libertad. El generalísimo inglés Berresford, preso en Luján por Liniers su vencedor, fué un activo propagandista de las ideas nuevas las que tomarían cuerpo y se harían entidad real cuatro años más tarde.

El poderío de España, en América estaba minado en todas partes, por los mismos motivos, por las mismas aspiraciones, solo así se comprende que estallada la revolución el movimiento emancipador fuese unánime en todo el continente.

Faltaba la oportunidad, el momento en que debía estallar; y la invasión napoleónica en la Metrópoli, lo presentó, con la noticia que llegó á América, de que el rey Fernando había sido hecho prisionero de los franceses. Entonces, el pueblo americano comprendió que caducada la autoridad real, ningún vínculo los unía para sostener y acatar el gobierno de los virreyes y gobernadores españoles.

Descartando los primeros chispazos revolucionarios, verificados el primero por la declaración revolucionaria del *Cubido abierto*, de Montevideo del 21 de septiembre de 1808, y de los gritos sediciosos de Chuquisaca, La Paz y Quito, abogados estos horriblemente en la sangre de sus promotores, el movimiento cundió rápidamente de uno á otro lado de América. Entonces llegó

tos nuevos, no habían alterado en la más pequeña variante el estado social americano.

La madre patria estacionaria ó retrogradando desde 1800, no había podido asociarse á los progresos que se verificaban. En las colonias de América, las mismas autoridades, el mismo despotismo, las mismas leyes regían en tiempo de Carlos IV y de Fernando VII, que de Carlos V y de Felipe II. Contribuían al mal-estar general, las disposiciones de España sobre ley de aduanas y la clausura de los puertos americanos al intercambio extranjero.

Se ha dicho y con justa razón, que muchas veces los grandes males económicos y financieros, conducen á los pueblos á situaciones de fuerza y á revoluciones políticas. En América dice Alberdi, la condición económica y financiera fué uno de los principales factores de la emancipación.

En medio de esta vida colonial, donde las autoridades emanadas directamente del rey de España eran verdaderos señores de sus gobernaciones ó intendencias, y que conservando las mismas diferencias de linaje que existían en España, restos de la época feudal, habían formado en cada ciudad de América, un pequeño núcleo de gobierno al que tenían acceso únicamente ciertos y determinados individuos, se desarrollaba conjuntamente una sociedad embrionaria, nativa, eminentemente propia y especial, formada por elementos nacidos en América, *criollos*, la que poseía en contraposición de la clase conservadora ó gubernista todas las energías, todas las virilidades, todos los entusiasmos de una clase nueva, con ideas positivas y radicales, y, que seguía el influjo de las nuevas doctrinas y de los nuevos principios. De esta clase social creada y desarrollada en los centros poblados, de las capitales de las gobernaciones, surgieron los elementos nuevos y los autores de la gran evolución política, y social que estallaría en la América latina en el año 1810. La España estacionaria, con las mismas leyes políticas y administrativas, refractaria á los adelantos, y á los progresos, no pudo dominar ni quebrar el desarrollo de la nueva clase nativa. Por otra parte ni siquiera intentó este objeto, limitándose á combatir la revolución una vez estallada

con todo valor y heroísmo es verdad, pero sin poder detener un momento siquiera el movimiento separatista.

Los pueblos del Norte de la América Hispana recibieron de los Estados Unidos, el influjo más directo de las ideas liberales, debido á su proximidad, surgiendo en aquel escenario político, el célebre agitador Miranda discípulo de Pitt y embuido en sus mismas ideas. — Conjuntamente con Miranda surge también Bolívar inspirado á su vez en los principios de la democracia *yankee* y en las ideas que había aprendido durante su estadía en Francia.

En el Sud, los pueblos y las sociedades del río de la Plata, corrieron un desarrollo correlativo, al del Norte. Las invasiones inglesas, rechazadas con tanto heroísmo de las dos capitales del anchuroso estuario, confundiendo ese día criollos y españoles en la misma gloria, no solo probó el temple y el valor de los nativos, sino que contribuyó á despertar el sentimiento nacional y el amor por la libertad. El generalísimo inglés Berresford, preso en Luján por Liniers su vencedor, fué un activo propagandista de las ideas nuevas las que tomarían cuerpo y se harían entidad real cuatro años más tarde.

El poderío de España, en América estaba minado en todas partes, por los mismos motivos, por las mismas aspiraciones, solo así se comprende que estallada la revolución el movimiento emancipador fuese unánime en todo el continente.

Faltaba la oportunidad, el momento en que debía estallar; y la invasión napoleónica en la Metrópoli, lo presentó, con la noticia que llegó á América, de que el rey Fernando había sido hecho prisionero de los franceses. Entonces, el pueblo americano comprendió que caducada la autoridad real, ningún vínculo los unía para sostener y acatar el gobierno de los virreyes y gobernadores españoles.

Descartando los primeros chispazos revolucionarios, verificados el primero por la declaración revolucionaria del *Cubido abierto*, de Montevideo del 21 de septiembre de 1808, y de los gritos sediciosos de Chuquisaca, La Paz y Quito, ahogados estos horriblemente en la sangre de sus promotores, el movimiento cundió rápidamente de uno á otro lado de América. Entonces llegó

la oportunidad esperada y la ola revolucionaria se agitó en todo el continente y en toda la masa social al grito de guerra lanzado contra España, contra sus autoridades, contra sus virreyes sus presidentes y sus gobernadores.

Un carácter que predomina en las revoluciones de los distintos pueblos de América, es que en ninguno de ellos se proclamó de inmediato la independencia absoluta de la Metrópoli. La revolución de Caracas del 19 de abril de 1810, la revolución de Méjico iniciada el 16 de septiembre del mismo año, la de Chile del 18 de septiembre del también mismo igualmente que la de Buenos Aires del 25 de mayo de 1810, todas al estallar lo hicieron contra los gobiernos locales, sin que en ninguna se abjurara del soberano español.

Esta particularidad es idéntica y común con el comienzo del movimiento separatista norteamericano. — En estos estados la lucha emancipadora se inicia, en un principio, por causas y motivos más económicos que políticos.

Recién una vez encendida la lucha vino a fortalecer la idea de la independencia, cuando ya la sangre había corrido abundantemente.

No obstante, en Méjico, en Bogotá y en Caracas el sentimiento de independencia, estaba más arraigado que en otros pueblos de América. En esta última ciudad a la revolución del 19 de abril en la que se instituyó « el establecimiento de un gobierno que ejerciese la autoridad a nombre y en representación de Fernando VII » se siguió el acta del 5 de julio de 1811, por la que los estados venezolanos declaraban solemnemente su independencia de la corona de España », haciéndose esta declaración cuando la revolución apenas aún había empezado, dominando todavía los españoles en todo su territorio.

En el sud, por el contrario el movimiento separatista fué sumamente lento. En Chile la mutación del gobierno no revistió verdaderamente carácter revolucionario. — La autoridad del gobernador español Toro Zambrano, Conde de la Conquista, quedó existente en la Junta de gobierno del 18 de septiembre siendo recién un hecho real la independencia de este Estado, cuando

de las fuerzas coaligadas de San Martín y de los patriotas chilenos asentó su predominio sobre su tierra nativa.

En Buenos Aires, el movimiento del 25 de mayo de 1810, tuvo caracteres especialísimos. En este día el pueblo reunido en la plaza Victoria, declaró cesante la autoridad del virrey Cisneros, proclamándose en su reemplazo una Junta de Gobierno exactamente igual a las demás de América.

Es realmente original y curiosa que esta forma de gobierno evidentemente democrática, fuese la única que se estableció en todas las ciudades insurrectas en 1810 y sobre todo que fuese común en todas ellas.

Los primeros actos, de la Junta de Buenos Aires fueron a la verdad, inspirados en el más puro amor por la independencia absoluta de estas provincias, de la Corona. Treinta ó cuarenta días, hacía, después de su establecimiento como autoridad gubernativa cuando disponía la salida de un ejército libertador al interior para que acatasen su mandato. Las provincias reconocieron muchas de ellas, al nuevo gobierno. Solamente Córdoba se levantó en armas, resistiéndose a la nueva autoridad. A la cabeza de la resistencia está Liniers. Chocan las armas los dos bandos; el triunfo queda por Buenos Aires, cayendo Liniers prisionero conjuntamente con otros jefes. — Pero la Junta de Buenos Aires, quiere llevar su predominio a sangre y a fuego, y dicta que no haya cuartel para los vencidos y son fusilados Liniers, Allende, y otros renombrados militares españoles, con cuyas iniciales se formó aquel célebre anagrama CLAMOR!, que señala a los viajeros en la posta de Cabeza de Tigre, al decir de un notable escritor, la tumba de los primeros realistas, sacrificados en los altares de la Patria!

La Junta de Mayo fué más allá, todavía. En su propósito de instalar un gobierno propio, a la vez que impusiera, por la fuerza de las armas, su autoridad en las provincias, formó nuevos ejércitos, para activar y propagar la emancipación en el Paraguay y en el territorio oriental. En su política interna, en las cuestiones locales la Junta se propuso concluir con todo lo que fuera restos del gobierno del tiempo del virreinato, llegando en esta tarea, hasta dictar decretos irrisorios, donde se confunde la de-

mocracia con la sensatez y á veces con el buen sentido. Tal fué el decreto, obra del mismo secretario de la Junta, doctor don Mariano Moreno, prohibiendo honores y distinciones á los miembros del nuevo gobierno. (1)

Evidentemente estos hechos, estas medidas verificadas no ya en cuestiones de política exterior, sino también en sucesos internos nos demuestran un propósito inquebrantable de señalar nuevos rumbos á las provincias unidas, recién emancipadas proclamando de inmediato no solo su independencia, sino también negando todo derecho de posesión al rey Fernando.

No obstante, la declaración de independencia, no se produjo en todo ese tiempo, ni en los años sucesivos. Lejos de esto, la Junta ejercía sus funciones, y esto durante mucho tiempo, á nombre del rey de España, creyendo que así servía á los intereses del Rey.

Bajo este punto de vista la revolución del 25 de mayo, no fué sino una revolución contra el virrey, contra la autoridad española en Buenos Aires, y no contra la Metrópoli.

Más aún, como anomalía, en contraposición con el suceso de Liniers, con las expediciones libertadoras con que se fomentaba la revolución, en fin con el cúmulo de acontecimientos que hacía pensar se marchaba á la absoluta independencia, el doctor Mariano Moreno, alma del movimiento revolucionario, desde que la nueva Junta, no era sino una encarnación de sus principios y de sus ideas, llegaba á discutir, en un laborioso artículo publicado en la *Gaceta*, sobre la posibilidad de que el Congreso de los representantes de las provincias convocada por Buenos Aires

(1) En la *Gaceta* de Buenos Aires del 8 de diciembre de 1810, se registra este decreto el cual se inserta, en la colección de obras del doctor Moreno, publicadas há pocos años, por el Ateneo de Buenos Aires, bajo la dirección del doctor Norberto Piñero. — En esta disposición, la Junta de Mayo, después de entrar en consideraciones sobre la necesidad que había, de abolir todo lo que fuere honores á sus mismos miembros decía en su artículo 5.º: se prohíbe toda bendición, viva ó aclamación pública, en favor de individuos particulares de la Junta: no se podrá brindar sino por la patria, por sus derechos, por la gloria de nuestras armas, y por objetos generales concernientes á la pública felicidad; toda persona que levintase por algún individuo particular de la Junta, será desterrado por seis años y a más, habiendo echado un brindis don Atanasio Duarte con que ofendió la probidad del Presidente de la Junta y atacó los derechos de la patria, debió perder en un cadito; por el estado de embriaguez en que se hallaba se le perdona la vida, pero se le destierra perpetuamente de la ciudad, por que un habitante de Buenos Aires ni ebrio ni dormido debe tener impresiones contra la libertad de su país.

ese año, pudiese proceder y autorizar al gobierno para que éste dictara sus disposiciones con prescindencia del rey Fernando.

Todavía años más tarde, cuando ya otros países de América, hacía tiempo que habían declarado sus independencias respectivas, Buenos Aires hacía públicos reconocimientos de la autoridad del rey de España, en el Río de la Plata. En el Estatuto Provisional del 23 de noviembre de 1811 primera carta fundamental de la Argentina, se expresaba claramente el sometimiento al rey Fernando. De idéntica manera cuando los acontecimientos desarrollados influenciaron al triunvirato de Buenos Aires á verificar el tratado de paz con el virrey Elío del 21 de octubre de 1811, declaraba aquella corporación «su reconocimiento pleno de Fernando VII y sus legítimos sucesores y descendientes y la unidad indivisible de la nación española de la cual formaban parte integrante las provincias del Río de la Plata» quienes jamás acatarían otro soberano que Fernando VII y su descendencia legítima; comprometiéndose Buenos Aires á ayudar pecuniariamente, al sostenimiento de la guerra que mantenía España contra Napoleón.

Mucho tiempo después, todavía, en todos los decretos, bandos y comunicaciones que el gobierno de Buenos Aires mandaba ejecutar, se hacía en nombre del rey y en servicio de sus intereses. Recién en 1816, seis años después de estallada la revolución, el Congreso de Tucumán declaró la absoluta independencia de estas colonias.

Esta conducta, equívoca, y dudosa de los hombres dirigentes de Buenos Aires chocaba todavía más aún, si se compara en sí mismo, el movimiento revolucionario de esta ciudad con el que se produjo un año más tarde, en todo el territorio Oriental. En este Estado á la insurrección estallada en 1811, se produjo un gran movimiento de opinión en favor de la independencia, yéndose casi de inmediato á solicitar su declaración oficial. Apenas instalado el primer Congreso en el Miguelete en 1813, donde tuvieron representación los delegados de todos los distritos del país, se nombraron los diputados que representarían al Estado Oriental en la Asamblea que se reunía ese año en Buenos Aires. La primera cláusula de las instrucciones que le fueron

otorgadas á dichos representantes, estaba concebida en los siguientes términos: *pedir la declaración de la independencia absoluta de estas colonias, las cuales quedarían absueltas de toda obligación de fidelidad á la corona de España y á la familia de los Borbones.*

Ya anteriormente, en el año mismo del comienzo de esa revolución, los Orientales desligándose de la política de Buenos Aires, se habían expatriado casi en masa, hasta el Ayú, para no someterse de nuevo al dominio español, cuando aquel gobierno reconoció la autoridad de Fernando VII, sobre estos territorios y la del virey Elío sobre el Estado Oriental.

Esta discrepancia de política y de ideas, en dos pueblos que debían ser iguales, por su origen, por su civilización, cultura y hasta por su idioma y medios de vida, nos demuestra la marcha de dos tendencias distintas. — En el uno, los temores y perplejidades sobre la posibilidad de la independencia completa de la Metrópoli, dió un carácter ambiguo y dudoso á la revolución, carácter que se tradujo mas tarde por la anarquía de opiniones, y de guerras civiles estalladas en este país cuando se llegó á discutir la forma de gobierno que debía regirlo. — En el otro, el principio de libertad sostenido por todos, desde el primer día de la emancipación condujo á sus habitantes, no solo el pensamiento de la independencia, sino de la nacionalidad constituida.

Es verdad que aquí, en este movimiento, obraron además de razones y motivos políticos, causas sociales.

De ellas, y de su acción en la formación de nuestra nacionalidad, nos ocuparemos en el capítulo subsiguiente.

II

Cuenta la tradición, y así ha pasado á la historia, trasmitida desde sus primitivos tiempos por los primeros cronistas, de la conquista, que del mismo modo que hubo un Rodrigo de Eriana en la expedición de Colón que fué el primero, en ver la luz centellante que anunció el continente ignorado, y que hubo un Sancho A. del Campo, que al saltar á tierra en la margen dere-

cha del Plata gritó *qué ¡buenos aires!* nombre que le quedó á la ciudad que fundara Garay, existió también un marino ignorado cuyo nombre injustamente, no ha pasado á la historia, un humilde tripulante de la expedición de Magallanes, que desde la copa más alta del *Vitoria* repitió con voz fuerte *¡Monte-Vidi!* al enfrentarse con nuestro magestuoso Cerro, cuya imponente figura, se adelanta muchas leguas á la vista de los viajeros, como gigante defensa, que impusiera respeto, á los audaces que quisiesen hollar su suelo.

Sea verdad ó incierta esta tradición, *¡Monte-Vidi!* gritaron los de Magallanes, y *Monte-Vidi* repitió la historia, durante dos siglos de conquista, trocándose con el andar de los tiempos en *Montevideo* nombre que se daría á la ciudad que en épocas más tarde fundara el esforzado Zabala, en la misma ensenada abierta al embate de las olas, y á los vientos huracanados del Sud, y resguardada por el mismo magestuoso Cerro que le diera tal denominación.

Fué en enero de 1724 que el gobernador de Buenos Aires, Bruno Mauricio Zabala, fundó esta ciudad artillándola y dotándola de una correspondiente guarnición militar, para que ya desde sus primeros días sirviera como fortaleza avanzada, que detuviera las invasiones extranjeras. — Y Montevideo nació á la vida de ciudad, surgiendo de un fortín militar resguardado de trincheras levantadas en acueductos y sobre empalizadas construidas ya por los portugueses, los eternos enemigos de España en estos siglos de conquista.

Delineada dos años más tarde por Millan, fué poblada por siete familias trasfás de Buenos Aires, y por diversas otras enviadas después por Alzaibar. La posición geográfica de Montevideo, colocada á la entrada del anchuroso Plata, hizo que su puerto fuese de los más favorecidos de estas regiones, siendo la nueva ciudad el punto obligado de escala de todas las mercancías y de todos los productos que venían de la madre patria para estas tierras y para los mares del Pacífico.

Fué esta circunstancia, más que otra, la causa del progreso de Montevideo, lento en un principio, pero que se acentuó con el andar de los años, convirtiéndola ya en las postrimerías del

siglo XVIII, en justa rival de Buenos Aires, fundada esta doscientos años antes.

No obstante, las rigurosas leyes aduaneras, las dificultades del comercio, de los medios de transporte, además de la ausencia completa de minas en el país que incitaran la codicia de los traficantes, desde que era el oro y la plata el aliciente mayor que tenía para ellos América, contribuyó bastante para que la ciudad no adquiriera de inmediato un desarrollo semejante á otros del continente.

Con todo el progreso es evidente. Cada año que pasa, cada gobernación que se sucede, va acompañada correlativamente, con un aumento de población, con una entrada mayor de buques, con un número más elevado en las rentas de aduana, causas todas que influyen en el mejoramiento social y en el bienestar general.

Y así vemos que á medida que la ciudad adelanta, que la población se hace más densa, vemos también renovarse el medio social, y con ella ensancharse el círculo circunscrito á la autoridad colonial. Un jefe de fortín, fué la primera autoridad militar que tuvo Montevideo. Con el tiempo sucédele un teniente gobernador, eligiéndose además un *Cabildo* para la ciudad. En 1747, la autoridad de un teniente gobernador, ya no basta, ni es suficiente.

Al tiempo que la sociedad ha progresado, que se han confundido las razas españolas con los elementos indígenas nativos, las necesidades aumentan y el engrandecimiento es mayor en la colonia. En este año el gobierno de la Metrópoli atento á la importancia de Montevideo, crea esta gobernación nombrando como su primer gobernador á don Joaquín de Viana.

Ya tenemos á la nueva población, en veinte años de existencia equiparada á Buenos Aires; como ella, con un gobernador dependiente del virrey del Perú y con un cabildo especial representante del pueblo.

¿Qué causas y cuales motivos pudieron influir en este desarrollo evidentemente rápido, que se opera en Montevideo en el transcurso del siglo XVIII?

No fueron seguramente ni los medios de gobierno, ni el des-

arrollo extraordinario del comercio, y de la población, ni los medios de vida, ni ninguna de las muchas causas exteriores, cuyas consecuencias y efectos son siempre el engrandecimiento de los pueblos. Regidos los dos por instituciones iguales, por idénticos principios, por gobiernos semejantes, la causa ó motivo que fuera acción, ó determinara un suceso cualquiera, en uno de ellos, sería forzosamente común é idéntico en ambos.

Hemos hablado del medio y de la sociedad. En nuestro criterio, en la índole de ella misma y en los elementos que habían contribuido á su formación, estaba, el porque, la causa legítima y verdadera del adelanto y del desarrollo social. — El conquistador español al poner su planta en la ribera argentina encontró una raza tranquila, moderada, que doblegó su cerviz sin oponer mayor resistencia. — En la otra, por el contrario la conquista halló un pueblo fuerte, viril é independiente que mató á Solís y que resistió á todos los adelantados, que nunca pudo ser sometido por los españoles, y que regaría con su ardorosa sangre, los palmos de su tierra cedidos á la civilización.

Hablamos también de fusión de razas, y debemos decir, que el espíritu innato y peculiar de independencia de la nación charrrúa, había pasado con iguales ardores, con iguales fuerzas, á sus descendientes los nativos ó *ortollos*, conservando éstos, como herencia, además de su valor y de su fiera indómita, su carácter propio de libertad.

Por esto, conjuntamente que la colonia crece y aumenta, se desarrolla también este sentimiento innato en sus habitantes. El progreso y la civilización de Montevideo, arrastra conjuntamente como hecho correlativo esta idea de nacionalidad, que se hace ya evidente y real, cuando las necesidades de la colonia, requieren para sí la existencia de una gobernación separada de la de Buenos Aires.

Desde esta época, pues, la prepotencia de Buenos Aires sobre Montevideo cesa en absoluto para dar comienzo, como movimiento evolutivo, al sentimiento de nacionalidad, hasta entonces en germen unicamente.

Por todas estas consideraciones nosotros creemos que la fecha

de la instalación de un gobernador para Montevideo marca una etapa en la vida de un pueblo, y señala un momento verdaderamente sociológico en que se caracteriza, una sociedad al emanciparse de otra, siguiendo inspiraciones propias y particulares, por más que un cúmulo de circunstancias, la identidad general de la raza, del gobierno, de la lengua, etc., aparezcan, como factores de un comunismo forzoso de ideas y de propósitos.

Este sentimiento de nacionalidad que fatalmente se produjo obedeciendo á leyes naturales que estudia la sociología, encontró un campo fértil para su desenvolvimiento, y la idea de libertad y de independencia surgió para los habitantes de Montevideo, como una necesidad inevitable, presentándose con aspecto más verdadero á medida que transcurrió el tiempo.

En las postrimerías del siglo XVIII, el espíritu antagónico entre Montevideo y Buenos Aires, era un hecho perfectamente claro. Un suceso cualquiera, por insignificante que hubiese sido, haríalo patente. Tal se produjo durante las invasiones inglesas en el Río de la Plata. — Sometida Buenos Aires, por las armas británicas, las tropas reclutadas en Montevideo al mando de Liniers, marcharon á su reconquista, consiguiéndola después de rudo y cruento ataque, sirviendo ellas mismas como núcleo de verdadera resistencia cuando al año siguiente los ingleses intentaron sin resultados posesionarse de nuevo, de aquella plaza. — Buenos Aires por su parte no correspondió con igual generosidad, cuando á su turno Montevideo después de una resistencia heroica sucumbió en poder de Aulchmuty, negándose á mandar refuerzos y solo consintiendo, escasamente en ello, cuando los atacantes escalaban ya las murallas de la ciudad.

Restituido Montevideo por los ingleses, estalló entonces de un golpe el sentimiento antagónico entre las dos ciudades del Plata. Vinieron enseguida, las desinteligencias y los sucesos entre el virrey de Buenos Aires y el gobernador de Montevideo, llegando el pueblo de esta última ciudad reunido en el cabildo abierto del 21 de septiembre de 1808, á pedir la formación de una Junta de Gobierno, especial, independiente de la autoridad del virrey, declarándose públicamente y de hecho separada de Buenos Aires.

Desde este día, la nacionalidad oriental, su independencia de las antiguas provincias unidas que constituyeron el virreinato del Río de la Plata, surge, por sí misma, como una consecuencia lógica del desarrollo de un principio ó de una idea, siguiendo en este caso, leyes, que en la vida y en la evolución de las sociedades nos demuestran constantemente, el estudio de las ciencias históricas.

Es por esto, que si á veces en la historia de nuestra independencia, como aparente contradicción del espíritu de nacionalidad vemos luchar los dos pueblos por la misma causa, confundiendo su sangre por una misma bandera, como en el sitio de Montevideo y en el Cerrito, no es sinó una unión momentánea, hermanados ante el peligro común del mismo enemigo, pero para separarse inmediatamente de concluida la lucha y combatir uno contra otro como en Guayabos, siguiendo siempre los orientales, el influjo del ideal de la patria libre.

Artigas no fué sino una consecuencia y un resultado del medio. Él se presenta en el escenario político de su país como un apostol de una idea, como la más genuina encarnación de sentimientos y propósitos acumulados durante generaciones enteras, que esperaban el momento de identificarse y personalizarse, para convertirse en acción. La guerra á la invasión lusitana, la resistencia heroica y altiva del pueblo oriental durante cinco años consecutivos, hasta caer rendido en India Muerta y Catalán, no es [un accidente casual y fortuito; ella responde á causas lógicas y principios determinados, que no son las ambiciones y las supremacías de caudillos.

La ciencia de la psicología nos enseña que así como en la humanidad la herencia de los caracteres adquiridos es una verdad irrefutable y que los descendientes de individuos afectados de ciertas cualidades pueden en determinada circunstancia desarrollar esas mismas cualidades, en la vida de las sociedades y de las naciones se operan los mismos fenómenos, de pueblos que mantienen en germen ó en desarrollo, un ideal durante largo tiempo, hasta un momento, hasta una época determinada, que ha hecho acción, lo que hasta entonces ha sido potencial.

En la nacionalidad oriental, el principio de esta misma na-

sionalidad, aparece antes del descubrimiento y de la conquista, como un carácter real y objetivo pasando durante el coloniaje á existir como un germen, como un principio, que esperará un momento propicio para su desarrollo. La revolución de mayo, cambiando totalmente los acontecimientos políticos y sociales, vino á poner de manifiesto esta aspiración. Por eso decíamos que Artigas, más que otra cosa fué un resultado del medio. Encarna sus pensamientos, personaliza sus ideales, y lleva al campo de lo real y de lo positivo, lo que hasta entonces, había sido embrionario y subjetivo.

PABLO BLANCO ACEVEDO.

LAS LEGUAS ESPAÑOLAS DEL SIGLO XVI ⁽¹⁾

Señor director de VIDA MODERNA.

En el último número de la Revista que Vd. dirige, veo que el señor Nicolás N. Piaggio consultado por el señor Francisco J. Ros, opina que «la legua usada en el siglo XVI entre españoles y portugueses debía ser la de 17 1/2 al grado.»

En mis estudios he llegado á la misma conclusión que el ilustrado Catedrático de Cosmografía en la Universidad de Montevideo, y quiero reforzar las buenas razones en que apoya su tesis.

Oviedo en su *Historia Natural y General de Indias*, libro 23 cap. II, explica, por incidencia, lo que es un grado con estas palabras: «por manera que desde aqueste río (el río de las Piedras—costa del Brasil) hay un grado de Norte á Sur, que son diez é siete leguas y media.»

Herrera en su década VII, libro III, cap. V. (1601) trata de

(1) El doctor MANUEL DOMÍNGUEZ es actualmente rector de la Universidad de la Asunción. Ha desempeñado otros cargos públicos, como ser, diputado al Congreso, director del Colegio Nacional, catedrático de Internacional Público en la Facultad de Derecho.

Es periodista de fibra y de fama sólida, cimentada sobre todo en la labor de estudios históricos y filológicos.

En suma, es el doctor Domínguez una personalidad científica, literaria, histórica, social y periodística, á la vez que uno de los hombres públicos más populares y simpáticos con que cuenta la juventud paraguaya.

Sus páginas, reveladoras no sólo de un espíritu que no pierde de vista el movimiento intelectual de América, sino también dotado de esa erudición fluida y sin afectaciones, patrimonio de los inteligentes, de los que saben, son un honor y como tal las apreciamos. Y al publicarlas en VIDA MODERNA, demostramos que el propósito que tuvimos en vista al dar á luz esta Revista, se va desarrollando, aunque paulatinamente, como todo progreso sólido y verdadero. Ellas demuestran que vamos reflejando la intelectualidad del continente. En nombre, pues, de la confraternidad literaria sudamericana es que aplaudimos la espontaneidad con que escritores como Masilla, Quesada, del Solar, Díaz Romero, Domínguez, etc., honran esta publicación.

la cuestión sobre límites entre las gobernaciones de Pizarro y de Almagro y dice que Hernando Galdin, piloto, calculaba la extensión Norte-Sur de la gobernación de Pizarro « contando las leguas que por la esfera salen diez y siete leguas y tercio ó diez y siete leguas y media cada grado. »

Otro piloto, Juan Broche, también hacía su cómputo « contando diez y siete leguas y medio por grado ». Prescott resume lo que dice Herrera, en su *Historia de la Conquista del Perú*, libro IV, cap. I.

La Gasca en 1549 nombra gobernador á Diego Centeno: su gobierno había de lindar al occidente con los de Charcas y Cuzco, al Oriente con el Brasil, al Norte con el paralelo 14° y al Sur con el 23°23'. « Por manera (agrega el mismo la Gasca) que Norte-Sur, derecho meridiano, tendrá NUEVE GRADOS Y TREINTA Y TRES MINUTOS, QUE SON CIENTO Y SETENTA Y TANTAS LEGUAS DERECHAS POR MERIDIANO ». (1) Hecha la división, salen leguas de á 17 $\frac{1}{2}$ al grado.

Juan López de Velazco en su *Geografía Universal de las Indias* (1571-1574) explica en la pág. 1 que sus leguas son de 17 $\frac{1}{2}$ al grado.

Según la Condamine — en su *Relación abreviada de un viaje hecho en el interior de la América Meridional* (1745 - pág. 13) — en los comienzos del siglo XVII todavía 1356 leguas españolas « valían más de 1500 leguas marinas (de á 20 al grado) ». De la proporción se desprende que las 1.^{as} son leguas de á 17 $\frac{1}{2}$ al grado.

En el *Primer viaje alrededor del Mundo* de Pigaffeta, anotado por Manuel Walls y Merino (Madrid-1889 - nota 6 - pág. 113), se lee: « Los navegantes españoles y portugueses apreciaban las distancias en leguas de á 17 $\frac{1}{2}$ al grado ».

Pero en realidad las leguas marinas eran menores. En tiempo de Ortiz de Zárate, un autor calculaba que de San Lúcas de Barrameda al Río de la Plata había 1440 leguas de « á veynete leguas el grado » — *Revista del Instituto Paraguayo*, núm. 18, doc. VI: *Descripción del Río de la Plata*.

(1) V. René Moreau: *Relación de la Conquista de Chile* — Santiago de Chile, 1888, pág. 540.

Ni está demás saber que Madero en su *Historia del Puerto de Buenos Aires*, tomo I, pág. 337, nota 21, escribe: « cincuenta leguas de entonces (del tiempo de Gaboto) corresponden á 60 de las actuales leguas marinas » (de á 21 al grado). Es decir que en concepto de Madero las leguas del tiempo de Gaboto son de á 17 $\frac{1}{2}$ al grado.

Diré también que Colón, Vespuccio y otros navegantes al servicio de España, según Varnhagen, contaban en leguas de á 15 al grado. V. *Exposición que los Estados Unidos del Brasil presentan al presidente de los Estados Unidos de América como árbitro* (en la cuestión con la Rep. Argentina), Vol. 2.

Lo que no quita que las leguas geográficas españolas del siglo XVI, según queda probado con el testimonio de historiadores respetables como Oviedo y Herrera, con el del Presidente la Gasca, con el de geógrafos como Juan López de Velazco, autoridades todas del siglo XVI y con las autoridades de la Condamine, Walls y Merino, y Madero, fueran leguas de á 17 $\frac{1}{2}$ al grado.

Saluda al señor director atentamente.

MANUEL DOMÍNGUEZ

Asunción, 1901.

LA PAZ Y LA GUERRA EN EL URUGUAY ACTUAL

Para Julio Piquet.

« Hoy las naciones deben vivir de trabajos
útiles y deben engrandecerse por el trabajo
intelectual. »

« Nadie os dirá decadentes si trabajáis, si
os hacéis ricos y aborrecéis la guerra con sus
desastros y vanas conquistas. »

G. Sergi.

El filósofo italiano Sergi en estas palabras se dirige á sus compatriotas en un libro reciente, que ha publicado, sobre la decadencia de las naciones latinas.

Su opinión no puede ser más exacta y su consejo resulta utilísimo. Sus observaciones son aplicables á esta joven nación, tan necesitada de la fecunda energía de la esforzada Francia y de la activa Inglaterra.

¿ Acaso vivimos de trabajos útiles? ¿ Nos engrandecemos por la labor intelectual?

Dado el escaso movimiento que se da á la riqueza ganadera, agrícola y minera y la ínfima actividad mental, fuera de la política ó del foro, estas preguntas se contestan negativamente, pero nótese que no es por falta de medios.

El Uruguay — con una extensión territorial seis veces mayor que la de Bélgica y cinco veces mayor que la de Suiza; con más de 1,500 kilómetros de costas marítimas y fluviales; sus 16 ríos y más de mil arroyos; su riqueza pública que asciende á 3,840 millones de francos; sus treinta y cinco millones de cabezas de ganado; su comercio de exportación y de importación de

150 millones de francos; sus mármoles; praderas; trigales y viñedos — puede estimarse un país rico y de porvenir.

El medio natural ó físico es propicio para un gran desarrollo comercial.

El pueblo que ha producido á patriotas como los treinta y tres, Artigas, Rivera, Leandro Gómez, Joaquín Suárez; á intelectuales como Andrés Bamas, Magariños Cervantes, Juan Carlos Gómez, Carlos María Ramírez, Francisco Bauzá, José Pedro Varela, Angel Floro Costa, Mariano Soler y tantos estadistas é inteligencias — debe sentirse capaz de un gran desarrollo mental.

Si el pueblo uruguayo posee tantos buenos elementos ¿ que le falta? La perseverancia, el amor al trabajo y á las instituciones y el convencimiento de que las revoluciones son crímenes de lesa patria. La inquietud febril en que se vive á causa de los antagonismos partidarios está relacionada directamente con el progreso lento y costoso del país.

Se puede profetizar que mientras no desaparezca el temor revolucionario todo irá mal y la nación se encaminará al abismo en que vejetan Colombia, Venezuela y el Ecuador.

Aun más, algo de mayor gravedad puede pasar: — terrible posibilidad.

Hubo en la vieja Europa un pueblo valeroso é inteligente, que por las desavenencias profundas entre los ciudadanos, sufrió la afrenta de ser repartida tres veces después de guerras sanguinarias. Me refiero á la infortunada Polonia. La anarquía que reinaba allí cuando era libre fué fomentada por las grandes potencias vecinas que luego se aprovecharon de ella. El grito de Koscíusko herido: *Finit Poloniae*, resultó cierto.

Este ejemplo histórico asimilado á la historia del Uruguay desde el nacimiento de los partidos — sugiere multitud de semejanzas. La historia en este caso desempeñaría el rol de maestra de la vida como lo quería Cicerón.

El deseo incesante de convulsionar al país sin otro motivo que la ambición personal — mantiene el militarismo que, como en Europa, es una plaga.

Según Sergi la decadencia de las naciones latinas estriba en el mal empleo de sus actividades. Se dedican con toda el alma

á sostener ejércitos y marinas monstruosas; se agitan en vano por expandirse en Africa y en Asia cuando ya no son aptas para la guerra. Esta aserción está comprobada de una manera incontestable por sus derrotas.

Francia es vencida en la guerra del 1870 que tan á prueba ha puesto su incomparable energía; se humilla en Fashoda. Italia sufre una derrota cruenta en Abisinia; España se estrella contra un coloso y siente su ineptitud é impotencia en Cuba contra sus colonos y en la guerra naval con Estados Unidos.

La inducción es obvia: estas naciones deben modificar su ideal. Si en una época no remota fueron guerreras, sean ahora pacíficas, vale decir, comerciales é industriales.

Para quien ha estudiado historia es fácil cerciorarse de que si el estado normal de la sociedad era la guerra, hasta poco ha, hoy desde treinta años acá, es la paz.

Es un hecho con qué hay que contar; fenómeno trascendental que marca el grado de perfección de nuestra especie. Las naciones que lo contrarian sufren y su castigo es la decadencia. Otro origen no tiene la anarquía gubernativa y el abatimiento popular en las naciones latinas.

La guerra vuélvese cada día mas odiosa y menos útil aún en el caso de naciones germanas — ejemplo: la Inglaterra empeñada en reducir á los Boers invencibles. Como Francia, Italia y España experimenta la amargura de la derrota que anuncia ya la pérdida de la preponderancia mundial y la declinación de su grandeza.

No puede haber duda al respecto: la guerra es funesta para la variedad humana superior ario-europea.

Otro dato, de orden intelectual, puede dar mayor fuerza á estos argumentos y á nuestra convicción.

Se observa que son más avanzadas las naciones que más gastan en instrucción pública. Así Estados Unidos figura en primer término; su presupuesto escolar alcanza la fabulosa suma de 922.250.000 francos mientras en materiales de guerra y marina invierte solo la mitad de lo que Francia. Nadie negará la superioridad de esta joven nación en el comercio, en la industria y en la práctica de la democracia. Después le siguen Ale-

mania, Inglaterra, Francia é Italia. Es lógicamente el puesto de estas naciones atendiendo á su progreso.

Italia emplea 1/8 de su presupuesto de guerra en instrucción. Por ello ¡cuántas calamidades no azotan á este vigoroso pueblo!

Tal convencimiento tiene un pensador eminente de la inutilidad de la guerra y sus infaustas consecuencias, que no teme expresarse así respecto de Francia:

« Si la Francia abandonase el militarismo y con él el imperialismo formal y excesivo, y dirigiera sus energías por las « dos sendas de la actividad industrial, agrícola y comercial « como también la actividad intelectual, ella sería la primera nación del mundo. » Comparto el juicio porque amo sinceramente á la maestra de las naciones modernas. Aplicando estas ideas al pequeño Uruguay cuyas grandezas morales é intelectuales están bien manifiestas, digo: si él abandonara su espíritu partidario y guerrero y en vez dedicara sus energías á transformar su riqueza nativa — sería una de las primeras naciones, sino la primera nación, en proporción, de Sud América. No se crea excesiva mi aseveración: es un hecho y como tal comprobable.

La pequeñez territorial es una cuestión secundaria: Grecia era reducidísima y fué sin embargo la primera entre las naciones y es aún el más genial de los pueblos; Bélgica, Suiza, los Países Bajos, Portugal en el siglo XV y la misma Inglaterra son ejemplos inequívocos de ello.

En el Uruguay el presupuesto de Guerra y Marina para 1900 fué de \$1.725.503. Además en la planilla de « Diversos gastos » figuran 130.000 para vestuarios; 80.000 para eventuales y 28 mil para reparaciones de cuarteles. Si se añade á esto el costo de la guerra civil del 1897, las sumas invertidas en la guerra resultan enormes comparadas con lo gastado en instrucción primaria, que es tanto más útil cuanto prepara para ejercer inteligentemente la ciudadanía y las fuerzas para el trabajo. El número de escuelas es de 539 con 49.775 alumnos sin contar las escuelas particulares. Nos deben satisfacer estas cifras, pero aún la diferencia entre los dos presupuestos es muy grande.

Pero la dialéctica más perfecta en unión de la más trascen-

dente filosofía poco sirven frente al valor indomable, á la sed de aventuras, al culto de la tradición, á la rutina y alegoismo más ciego é impuro.

El verdadero peligro de los partidos existentes está en los recursos que emplean para vencerse. Si pudieran entenderse sin recurrir á las armas, sin vivir amenazándose perpetuamente con revoluciones — nada habría que observar.

Mientras sean partidos ofensivos y defensivos no llenarán su misión civilizadora. El partido que intente convulsionar el país acarreará el desprecio del elemento culto, de las clases trabajadoras y productoras y del elemento extranjero.

La falta de imperio sobre sí mismo es carencia de valor, hay que recordarlo en los días de impaciencia por que corre la República de Artigas. El partido que para hacerse justicia corra á las armas enaltecerá á su adversario de tal modo que legitimará todas sus aspiraciones y le hará noble ante la historia. El mundo desea la paz y busca la disolución del espíritu guerrero tratando del arbitraje en las memorables Conferencias de la Haya y de Méjico. La América latina la necesita por sobre todas las cosas. El Uruguay debe hallar en ella una razón de ser un esfuerzo vital sin el cual perecerá. ¿Puede suponerse que existan Uruguayos que piensen de otra manera?

Hay que considerar que nuestro fracaso en la gestión gubernamental durante estos últimos tiempos es por defectos y vicios inherentes al pueblo uruguayo. En las mismas condiciones y en el mismo momento histórico cualquiera de los partidos no hubiera actuado muy distintamente.

Lo creo con toda sinceridad.

Una y otra carta fundamental en esencia son idénticas.

La corrupción de un partido en el gobierno es la decadencia nacional, pasajera se comprende, pero efectiva.

Ambos partidos deben cooperar al mejoramiento político por medio de la lucha cívica y no armada.

Estas observaciones se basan en la realidad y están al alcance de la observación individual: todos pueden comprobarlas y cuanto más pronto se convenzan de su verdad y de su lógica tanto mejor para el país.

Los partidos de ideas revolucionarias y personales deben desaparecer porque con su ausencia se obtiene la primera y esencial condición de un país que lo quiere ser de verdad — la estabilidad de las instituciones y la paz.

Los malos partidos deben morir, no por medio de revoluciones ni de guerras, sino abatidos por una convicción nueva, más amplia y de más progreso.

Si esto aconteciera, el agricultor, el ganadero, el industrial, el comerciante, el educacionista, el sociólogo serían enaltecidos y rebajados los politiqueros de todas condiciones y ocupaciones sociales.

Ese día será de fiesta para la filosofía histórica y la ciencia. Así los partidos transformados en ciudadanos útiles podrán repetir el profundo pensamiento de Edna Lyall:

« Nada nos puede dañar mientras amemos la verdad y nos amemos los unos á los otros. »

ALBERTO NIN FRIAS.

Montevideo, Octubre de 1901.

CORRESPONDENCIA DIPLOMÁTICA, PRIVADA,

DEL DOCTOR DON MANUEL HERRERA Y OBES CON LOS
PRINCIPALES HOMBRES PÚBLICOS, AMERICANOS Y EUROPEOS,
DE 1847 Á 1852

(Continuación) (1)

Montevideo, Septiembre 13 de 1848.

Poca cosa tengo que agregar á lo que te escribí en 22 de agosto último. Nuestra situación es una verdadera crisis. La vida ó la muerte están en suspenso. A la altura á que han llegado las cosas, nuestro destino se fijará, irrevocable y definitivamente, con la resolución que á esta fecha supongo habrán ya tomado los gobiernos interventores. Algo más: si ella es en nuestro favor y aquellos poderes asumen una posición enérgica y decisiva, creo también que será la muerte de Rosas.

Tal es la exasperación, tal el aburrimiento, tal los desengaños, de estas poblaciones con respecto á lo que tienen que esperar de aquel furioso bárbaro, que no tropiezo en pronosticar y asegurar, una violenta reacción en ambos Estados, desde que tengan un apoyo cierto y más fe en la lealtad y altura de la política europea. El atroz y horrible suceso del asesinato de la hija de O'Gorman, de cuyos detalles te supongo completamente instruido, ha llenado la medida del sufrimiento y despertado en el corazón de los porteños, algo que se parece á sentimiento de la vida. Por otra parte, son tantas las barbaridades, que en todo sentido está haciendo, que parece visible que la Providencia se

ha hecho cargo de librar á estos países de aquel monstruoso flajelo.

El día pasado despidió á Hood y ahora acaba de despedir á Picolet. Los motivos que aduce para justificar ese grave acontecimiento, son tan insignificantes y vacíos, que nadie desconoce hoy, que él es la obra de un sistema. Picolet tenía á su cargo tres Consulados, el de Cerdeña, el de Francia y el de Inglaterra; es decir, estaba encargado de proteger á los súbditos de esas naciones, haciendo, por sus personas y propiedades, todas las reclamaciones que fueren necesarias, y esta es indudablemente la verdadera razón de su despedida. Rosas quiere desembarazarse, á todo trance, de los agentes públicos, para hacer de los extranjeros, en aquel desgraciado país, lo que se le antoje y le de la gana, y á esto marcha ya sin embozo.

Una carta de Mr. Harris, cónsul general de los Estados Unidos en Buenos Aires, asegura que, Bunge, cónsul de uno de los Estados de Alemania ó Bélgica, también ha sido ya notificado á la manera de Rosas, para que tome sus pasaportes, sin que se sepa el *porqué*, lo que, si es cierto, confirma aquella creencia. Además, el furor popular en favor del sistema americano y contra todo lo que no es de estas tierras, nunca se ha desplegado más sistemado y compacto que en estos últimos tiempos. En la sala de Representantes, en la prensa, en el púlpito, en el teatro, en todas las reuniones públicas, en fin, no se preconiza ni se recomienda más que un odio y rencor salvaje á todo lo que es extranjero, procurando, con los discursos más apasionados y selváticos, embriagar el corazón del pueblo, para que á la menor señal tenga lugar otra Sanbarthelemy, ó vísperas sicilianas. ¿Conseguirá su objeto? ¿Con tales hechos amedrentará á esos Gobiernos? No lo espero. Aquí la irritación ha producido una fiebre, tal, que es delirio en todos los extranjeros. Esto es en cuanto á lo de Europa. Por lo que hace á lo de América, sabido es como se conduce Rosas. En el Estado Oriental tiene una intervención armada, para sojuzgar este pueblo y convertir su nacionalidad en una miserable Provincia de la Confederación, aniquilando, para siempre, todos sus elementos de engrandecimiento y prosperidad futura. En Bolivia, acaba de promover

(1) Véase Vida Montevideo, tomo IV, página 556.

y fomentar una revolución que ha tirado abajo la administración de Ballivian y establecido otra de candidaturas y parciales conocidísimas del Grande Americano de las Pampas. Con Chile tiene hoy entre manos una gravísima cuestión sobre la posesión y dominio del Territorio del Estrecho de Magallanes en que está establecida la nueva Colonia Bulnes, pues dice que siempre ha sido parte integrante del Virreinato de Buenos Aires, probando así, por lo menos, que es lógico y tenaz como ninguno en todo lo que se propone. (Recordarás que en este mismo fundamento se apoya para obtener la reincorporación de Bolivia, Paraguay y Montevideo.) Con el Brasil, las relaciones están hoy en tal estado de vidriosidad, que aún los más incrédulos miran ya como inevitable la guerra. Tú mismo puedes formar un juicio á este respecto, por los datos que suministran los diarios que te remito. En ellos verás la uniformidad de la opinión, apesar de los infinitos partidos políticos en que está dividida la Monarquía Imperial.

Un Ferraz, cuyo discurso ha llamado mucho la atención, ha sido hasta ahora uno de los más desenfrenados entusiastas de Rosas y que no ha trepado en defenderlo, con el mayor calor, en la tribuna y en la prensa; pero á tal punto han llegado los manejos criminales de Rosas! En Río Janeiro se sorprendió una revolución de negros, cuyos actores y promotores se vió que eran agentes de aquel malvado. Al mismo tiempo en Minas y Río Grande se urdían dos más, una con aquel carácter y otra con aspecto político, apareciendo en todos la mano de Rosas. Todo esto sin contar con las intrigas y manejos de toda especie con que Guido promueve y sustenta las agitaciones de los partidos políticos, cuyos centros están en Río Janeiro.

¿Qué porvenir en presencia de tales hechos, pueden esperar estos pueblos, de la consolidación del Gobierno de Rosas, de la influencia de sus hombres y de sus cosas? Repito, nadie se hace ilusiones á este respecto. Europeos y americanos miran como necesidad y una garantía de seguridad la desaparición del poder de Rosas y la destrucción completa de su sistema gubernativo. Todo está preparado, la más pequeña chispa producirá el incendio; pero es preciso que ella parta de un foco

poteroso y que abra donde está el inagotable resaca de fuego con que ha de convertirse en cenizas el horrendo edificio que han levantado, en estos países, el desencadenamiento de las pasiones más criminales. ¡Quiera Dios que si tal sucede quede á lo menos por resultado una fuerte lección de experiencia y que de ella sepamos sacar todo el provecho que promete! Empéñate en hacerlo comprender así á ese Gobierno, cierto de que es la verdad. Si quieren hacer algo ninguna ocasión es más propicia para ellos y para nosotros.

Acá seguimos más tranquilos; todo el mundo está decidido á esperar. Mr. Devoize se ha prestado á un arreglo, que, aún cuando, en mi concepto, no es sinó una tregua, es lo bastante, por ahora, que toda nuestra gran cuestión es puramente de tiempo. Con este hombre es de todo punto imposible que podamos marchar; su relevo es de toda necesidad; en este sentido sé, que ha escrito y escribe toda la población francesa; es loco y malo; se lleva mal hasta con el mismo almirante; el canciller Mr. Denois, sale para Francia reñido con él; en una palabra, es un demonio, que solo Mr. Guizot ha podido mandarlo para representar á la Francia en las circunstancias en que nos encontramos.

Por conducto fidedigno sé que Rosas no ha tenido noticias muy satisfactorias de Europa. Moreno, le dice, que nada ha podido traslucir sobre la política que piensa adoptar el gabinete. Sarratea le escribe poco más ó menos en el mismo sentido. Le dice que es imposible asegurar lo que hará el nuevo Gobierno de la República en el caso de fracasar la negociación Gros y Gore.

Dikson es el único, que, á última hora, le dice que todo lo que ha podido averiguar es que el nuevo ministro que se está esperando por momentos, Mr. Southern, trae instrucciones para hacer exigencias con respecto á la navegación de los ríos, que de ningún modo le serán agradables, lo que ha dado motivo á que Rosas se exprese de un modo muy duro contra los ingleses, y aún se cree que es una de las causas del desencadenamiento contra los extranjeros. Guido le escribe desalentado y diciéndole que en la uniformidad de la opinión de los bra-

sileros, con respecto á la política hostil que el gabinete debe adoptar, ve muy próximo el caso de un rompimiento. A esto se atribuyen los aprestos de guerra que está haciendo y la orden que le ha dado á Urquiza de reunir todas sus fuerzas, y á Mansilla, que está en Santa Fe, con una división de 2500 á 3000 hombres el que pase el Paraná á Entre-Ríos. Ya te he dicho que todo esto lo tengo de un modo fidedigno, pues es preciso que sepas, ya Rosas tiene traidores en aquellos que hasta ahora mejor le han servido.

¡Que suceso el del 23 de junio! Aquí nos ha dejado estupefactos. Para mí es el hecho más trascendental y colosal de la historia moderna. Toda la vida de las sociedades actuales se ha jugado esos días en las barricadas de París. Me espanto cuando pienso en las consecuencias que hubiera tenido el triunfo de los revolucionarios. ¿Ni aún así verá la Francia que la cuestión del Plata es eminentemente europea por los intereses que en ella tiene? En efecto, es una de las cosas que nunca he podido comprender; — la imprevisión, la carencia completa de miras políticas, de que han dado tan marcadas pruebas los dos Gobiernos, que por el todo de sus circunstancias estaban llamados á ver en nuestra lucha, algo más que el simple compromiso moral de los tratados, la independencia de un Estado extranjero ó las pretensiones personales de dos caudillos que se disputaban el poder.

¡Como! Están aquellos dos países á brazo partido con el pauperismo, que engendra una superabundancia desmedida de población y de producción y en los riquísimos y hermosísimos desiertos de nuestros vastos países, no han visto el único medio de dar fin á los gravísimos conflictos de un combate, que no puede ser menos que de muerte, para su prosperidad y bienestar? ¿Qué se necesita para que las poblaciones y los capitales emigren, por su propio interés, y vengán á establecerse en las fértiles sabanas de nuestros campos, levantando ciudades populosas y estableciendo grandes establecimientos industriales sobre las riberas de nuestros magestuosos y caudalosos ríos? Franquicias, libertades, seguridad. Y Rosas ¿qué promete? Barbarie, exclusivismo, salvajismo, tiranía, crueldad espantosa.

¡Y Rosas no ha sido derribado, y su sistema no ha sido aniquilado, y sus enemigos, que no querían más que la plantificación y desarrollo de las instituciones, de la más avanzada civilización, basadas en aquellas franquicias, libertades y seguridad, han sido abandonados, combatidos y anonadados por la política, torpe y maquiavélica, de esos dos Gobiernos, que están á la cabeza de esos dos pueblos, más populosos, más ricos y más civilizados de la Europa!...

Repito, para mí es incomprensible. Dejar de conquistar estos países por las simples, pacíficas y legítimas invasiones del interés privado y de una política humana y liberal, para venir, tal vez, antes de poco tiempo, á encharcarlos en sangre y arruinar estos pueblos con todos los estragos de una guerra desoladora! Es preciso confesar, que lo que ha pasado entre nosotros, es más que suficiente para dar prosélitos al sistema americano de D. Juan Manuel.

Revoul se ha empeñado para que su hermano sea nombrado cónsul en Marsella, y, como según me ha dicho Benjamín, el que hay allí es completamente inepto, y nada ganamos en conservarlo, le he prometido que si Angier, es aún el cónsul nombraríamos á su hermano en su lugar, para lo que te escribiría. Te recomiendo, pues, que si el consulado no está provisto ó consideras que el cambio no es conveniente, lo hagas en la persona que te he indicado.

A Le Long, le escribo. Por sus cartas á Lamas, veo que está quejoso de tí. Quisiera que si hay motivos de disgusto entre Vds. dos, hagas tú para hacerlos desaparecer. En el estado actual de la Francia, creo, que Le Long, puede sernos muy útil. Además, el ardor y decisión con que ha tomado la defensa de nuestra causa, le hace acreedor á las consideraciones del Gobierno. Él á mí nada me dice: es á Lamas á quien se ha confiado, y por esta razón deseo que no te des por entendido con él de lo que te digo.

MANUEL HERRERA Y ORES.

Montevideo, Septiembre 14 de 1848.

El doctor don MANUEL HERRERA y OBES se dirige al doctor don ANDRÉS LAMAS comunicándole que Rosas había despedido al cónsul Picolet, que representaba los intereses de los cardos, franceses é ingleses en Buenos Aires; que Mr. Harris, cónsul norte americano, escribía diciendo que era de esperarse le sucediera otro tanto al señor Bunge, cónsul de Holanda; y que Mr. Southern, próximo á llegar, probablemente no sería reconocido mientras la Confederación no fuera antifecha completamente como Rosas lo exigía.

Picolet, ha sido despedido de Buenos Aires, dándosele 30 días para dejar el territorio de la Confederación. Las causas que hayan determinado al Gobierno de Buenos Aires á adoptar una medida de tanta gravedad se ignoran verdaderamente. En la nota que se le pasó participándole aquella determinación, Arana, le dice, que da cuenta al Gobierno sardo de los motivos que tiene el de la Confederación para proceder así.

Me han dicho que la *Gaceta* de Buenos Aires publica esa nota; yo no la he visto, pero de la relación que se me ha hecho infiero que ó hay otras razones ó lo que es más probable Rosas ha querido desembarazarse de Picolet á todo trance.

Vd. sabrá que cuando las autoridades francesas é inglesas se retiraron de Buenos Aires, encargaron á Picolet de la protección de los súbditos y propiedades de aquellas naciones. Con este motivo, Picolet, hacía constantes reclamaciones de las que algunas habrá visto V. en los periódicos de Buenos Aires. Se cree, pues, y yo creo también, que el verdadero objeto de Rosas ha sido el de librarse de un agente importuno, y dejando así á las personas y á las propiedades de los súbditos franceses é ingleses bajo la férula de la dictadura, amenazar con esa actitud á los dos poderes interventores toda vez que ellos quieran hacer lo que yo no espero, pero que indudablemente Rosas teme.

Mr. Harris, cónsul de Estados Unidos en Buenos Aires, dice, en carta que ha escrito, que el señor Bunge, cónsul de Holanda ó de Bélgica, está también en lista para ser despedido. Si esto es cierto, creo que no se puede acusar á Rosas de hipócrita. El va á su objeto directamente y por el camino más corto.

Mr. Gore, me asegura que Mr. Southern, el nuevo ministro inglés para Buenos Aires, estará aquí de un momento á otro. Sobre el objeto de su misión todos divagan, pero yo se que Dikson escribe á Rosas, diciéndole que aun cuando no puede asegurar cual será la política que adoptará el Gobierno inglés en el caso de fracasar la misión Gore-Gros, tiene motivos, para creer que Mr. Southern, viene encargado de hacer exigencias

que no serán agradables al Gobierno de la Confederación. De todos modos, cuenta V. con que el nuevo ministro no será reconocido en su carácter, ni en ningún otro mientras la Confederación no sea satisfecha completamente, como Rosas lo exige, y queden así restablecidas la amistad y la buena armonía entre los dos Estados.

MANUEL HERRERA Y OBES.

Montevideo, Septiembre 25 de 1848

A fuerza de empeños y tramoyas hemos conseguido que el almirante francés baje á tierra 400 artilleros. Estos se han acuartelado en la barraca conocida por de Niblet, en la calle ancha del 18 de Julio, en donde el almirante inglés tuvo su residencia. A petición de Mr. Le Predour, se les ha abandonado todo el servicio de artillería de la línea interior, que ya han empezado á hacer. La importancia de este suceso V. la comprenderá mejor, en su parte material, cuando sepa que para servir cuarenta y tantas piezas de artillería de grueso calibre, nosotros no teníamos más que 65 artilleros.

Si D. Manuel Oribe, ha tenido alguna vez el pensamiento de visitarnos me parece que á esta hora lo ha desechado completamente. ¡Quiera Dios que las primeras noticias de Francia, no vengan á echar por tierra todos nuestros trabajos!

Por un buque venido de Cádiz, tenemos noticias recientes de Europa. Hasta mediados de julio la Francia continuaba en completa tranquilidad. En Inglaterra la reina había pedido facultades extraordinarias para la represión de las maquinaciones de los carlistas é irlandeses. En España parece que el duque de Sotomayor ha dejado el ministerio y pasa á París de embajador.

La publicación de los discursos de la Cámara de Diputados de ese país ha causado aquí muy buena impresión. Las gentes, que á este respecto, son aún capaces en formarse ilusiones, ven que ya en esa manifestación de la opinión pública, la gue-

El doctor don MANUEL HERRERA y OBES escríbe al doctor don ANDRÉS LAMAS diciéndole que Rosas había despedido al cónsul Picolet, que representaba los intereses de los cardos, franceses é ingleses en Buenos Aires; que Mr. Harris, cónsul norte americano, escribía diciendo que era de esperarse le sucediera otro tanto al señor Bunge, cónsul de Holanda; y que Mr. Southern, próximo á llegar, probablemente no sería reconocido mientras la Confederación no fuera antifecha completamente como Rosas lo exigía.

rra contra Rosas y nuestra salvación. Usted convendrá conmigo en que bajo el aspecto moral y político, en atención á nuestras circunstancias del momento, impresiones de ese género son siempre un poderoso auxilio, para Gobiernos como el nuestro que viven con el día. En este sentido, aquella publicación me ha hecho gran bien, y servido admirablemente, para salir de ciertos embarazos pecuniarios, que nos tenían á mal traer.

¿Por fin, viene ó no viene Mr. Southern? Lo esperamos con ansiedad. Si hoy llegase vendría en el momento más oportuno. Rosas está dispuesto á pegarle una bofetada más grande que la que le pegó á Hood.

Por el último paquete, le han ido á Guido, órdenes, las más terminantes, para que reclame inmediatamente y del modo más enérgico, las reparaciones y satisfacciones que se deben al Gobierno de Buenos Aires, por los insultos que le han dirigido los diputados en la discusión de que poco antes hablé á V. El hombre está montado de tal manera, que le ordena también á Guido, tome sus pasaportes, sin demora en el caso que no se acceda por el Gobierno imperial á lo que se le pide en los términos más expresos.

Supongo que á la fecha ya Vd. sabrá lo que hay de positivo en esto. Yo lo tengo de una manera auténtica.

He hablado con Antonini, largamente, sobre el encargo de Vd. y me ha prometido que realizado el contrato, que tiene entre manos con el Gobierno, hará cuanto le sea humanamente posible para cubrir el compromiso que tiene con Vd. Él está en durísimos apuros.

MANUEL HERRERA Y OBES.

Río Janeiro, Septiembre 26 de 1848.

Hemos estado más de un mes sin buque para escribir á V.

En ese periodo he recibido sus apreciables de 20 de agosto y 11 del corriente. La primera me dió un mal día; muy malo, por que me anunciaba un suceso funestísimo; la disolución de la

administración, lo que me parece, iba á constituir á Montevideo en plena anarquía.

La idea de separarse V. del país, me parecía, ahora, una gran falta. Por fortuna su carta del 11, que me da su acomodo con Devoize, me indica también que la administración ha vuelto á entrar en quicio. Se acercan días decisivos, y es preciso que por el país y por Vds. mismos se conserven unidos y firmes en sus puestos. No es imposible que entremos en el camino que buscamos con tanta fatiga, ¿por que no sufrir un poco más, los que tanto han sufrido?

El suceso de la Colonia hizo aquí malísima impresión; se dió á Montevideo por perdido y algunos esperaban las noticias de la entrada de Oribe por el primer buque. Así lo pronosticaban también cartas de personas altamente colocadas en nuestro Río. Esa impresión fatal, paralizaba á todos nuestros amigos, y me obligó á publicar en el *Journal* del 15 lo que V. verá. Aunque los datos de que me serví para dar cuenta del suceso, no han resultado correctos, el tono del artículo nos hizo bien.

Luego que esa impresión aflojó la gente de Rosas volvió á hacer entender, de todos modos, y bajo todas las formas posibles, que había negociaciones iniciadas entre Vds. y Rosas; que éste había hecho proposiciones muy moderadas y que producirían la paz si los franceses les permitían á Vds. obrar por sí mismos. El objeto era compensar el efecto de la sumisión de Oribe á Rosas, mostrando al gobierno de Montevideo sometido, á su vez, á los franceses. Para desbaratar esa maniobra, publiqué, bajo mi propio nombre, en el *Journal* y *Correo Mercantil* el desmentido que V. verá y que surtió todos los efectos á que estaba destinado. Me lisonjearía mucho que mereciera la aprobación de V.

El orden público se turbó en esta capital en los días 8, 9 y 10; pero, el sociego se restableció por sí mismo, sin otro resultado que enflaquecer al ministerio; al que los opositores acusau de connivencia con los perturbadores.

Aún dura la crisis ministerial, pero, tocando ya á su término.

El gabinete está en el momento en que escribo, en plena disolución.

El doctor don ANTONIO LAMAS escribe al doctor don MANUEL HERRERA Y OBES habiéndole de la situación, difícil que se crearía en la plaza á separarse Herrera y

Obes del mal que había que tener todavía mala impresión dada por la t la Colonia, á darse por p Montevideo y acudido por el da en la p Janeiro; de la guerra política elementos ro el Brasil y de bajos contrarios; de l ministerial p por la dimi señor Paula de la situación ca del Brasil tamente hos sas, que ha al señor Soc co, que rep violencia. C asegurándole ombinación rial sería para la paz supuesto que peridor llam vizacondes d Ollinda ó M ge; y que por que allí thern, «ho vieso, y p más alto pu manía ingi todo lo q o's ».

Como dije á V., en 21 de agosto, era probable que la sesión se prolongase hasta después de votado el presupuesto. Así sucedió. El Senado, cuya mayoría es opositora, se apresura ahora á despachar esa ley. Recibió el proyecto de la Cámara de Diputados hace tres días, y, en tres días, lo pasó á su comisión, la comisión lo despachó y hoy entra en discusión.

La prórroga de las Cámaras termina el próximo 3 de octubre.

El Senado, como V. ve hace esfuerzos para votar el presupuesto antes de ese día; y aún hay quien dice que aunque no lo consiga, no habrá nueva prórroga.

Esto último no me parece probable. Creo más natural prorrogar las sesiones, hasta la sanción final del presupuesto, lo que equivaldría á prorrogarla por 3 ó 4 días, que es lo más que necesitaría el Senado.

De todos modos, la crisis, ya declarada oficialmente por la publicidad de la dimisión del señor Paula Souza, va á resolverse en estos días. Tuve la noticia de que Guido recibía por el *Kestrel* orden para exigir satisfacción por los discursos pronunciados en la Cámara de Diputados, debiendo, en caso de no conseguirla, pedir sus pasaportes y retirarse.

Aún que hasta ayer, á las 6 de la tarde, Guido no ha dado ningún paso, nosotros nos hemos movido mucho y estos señores, así como están, se han movido, y han hecho todo lo que les era posible, espidiendo, como me consta, que han expedido, órdenes para que de varias partes marchen las tropas disponibles á Río Grande. El Departamento de Marina también está en actividad.

Las comunicaciones de Pontes han servido mucho para hacer comprender que los preparativos de Rosas, eran claramente hostiles al Brasil. Las fuerzas que se preparan, decía yo, son, en su mayor parte, de *caballería*. vendrán al Estado Oriental, pero allí no tienen objeto ni aplicación.

El señor Souza Franco, al ver lo de las órdenes de Rosas, que se decía haber recibido Guido, contestó sin trepidar: *Repretemos la violencia!*

El estado de la opinión aquí, especialmente después de los

discursos de los diputados, y la necesidad de dar servicio al Gobierno, no permitirían otra cosa.

La interpelación que anuncié á Vd., no ha tenido lugar aún por obstáculos físicos. Si no sobreviene algo en estos días, que la haga inútil, todavía tendrá lugar antes del 3.

He tratado de publicar las órdenes de Guido, pero después de mucho portiar nos hemos resignado á no causar el sacudimiento que ella produciría, sin asegurarnos un poco más de su existencia. Las probabilidades hasta ahora, (10 de la mañana) se inclinan á una combinación muy favorable para nosotros. Se supone que el Emperador llamará á los vizcondes de Macahé, Olinda ó Monte Alegre.

De oficio solo puedo mandar el resultado de mi reclamación sobre el acuerdo de los bandidos. Así como es, me parece que acabaría de enojar á Rosas.

De Europa envió á V. copia de lo que me escribe Le Long. Southern va en este vapor. Es hombre travieso, y poseído, al más alto punto, de la manía inglesa contra todo lo que es francés.

ANDRÉS LAMAS.

Rio Janeiro, Septiembre 26 de 1848.

Hace muy poco, recibo, por conducto de don Gabriel Pereyra, una carta de Ellauri, de la que adjunto copia. V. ve que en el fondo dice lo mismo que Le Long. Eso es lo que importa, desde que Le Long mismo dice someterse y obrar de acuerdo con Ellauri.

Por lo demás, cuando dí la especie de autorización que contiene la nota de 22 de mayo, que parece ha sido feliz, por que llevó una idea muy realizable después de los sucesos de junio, no solo tuve en vista que Le Long era el único que se me mostraba trabajando, sino que Ellauri me decía positivamente que en agosto estaría en viaje para ésta, donde esperaba abrazarme, etc. Todo eso sin duda, tuvo V. en vista, cuando aprobó mi nota, pero

El doctor don ANDRÉS LAMAS, al doctor don NARCISO HARARI, OBRES diciendo puesto que el buen viejo (el Ellauri) que allá y vuelve á calor, era un regulariano no representac Francia.

puesto que nuestro buen viejo queda por allá y vuelve á sobrar calor, es urgente que V. dirima el conflicto, y regularice nuestra representación en Francia.

ANDRÉS LAMAS.

París, Agosto 2 de 1848.

Tendrás presente lo que te he escrito desde la revolución de febrero; mas por uno de aquellos accidentes imprevistos, y que son comunes á los países en revolución, cuando menos lo pensaba, se me ha presentado una bella ocasión de entrar en una negociación, que tal vez de por resultado el envío de 4 ó 5 mil hombres á nuestra tierra; dinero para emprender grandes cosas, y una invitación seria del Gobierno francés al del Brasil, para que entre en la combinación. Si todo se logra antes que ésta llegue á tus manos, recibirás por un vapor mis comunicaciones oficiales. Por ahora me ciño á esta confidencial, sin entrar en detalles, porque á Benjamín le escribo largo, y con encargo de mostrarte mi carta. Creo que la mayor importancia, está en un religioso secreto, como se lo recomiendo á Benjamín. Aquí mismo nadie lo sabe, sino el gobierno, y yo. Dios nos dé la dicha de que todo se logre como he propuesto, pues habré llenado los votos de 10 años, y quedará satisfecho para morir tranquilo, cuando llegue la hora, sin aspiración de alguna clase.

JOSÉ ELLAURI.

París, Agosto 2 de 1848.

He recibido, por Liverpool y Londres, noticias de esa, sobre el estado de las últimas negociaciones. Me he apurado en hacer publicar en varios diarios, y en algunos he añadido reflexiones útiles á los intereses de la República Oriental. Voy á continuar de esta manera y no descuidaré nada para volver á dar á esta

El doctor don JOSÉ ELLAURI escribe al doctor don MANUEL HERRERA y ORES una carta confidencial comunicándole una de las tantas ilusiones nacidas al calor de la lucha: cree posible el envío de 4 ó 5 mil hombres, dinero para emprender grandes cosas y una invitación seria del Gobierno francés al del Brasil para entrar en la combinación. Es una carta llena de patriotismo lluso en la que concluye diciendo que á realizarse habría llenado los votos de 10 años y quedaría satisfecho para morir tranquilo, cuando llegue la hora, sin aspiración de ninguna clase.

El señor JOHN LE LONG se dirije al doctor don MANUEL HERRERA y ORES dándole á conocer los trabajos hechos acerca del Gobierno francés y del pensamiento de enviar á Mon-

cuestión, en la *Prensa*, toda la importancia que tenía antes de la revolución de febrero. Desde ese momento, acontecimientos de tan grande novedad, se han sucedido que no hay que extrañar haya sido olvidada ó á lo menos dejada á un lado; pero repito, que vuelvo á darle nuevo impulso, por que según creo, ha llegado el momento decisivo, y es preciso obrar con persistencia, cerca de la Asamblea Nacional y el Poder Ejecutivo. Al principio del mes último me había entendido ya con el señor Drouyn de L'Huis, ministro de relaciones exteriores, presentando una petición. Él se ha ocupado de hacer la relación á la Asamblea, é informarse de la política seguida por el Gobierno caído, en los asuntos del Plata, para señalar las faltas cometidas por aquel, y los actos que más han comprometido, los intereses y el honor de la Francia, por no dar más protección á la República Oriental, á quien había prometido que no sería abandonada. Sus palabras han sido escuchadas con atención por que el señor Drouyn de L'Huis es uno de los representantes más considerados. El señor Bastide, había sido nombrado ministro de marina, desempeñando interinamente el de relaciones exteriores, pero ahora queda únicamente con el último ministerio. Me felicito de esto, por que comprende y aprecia toda la importancia de esa cuestión y está bien dispuesto para darle una solución digna y honorable. Ha sabido por mí la salida de Mr. Southern enviado por Lord Palmerston cerca de Rosas; esta noticia no le ha sido muy agradable. Yo creo que el jefe del Poder Ejecutivo, el general Cavaignac, está con las mismas disposiciones, y espero que no cambiará. Esta es la confianza que tengo, en virtud de dos conferencias que hemos hablado largamente. Le he remitido una nota que me ha pedido, cuya copia remito á V. E. con la principal que ella contenía. V. E. advertirá que en el final de dicha nota, le hablo del proyecto que le había iniciado en mi primera entrevista de 12 de julio, que consistía en dar un apoyo más eficaz á esa República, mandando, en su auxilio una parte de los prisioneros hechos en las insurrecciones de julio, de los que están sentenciados á salir fuera de Francia. Ese Gobierno no debe tener desconfianza de esta tropa, por que sea compuesta de los amotinados, muy

tevidos una fue compuesta de los prisioneros hechos en insurrección de julio, sentenciados salir fuera de Francia. Al respecto extiende en varias ocasiones llenas de simpatía. Hace y siente que la salida de Mr. Southern ha causado mala presión al gobierno de Francia.

al contrario. La mayor parte de los comprometidos, han sido arrastrados, los unos, por funestos consejos, los otros, por la miseria: estos no tienen ningún acto de crueldad, que se les pueda reprochar de los muchos cometidos en estos últimos acontecimientos. Estoy seguro que toda esta gente, establecida en la fértil campaña de esa República, tomarían muy pronto, las costumbres, y serían útiles para el país por haberles recibido. Esos hombres diseminados por la campaña, sería la mejor salvaguardia de la República, por que impedirían toda invasión ulterior, por parte de Rosas. De todas maneras, no hay que dudar, que en medio de circunstancias tan extraordinarias; como en las que se encuentra el Gobierno, creo que el sólo medio de asegurar la independencia de la República, es el envío de fuerza imponente. La República francesa, francés, en medio de todos sus embarazos de finanzas y de todas las complicaciones políticas que pueden de un momento á otro traer una conflagración general, no estaría en posición de hacer los gastos de esta expedición, si ella no encontrase alguna compensación en transportar los rebeldes, que deben, de todas maneras, ser deportados á ultramar. Las negociaciones que he empezado van á continuar, esperando que V. E. aprobará los poderes que me ha conferido el señor don Andrés Lamas, pues jamás he tenido una esperanza más fundada del buen resultado de nuestra causa, por la buena voluntad del Gobierno francés en terminar esa guerra de una manera leal y honrosa para la República. Estoy persuadido que el jefe del Poder Ejecutivo y el ministro de relaciones exteriores, comprenden toda la importancia de esa cuestión, desde que no la abandonan, en medio de los acontecimientos de Europa.

(Continuará.)

POR LOS TEATROS

FIASCO VIOLINÍSTICO

A la compañía lírica de Bernabei sucedió, en el *Politeama*, la compañía italiana de operetas dirigida por el señor Sconamiglio, á quien todos conocen porque él mismo se preocupa con los relevantes méritos de su persona, haciendo colgar, por do quiera grandes carteles con su retrato, también grande en escala, todo ello lucido entre las hermosas fisonomías de dos plásticas estrellas.

Como lo general de las compañías de opereta, la de Sconamiglio sobresalía por la belleza de las actrices y aun más por el desnudo de las mismas.

Las tres estrellas de este grupo de la risa en solfa, eran: la Foffano, bajita de estatura, bastante bonita (por lo menos en las tablas que son el cielo de estos seres humanos) — con voz bien vibrante, con tendencia á escaparse por la tangente desde el tono justo del trozo cantado.

(En *Geisha* se portó siempre muy correctamente).

La Pirracini, mujer inteligente, con expresión de fisonomía muy picareza: nariz interrogativa, tipo de francesita que se luce cantando *chansonettes* del *Moulin Rouge*. Nos satisfacía por completo.

La Paulini — que se hizo célebre por aquella bien conocida historia de amores, en la que era protagonista, exclusivamente dedicada á la idea de unirse matrimonialmente á un joven apasionado — La Paulini — decimos — era en realidad una espléndida italiana y, si se quiere, una griega porque, de hecho, era su

fiase un conjunto de formas plásticas, según las severas reglas de la estatuaría helénica.

El rostro no predominaba, puesto que por nuestros pagos sudamericanos hay, por millares, cosa muy superior.

En cuanto al primor de líneas corpóreas que admiraría el mismo Fidias, no hay dos opiniones divergentes: la Paulini era reina en su habitual *travesti*. Ella bien lo sabía — tanto se lo habían dicho y repetido; — de ahí, el encanto personal que ponía de continuo en las exhibiciones de sus formas.

En *Friné* — pieza terriblemente mediocre, con música aún más que mediocre, la Paulini, en la escena en que aparece ante el Aréopago, *desnuda*, obtuvo un exitazo ruidoso de anteojos *braqués* sobre su persona, como si por ventura quisiesen los espectadores, hombres y mujeres, deshacer y deshilar los puntos del *maillot*, la máscara de las carnes provocadoras. En este momento hubo un silencio de admiración extática en todo el teatro.

No hay duda — la Paulini es una mujer espléndida, espléndidísima! Pero, santo Dios! que voz! que voz! que voz!... Como colegial tímido que hace la corte á una primavera mujerial, aleteando alrededor de la *petite étoile*, así era el canto de la hermosa Paulini, *mariposeando* sin jamás *besar* el tono justo del trozo musical interpretado. *Si son ramage se rapportait á son plumage!*... como dijo Lafontaine.

Coristas... algunas de ellas feas... pero en mayoría bonitas... La compañía francesa era especialista en bailarinas hermosas. A Sconamiglio no le dió este año por la coreografía.

Las mujeres lindas — coristas y bailarinas, no se trasladan á América con las exigencias de las estrellas del canto.

En general... ganan poco como piruetistas ó alarimistas de la vocalización. Cada una de ellas *fará da se*....

★

Luego vinieron las dos compañías de zarzuela que actúan en el *Politeama* y en *Cibils*.

Y viven á dos reales por sección, lo que es de admirar en

tiempos de canícula, cuando las balnearias atraen á las gentes ávidas del oxígeno á orillas del Plata y del *fúrt* al claro de luna ó al claro del arco voltaico.

Hay noches que el *Politeama* y el *Cibils* rebosan de espectadores.

Con la *Trilla*, pieza de Trejo, con tiradas algo pornográficas, Orejón causa la delicia de los *amateurs* de ese género íntimo, haciéndoles desopilarse en contorsiones de risas grotescas y retumbantes.

Y caen los pesos. Él bien sabe la receta: toda su habilidad, toda su *vis cómica* condimentada con una buena dosis de *sauce verte*.

Preferimos actualmente el *Politeama*. Gil posee un conjunto más uniforme de artista. Hay más corrección en los ensayos.

El Nido, nueva é interesante pieza de los hermanos Quintero: está bien dada.

Luego, hay allí dos mujeres que saben hacerse valer: la Sánchez es una ardilla en *La Revoltosa*. Muy dueña de la escena, está allí como en su elemento. Da gusto oírlo... y verla también porque es guapa; que no es pecado el decirlo.

Y la Iñiguez es la otra que da encantos al auditorio: canta con gusto, es inteligente, es dueña de una sonrisa que á ella y á todos nosotros viene bien, porque la maneja con arte y nos balaga porque se le dibuja en los labios con primores de expresión y tonos de rubíes en labios juveniles.

Y es bonita, lo que es viejo repetir, y se lo repetimos puesto que repetir primaveras es deleite. Y sabe música — dicen los que la conocen — y toca piano y se acompaña también, como lo probó en el *Ateneo* cuando la fiesta del *Hospital de Niños*.

En *Justicia Criolla* es Gil un héroe haciendo de moreno, portero de la Cámara de Diputados en Buenos Aires.

Es sencillamente una creación.

★

En dos conciertos alternados con las piezas dadas por la compañía de Gil, se exhibió en el *Politeama* un violinista bel-

ga, señor Theo Massun, de quien, anteriormente, dijo la prensa diaria maravillas, publicándose larga lista de alabanzas y premios recibidos en otros países de nuestro planeta.

Lo oímos, pero confesamos que sufrimos una grande decepción.

Fué ruidosamente aplaudido, pidiéndosele hasta repetición de una que otra pieza de las que ejecutó. Constatamos el hecho.

El concertista tiene el derecho de mostrar al extranjero que el público que lo oyó, en su mayoría (*proh pudor!*) lo aplaudió con calor y extremada simpatía!

Lo consiguamos, seguros de cumplir un deber de lealtad.

Lo que, sí, no podemos es aplaudirlo por la prensa desde que no lo hicimos en el teatro.

No hay papel para nosotros más odioso que el de escribirse lo contrario de lo que se siente.

Como obra de caridad puede el crítico hacer alabanzas á un artista sin valor porque la generosidad es un deber en la vida común de las gentes, pero en el presente caso no sucede lo mismo: el concertista que oímos anoche tiene un nombre y títulos que lo elevan muy arriba de ese nivel. En este concepto es que la crítica se impone. El señor Massun por sus dotes morales, merece tener los amigos numerosos que tiene y todos sabemos que un buen amigo hace mil, á la vez que un enemigo á lo Machiavel hace desplomarse toda una reputación ganada á fuerza de continuo y porfiado luchar.

Apreciamos el proceder de la buena amistad pero no podemos conceder aplausos á ciegas. El concertista es primer premio de un Conservatorio belga. No tenemos porque dudarlo, pero aseguramos que con una ejecución como la que oímos, sería reprobado *namine discrepante*.

El señor Massun no estuvo feliz.

Para aquella vasta sala del Politeama, cuya acústica sabemos todos lo que vale, la delicada y bonita *Berceuse*, compuesta por el mismo señor Massun y ejecutada con sordina y además con una tenuidad extremada de sonoridad — muy apreciable en un salón — era como un ligerísimo y lejano murmullo de notas plañideras, *rari nantes in gurgite vasto*. Era Goltschalk y

son todos los grandes concertistas, quienes, antes de tocar en público, quieren conocer el medio y sus condiciones donde van á exhibirse. Como sucedió en la noche que le oímos en el *Liceo Franz Liszt*, la *Escena dramática*, de Bériot, fué la que más agradó.

Al señor Massun le habrán hecho grandes elogios. Sentimos no ser de ese número. Decimos más: acá en Montevideo tenemos ejecutantes, hasta aficionados, que si se hubiesen hecho oír, en seguida del concertista, hubiesen comprobado esta clarísima verdad: que despreciamos lo que tenemos en casa para tan solo admirar lo que viene del exterior.

Se conoce que este artista hizo, en su vida, un largo paréntesis de relativo descanso en sus estudios.

A veces faltáronle, al ejecutar, entonación en ciertos pasajes, severidad y firmeza de arco en otros, finalmente las dotes absolutas de un verdadero concertista.

El señor Massun no es *verdadero* concertista. A los grandes y verdaderos artistas se les buscan los más insignificantes defectos por el placer de herirlos por maldad ó por envidia. Hoy en día está pasando algo extraño y fenomenal en la prensa de América — salvo honrosas excepciones — á los mediocres se les elogia á fuerza de artículos llamativos, con citas mirabolantes de elogios de importación. A los ejecutantes de mérito se les discute; á los de poco valor se les abre los brazos.

Cuando el artista se anuncia al público con toda modestia, hay una atenuante, un motivo que despierta el sentimiento de la benevolencia; pero cuando se hace sonar estrepitosamente la trompeta de imaginaria fama, entonces es de justicia el poner las cosas en su lugar. O somos críticos ó no lo somos.

Es cierto que la mayoría de los diarios se calló, después que se oyó al pregonado concertista; pero ya que en aquel entonces no pudimos decir lo que sentíamos, cumplimos el deber de emitir nuestra opinión con la ruda franqueza que corresponde.

Amicus Plato, sed magis amica Veritas.

ADALBERTO SOFF.

REVISTA DE REVISTAS

AMERICANAS

REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS (Buenos Aires — Diciembre de 1901.)

Luis Capuana, por J. L. Pagano. El autor comienza su crónica-retrato con la referencia de que cierto escritor americano, tratando en el prefacio de uno de sus libros, de la parte verdaderamente positiva de la literatura, — la que se relaciona con el dinero que produce — constataba el hecho de que en Francia es donde rinde más grandes sumas. Obnet saca con cualquiera de sus novelas la hermosura de trescientos mil francos, cosa que en el resto de la Europa no sucede. En España, por ejemplo, Juan Valera no obtuvo más de veinte mil reales con su *Pepita Jiménez*. Luis Capuana, el célebre escritor italiano que ha enriquecido la historia literaria de su patria en más de veinte volúmenes,

vive en Roma, en un modesto tercer piso, entre libros « como un estudiante » (afirmación textual). Presentado por el joven y ya famoso escritor florentino Guido Rutetti, Pagano visitó en su casa al notable autor de *Profumo*. Desde que penetró en las habitaciones de Capuana, le llamó la atención el tranquilo recogimiento de que habla todo en ellas, admirando desde el sencillez y reducido gabinete de estudio hasta la nutrida biblioteca, vivienda de sus muchos libros, todos encuadernados en pergamino blanco. « Su aspecto es abierto y franco; calvo, rosado, el bigote blanco, algo obeso. Capuana es uno de esos hombres que, cuando se encuentran en la vida, aún sin conocerlos, nos inspiran confianza y cariño. » Visitante y visitado hablaron mucho de diversos temas hasta que, como era natural, la conversación cayó al campo del actual período literario, que Capuana considera de transi-

ción. Departieron sobre ese tópico juzgando la moda de los escritores jóvenes del día, que se preocupan mucho más de la forma que del fondo de sus obras, y cuando se citó el nombre de d'Annunzio, preguntó Pagano a Capuana qué pensaba del autor de *Il fuoco* como jefe de escuela, a lo que contestó — asombrado de que hubiera quien lo creyese — que en literatura no puede llegar a ser escuela una neurósis en el concepto y en la forma. Se declaró contrario a la idea de que d'Annunzio deriva del modernismo francés, diciendo que las causas determinantes de tan superior ingenio pertenecen a la jurisdicción fisiológica: Su literatura es neurótica, eminentemente personal. No obstante, algún impulso recibió de la novela francesa, pues ésta siempre se penetró más de la vida moderna, en el sentido que aquí corresponde a la palabra. En Francia ya se había entronizado esta clase de literatura, cuando Italia no tenía más formas de novela que la histórica y la romántica, representadas por Manzoni y Guerrazzi. Hablaron del naturalismo de Verga y al estudiarlo junto a Emilio Zola, dijo Capuana: « Aquél no ha precedido a éste en la publicación de sus novelas; pero puedo asegurarle a usted que no hay entre las tantas novelas que escribió el gran novelista francés, una que valga, por la ver-

dad y la impersonalidad, *I Malavoglio* ó *Maestro don Gesualdo*. » (1) — Pasando a la literatura española y, en contestación a una pregunta de Pagano, dijo Capuana que no la posee tanto como desearía; que conoce a la Pardo Bazán, con quien se ha carteaado mucho tiempo, una de cuyas novelas hizo publicar en italiano. De Pérez Galdós dijo: « ¡qué gran novelista es éste! » Se extendió en elogios del genial autor de *Episodios Nacionales*, lamentando no conocer toda su colosal obra literaria. Nueva sorpresa de Capuana, cuando a su creencia de que el mercado mejor para las producciones de Galdós está en América, contestó Pagano diciendo que ahora no pasa ésto, también debido a la mesalinica influencia del modernismo. « Cómo! también ustedes?... » Y confesó haber vivido engañado hasta hoy con las enseñanzas de ciertos juicios críticos de d'Amicis, en los cuales trataba con mucho entusiasmo de algunas obras argentinas, genuinamente efímeras, sin asomos de influencias extranjeras. « Y mientras Capuana hablaba siempre sereno y calmó, acompañaba sus palabras con gestos que venían como a completar sus ideas ó a ilustrarlas, cual acontece con casi todos los meridionales de Italia. Sus ojos

(1) He leído las dos obras citadas y encuentro mucha exageración en lo que afirma el ilustre autor de *Il Decamerone*. — A. F.

pequeños y claros, se iluminaban bondadosamente y daban a su semblante una expresión de serena y cabal honradez. Viendo y tratando a Capuana, se comprende cómo de su pluma no haya salido jamás una línea envenenada por la ironía, ni aún para contestar a sus adversarios, aún cuando éstos, muchas veces ofrecen buen paño que cortar. El no lo hace sin embargo: bástale en demostrar que tiene, para el efecto, bien afiladas las tijeras. »

REVISTA DEL ATENEO (Buenos Aires — Noviembre 15 de 1901.)

Sobre libros americanos, de Ernesto Quesada. Una de las eminencias intelectuales argentinas, el doctor Ernesto Quesada estudia en la parte bibliográfica de esta notable revista, algunos libros americanos de reciente publicación, y entre ellos dos de escritores uruguayos: *El régimen penitenciario en Montevideo*, por el doctor Alfredo Giribaldi, y la primera entrega de *Lenguaje del Río de la Plata*, por Washington P. Bermúdez. El primero, que le merece calurosísimos elogios, es estudiado casi hoja por hoja por el erudito crítico. Ya en el principio de su trabajo lamenta que no se hagan análogos estudios en las penitenciarías argentinas, para poner en eviden-

cia « esa llaga cancerosa que ha convertido a un panóptico modelado en una especie de caravanseriallo donde se confunden presidiarios, penados celulares, presos, arrestados y simples detenidos, en una promiscuidad singularísima y que repugna no solo a la criminología sino al simple sentido común. » Culpa a los tribunales, a los gobernios y al público, de que allí *todo está falseado*, reduciéndose a un solo tipo de pena, los muchos que ordenan las leyes: al de la privación de la libertad.

— Según el crítico, desde las primeras páginas de la obra del doctor Giribaldi, se impuso la personalidad del autor; sin que es innegable su alta autoridad moral y que ha estudiado con verdadero amor el objeto de sus científicas investigaciones. « Se expresa con relativa independencia y formula sus críticas sin ambages: se ve que es un hombre acostumbrado a decir verdad, y que cuenta con el respeto ajeno, por estar habituado a tenerlo para con los demás. » — Condena el autor en su estudio crítico, las partes que, en su libro, dedica el doctor Giribaldi, a la habitación, al examen de los problemas médicos e higiénicos: la alimentación, el peso individual de los penados las alteraciones de la salud, etc., y encuentra que son muchas las enseñanzas que pueden sacarse de ellas. Reproduzco textualmente el final del trabajo del doctor Quesada: « He

ahí cómo esta monografía, al tratar tan diversos tópicos con un criterio rigurosamente médico, llega a tocar los problemas fundamentales del derecho penal contemporáneo. . . . Ese hecho innegable de que los penados, resulten, en las penitenciarías, tratados mejor que en sus casas, en cuanto a lo que atañe a la vida material; que se les dé instrucción, se les enseñen oficios, se les cuide y rodee de tales comodidades, que un 99 % de los trabajadores honrados no pueden ni soñar en tener, y todo esto con los dineros arrancados precisamente por estos pobres trabajadores honrados a su sustento y a su vestido y que el fisco les reclama para llenar rumbosos presupuestos! . . . Hay cierta incongruencia en esa exageración de la escuela correccionalista, que todavía no está satisfecha y que parece considerar a los criminales de las penitenciarías como los hijos pródigos de la sociedad. . . . El libro del doctor Giribaldi merece ser leído por los estudiosos: no solo por los médicos, sino por los penalistas. » — Con respecto a la importante obra de Bermúdez, dice que es verdaderamente lastimoso que, destinada a tener mucha resonancia y a demostrar que el idioma castellano, en las regiones río-platenses ha sufrido modificaciones fundamentales en su estructura, esté condenada a no pasar de la

primer entrega, por no haber encontrado la debida protección de parte del público. Reproduce en seguida los principales párrafos de una carta particular de Bermúdez, en los cuales explica los alcances de su grandiosa obra. El autor se manifiesta diametralmente opuesto en cuanto a las ideas que el lexicógrafo uruguayo sienta sobre una *lengua nacional*, considerando que se debe conservar la unidad del idioma y que los regionalismos no significan un divorcio absoluto de la lengua madre. « Desearía, pues, que la obra de Bermúdez pudiera tocar a su término, a fin de comprobar con el análisis de la misma, que los regionalismos *legítimos* — pues no todos lo son, ni pueden admitirse como tales los usuales de la conversación diaria o del lenguaje del pueblo, mientras el uso literario de los buenos escritores no les hayan dado carta de ciudadanía — en nada, absolutamente en nada, menoscaban el tesoro común del habla castellana, ni la disfrazan siquiera. » En el último párrafo de su estudio crítico dice la verdad de que es imposible juzgar de la bondad de una obra cuando aún no se conoce, y sólo por el primer pliego de su publicación. Sea como sea hay que reconocer en el autor una incontestable competencia, una labor y una valentía que imponen respeto. Hace votos por

que el éxito corone los esfuerzos del señor Bermúdez, llevando á término su monumental obra, trabajo original que enriquecerá la literatura de estos países.

ATHENAS (Buenos Aires — Noviembre de 1901.)

El centenario de Mayo, (1810-1910) por Mariano A. Pelliza. El distinguido historiador argentino empieza su artículo diciendo que ya hemos entrado á la última década del siglo de la revolución de Mayo, y que justo es pensar con tiempo en la manera más grande de celebrar el centenario de aquella gloriosa epopeya, para que los festejos no tengan la ridícula marca de fábrica de lo improvisado que siempre resulta grotesco « porque nada puede hacerse perfecto, si faltan el tiempo, la competencia, y el reposo necesarios. » Nada le parece al autor tan práctico y a través como la realización de un gran concurso internacional, donde la República Argentina, cuyos progresos en ciencias, artes é industrias son notorios, pueda hacer ostentación de ellos, luchando con los similares extranjeros. En primera fila es necesario hacer resaltar la gran cantidad de riquezas naturales, que hacen de la nación argentina un emporio de fortunas.

La agricultura y la ganadería, esas dos fuentes inagotables de recursos para la felicidad de los países que las poseen, son, en la Argentina, envidiables filones para los capitalistas que, ocupando cientos y cientos de brazos, arrancan á la pródiga tierra sus innumerables frutos. Las mejoras implantadas en esas dos ramas de la industria hacen de ellos dos columnas poderosísimas para sostener el concurso. A estas ostentaciones de las riquezas naturales é industriales, agréguense la celebración de concursos intelectuales y artísticos, haciendo poner en actividad la imaginación de los poetas y el talento creador de músicos, pintores y escultores. Ninguna fecha más apropiada para la realización de ese grandioso certamen que el primer centenario de la revolución argentina, el 25 de mayo de 1910. — El señor Pelliza, en apoyo de su idea de pensar con mucha anticipación en los festejos del centenario, cita como se hizo las exposiciones de Filadelfia y de París; la primera conmemorando la revolución de la Independencia; la otra, el primer siglo de vida republicana. El Poder Ejecutivo de la Unión, y el mismo Parlamento americano, una vez dictada la ley de 3 de marzo de 1871, fueron dando forma al proyecto de exposición, que se convirtió en hermosa realidad cinco años después, en 1876, en el gran

Conallio mundial. Cinco años antes — también — el 8 de noviembre de 1884, decretaba el Presidente de la República Francesa la celebración de una gran Exposición Universal que sería inaugurada el 5 de mayo del 89. La invitación á los gobiernos se hizo en 1887 y se creó un empréstito especial que facilitó muy buenos recursos de una manera sencillísima y sin afectar al erario público. — En la última parte de su artículo y después de decir que, para no quitarle nada de grandiosidad al universal concurso, no debe omitirse ni economizarse absolutamente nada, cree que sería conveniente presentar el cuadro gráfico del Buenos Aires de 1810, con la reproducción de edificios, calles, y tipos de entonces, para ponerlo en contraposición del actual, con sus muchos adelantos operados en cien años transcurridos desde que se hacía independiente. — « Hemos cometido muchos errores en política; estamos cometiéndolos todos los días en los diversos sistemas económicos aplicados á nuestras industrias; hemos malbaratado la tierra prodigando nuestras riquezas con mano demasiado larga — pero nada de esto ha sido estorbo al país de la civilización; nada ha perjudicado á la prosperidad general. Hemos dominado la anarquía y la barbarie en la prensa libre, las esonelas y el trabajo. Millares y millares de extranjeros atraídos

por nuestras leyes liberales — por el ejercicio libre de sus cultos y por los alicientes que ofrecen el comercio y la industria en sus variadas aplicaciones, han encontrado en nuestro país la más legítima felicidad para todos sus esfuerzos — y hoy, incorporados á la nacionalidad argentina — son argentinos también los descendientes de esos emigrados que arribaron á nuestras playas para fundar aquí nuevos hogares, donde encontraron su tierra de promisión. » Termina su trabajo el señor Pelliza, diciendo que, para que no sufra el Estado con los desembolsos que habría que hacer inevitablemente para la Exposición, debería crearse un empréstito popular ó una grande comandita de capitalistas que empleasen su dinero de una manera reproductiva é inteligente.

LA REVISTA NUEVA (Santiago de Chile — Noviembre de 1901.)

Cartas de mujeres, por Juan Valera. Para hacer un pequeño juicio de la última producción de Jacinto Benavente — *Cartas de mujeres* — el eminente literato español dedica unas páginas al estudio del rol que desempeña la carta en la literatura. Empieza diciendo que, si la vulgar costumbre de cartearse, comercial ó íntimamente, ha ido aumen-

tando cada día por diversas razones, el estilo epistolar aplicado á la narración de casos imaginarios, con un fin estético, en la actualidad estaba muy descuidado; pero éste vuelve ahora á estimular el ingenio de escritores talentosos de todos los países. El autor celebra esta reivindicación literaria porque de las composiciones escritas, ninguna le gusta más que la carta « cuando el que la escribe acierta hacerlo con la naturalidad, sencillez, gracia y ligereza que este género literario requiere. » La redacción debe ser hecha con franqueza y abandono, sin esfuerzos ni alambicamientos, como si el que escribe no tuviera jamás la sospecha de que van á ser publicadas. Precisamente por pecar contra esto, el autor no aprueba las cartas didácticas, como las de Demoustier á Emilia sobre la mitología y las de Aimé Martin á Sofia sobre la física, la química y la historia natural. « Adoctrinar á una linda dama, entreverando las lecciones con piropos y galanterías, y hasta con versos, me parece candidez, no sé por qué, poco sufrible en el día de hoy. » Las cartas escritas familiarmente, en sencillo estilo, cosas hechas sin la intuición de que el público las leyese, debería siempre servir de modelo. El escritor inteligente puede sacar mucho partido de ellas, bordando una novela amorosa, refiriendo viajes por

extraños países, ó apuntando en cartas sueltas los usos y costumbres de determinadas épocas y pueblos, el carácter las pasiones, los sentimientos de determinadas personas. De esta última clase de cartas, las que no componen una narración seguida, las escritas recientemente en Francia por el notable psicólogo Marcel Prévost, han tenido ruidosísimo éxito y han estimulado — sin duda — á Jacinto Benavente, á escribir sus *Cartas de mujeres*. Ni Prévost ni Benavente son los inventores del estilo epistolar, pues desde tiempos muy remotos se han escrito cartas fingidas, como las del sofista Alcifrón, que tienen la risueña edad de dieciséis ó diecisiete siglos. Dice el autor que con el andar del tiempo las ciencias han progresado enormemente; « pero en punto á finuras amorosas y galantes, á tiernos y suaves discretos y á otros delicados primores por el estilo, ni pizca se ha inventado de nuevo. » Y cita, en comprobación, el hecho de que una de las cartas del mencionado sofista, la que Glicería dirige al cómico poeta Menandro, nada, absolutamente nada tiene que envidiar á las que hoy se escriben « en nombre de la cortesana ó hataira más enamorada y más licuiga. » Hace el elogio de algunas de las cartas que componen el libro de Benavente y se detiene en la para él más importante y bo-

nita, la que una mujer recién casada dirige á una amiga suya. En ella encuentra tema para una lindísima novela, sentimental, que hasta podría ser de tesis. Es interesante conocer, textualmente, lo que dice Valera al respecto: « ... La muchacha, como suelen las de familia rica, se casa por razón de estado, por conveniencia y por capricho. Los padres han concertado las bodas, y los novios dicen que sí porque no hallan motivo para decir que nó. En la aceptación de la novia entra, además, por mucho el deseo que tiene de adornarse pronto con ciertas galas, que no están en uso ni en la liturgia de la elegancia que gastan las solteras. Y, sin embargo, casada ya esta mujer, va poco á poco prendándose del sano entendimiento de la cortesía, de la afabilidad, de la gracia y de otras buenas prendas de su marido y viene á enamorarse de él locamente. En la carta declara á su amiga su pasión, post-conyugal, digámoslo así; pero le cuenta asimismo que á su marido ya se ha declarado. Dormido se queda éste al oír tan dulce declaración, hecha en el tálamo; pero

nosotros queremos esperar que en nueva carta que en la segunda serie escriba la enamorada esposa, nos cuente que el dichoso marido no se durmió de veras, sino que fingió dormirse, para probar y aquilatar mejor el amor de ella y que á la noche siguiente, á más tardar, se desveló, se despidió y pagó como era justo tan exquisitos y dulces amores. » Ocupándose al final en una carta que escribe cierta mujer á su chulo, desde la cárcel, donde está por ladrona, se pregunta: « ¿ por qué el estar bien escrita una carta ha de hacer inverosímil que la escriba una mujer del vulgo que no estudió sintaxis ni ortografía? » Y recuerda haber oído decir á Próspero Merimée, su antiguo y buen amigo, que las señoras que *in illo tempore* escribieron las más encomiadas cartas, no tenían — comunmente — más conocimientos gramaticales que las porteras de ahora. Por paradojal que parezca esta aseveración de Merimée, la verdad es que para el buen estilo epistolar no son indispensables ortografía y sintaxis. Cabeza y corazón es lo que basta... y sobra.

EUROPEAS

LA LECTURA (Madrid — Noviembre de 1901.)

Santiago Rusiñol, por Rafael Domenech.

Si vous voyez dans la sensibilité la partie importante de l'homme vous ne verrez de beauté que dans les émotions vives et vous prendrez les accès de larmes et les sentiments déliés. Votre opinion sur la nature fera votre opinion sur la beauté: votre idée de l'homme réel formera votre idée de l'homme idéal: votre philosophie dirigera votre art.

(H. Taine Delaage.)

... ennuissant sempre i fruit notes per ferre un libre. Es aquíb que s'esperen. Si si voltes de més triat qu'alguns, m' té la culpa lo que s' ven desde la ruta.

(S. Rusiñol — *Amor pel vent*.)

El distinguido escritor catalán — señor Domenech — en galana la primera página de su magnífico estudio con estos dos sugerentes retacitos de obras geniales. La personalidad artística de su talentoso y original paisano Santiago Rusiñol, eminentemente simpática y redonda — para él — de cierto misterio extraño a sus ojos, lo indujo a estudiarlo « con toda la curiosidad de que pue-

de ser capaz un hombre que ve todos los ideales de la vida impregnados del gran encanto que emana del arte. » El robusto talento de Rusiñol, reflejado en todas sus obras, apareció siempre a Domenech envuelto en ciertas nebulosidades que se lo hacían ver incompleto y raro, más que nada por su profundidad y lo delicado y sutil de sus manifestaciones. Moviéndose en un ambiente artístico muy distinto del suyo, era necesario, imprescindible que cambiara de medio — aquel en el cual su obra se producía — para poderla ver con claridad, sin que quitárale su diáfana ninguna incertidumbre, pues así lo prescotea, no siempre nebulosa é incomprensible. Ninguna idea más acertada, pues, que ir a buscar ese mismo medio ambiente: Domenech marchó hacia Sitges, « la Meca de mi peregrinación artística, para entrar en la Kaaba de esa nueva fórmula del arte contemporáneo patrio. » — En compañía de Juan Fabré, muy amigo y admirador de Rusiñol, visitó una tarde al *Can Ferrat*, la rara mansión del artista. Mientras iban hacia ella, sostenían animada discusión —

muy lejos uno del otro — defendiendo aquél la nueva fórmula artística que iban a contemplar en su verdadero santuario, y defendiendo éste la parte que ese modernismo tiene de incomprensible y vago. — El autor da rienda suelta a su imaginación al manifestar las impresiones recibidas en el *Can Ferrat*, cuyos hermosos sitios abandonó con una emoción extraña, muy extraña. « ... Entonces abrí el libro *Oraciones* de Rusiñol, y, al leerle de nuevo, recé por primera vez la oración de un arte triste, y delicado y fino como el color de la magnolia, pero sutil y enervante como su aroma... Lee, lector, sus libros; contempla sus cuadros; ponte en un estudio de espíritu desligado de convencionalismo; cierra bajo siete llaves tus recuerdos de la presente y anterior generación artística, y abre de parte a parte las puertas de tu corazón, para que en él penetren todos los encantos que emanan de su obra. Verás en ella fondos de paisaje primaveral esmaltados de flores de tonos suaves, más lírios que claveles; verás paisajes otoñales, y entre las hojas secas que se desprenden de los árboles, rayos de un sol poniente de mortecino dorado, y sombras azules de una frialdad que te llegará hasta el corazón. Verás paisajes de invierno, nebulosos y tristes, y entre aquellos fondos, más

imaginados que vistos, percibirás esperanzas decaídas, ilusiones secadas por el invierno de la vida, y anhelos cada vez más ansiosos, y cada vez más tormentosos, cuanto más invisible es el fondo del paisaje que se extiende ante tu vista. Conocerás mujeres jóvenes, de cuerpo débil que se inclina hacia la tierra, como flor que se marchita casi al tiempo de abrirse, y cuya delicadeza no puede resistir el aire y el sol que da vida lozana a otras flores. Mujeres, eternas, de una delicadeza de retablo, cuyo vigor físico se desvanece por la degeneración de una raza, como la patina del tiempo desvanece y empaña la brillantez de los colores primitivos. Hombres de sensibilidad refinada, nerviosos, y otros hijos del terruño, que al terruño se aferran, y cuya alma, pobre y mezquina, vuela con torpeza a flor de tierra. Y todos ellos de carne y hueso, llevando en su alma ensueños é ilusiones y el sedimento que la vida deja en el fondo del corazón. » Estudiando el temperamento de Rusiñol, esencialmente nervioso, dice que lo obliga a aprovechar sus facultades de observador, haciéndose un *camínant de la terra*, anhelando siempre renovar los paisajes puestos ante su vista y los personajes de su trato. Muchos de los individuos de sus obras, que, al igual de los de Lord By-

ron, retratan alguna modalidad de su temperamento, tienen la monomanía de recorrer tierras y más tierras, llevando en su corazón alegrías y tristezas que en cada sitio recogieron. Tan pronto Rusiñol está en París como en España; pasa un poco de tiempo en su estancia de San Luis y emprende viaje á Italia, va á Mallorca por unos días y queda varios meses recorriéndola. En cierta ocasión él y otro célebre artista recorren en seis meses toda Cataluña, teniendo como vehículo un carro. Las impresiones de sus viajes están encerradas en *Anant pel mont* y en *Fulls de la vida*. — Rusiñol es un hombre atrayente, de un carácter especialísimo: pocos tienen como él, en tan alto grado, esa cualidad que llamamos *don de gentes*. Su conversación es chispeante, sin caer en la exageración de lo burdamente chistoso; « su ingenio se traduce en algunas frases de un aticismo irónico tal sobre las cosas y los hombres, que el ridículo más grande cae sobre ellos; hacen reír, pero luego queda algo en el fondo del corazón que duele y da tristeza. » Es algo que resulta raro su buen humor cuando se está en la desagradable convicción de que Rusiñol sufre, desde muy pequeño, una dolorosa enfermedad que le ha puesto varias veces al borde de la tumba y ha hecho de él un amigo algo abusador

de la morfina. Apesar de su carácter jovial; aunque sea manifestada bajo una envoltura de alegría y humorismo, tiene una tendencia marcada á ver la fase dolorosa de la vida: con razón puede llamarse el pintor y el poeta de las tristezas. « Cuando dice en el prólogo de su libro *Anant pel mont* que « si á veces es más triste que alegre, tiene de ello la culpa lo que se ve desde el camino, » es que la Naturaleza se le aparece como envuelta en una atmósfera extraña de tristeza, y los hechos humanos que más le impresionan son aquellos que llevan en sí las amarguras de la vida. Su imaginación de artista, sobreexcitada por su larga dolencia, por las noches de insomnio y de fiebre, por aquella maldita morfina que le consumía su cuerpo más que el mal mismo, había de predisponerle á los enueñes vagos y había de aumentar su sensibilidad de una manera extraordinaria. » — Como Domenech promete para el número próximo de *La Lectura* la conclusión de su bien escrito estudio, termina esta parte ofreciendo á los lectores dos buenos frutos del talento de Santiago Rusiñol. Esto pertenece á *La font del art*: « Los colores, armonizándose como en una tela japonesa, por el solo hecho de armonizarse; un reflejo de pared sobre una cortina blanca, por las finas tonalidades que recoje al ser

besada por la luz; una brumosa impresión fantaseada por Goya, sin asunto y por el solo maridage de notas; un fondo del Veronés, por la graduación de tintas; unos ventanales de colores, por la claridad que espargen y la poesía que en sí llevan, son para los que sienten el arte, encanto para los ojos y sensaciones afinadas que enamoran á su alma. La ondulación de una línea, por su gracia misteriosa; la delicada expresión del dibujo de los primitivos, solo por su expresión encerrando los pliegues del espíritu; los afiligranados bordados, nacidos de las caprichosas líneas de una planta, son ya suficientes para deleitar de una manera íntima á los amantes de la forma. La patria de un objeto, de una flor ó de un bronce antiguo; de una sinuosa fachada ó de una moneda griega; de una joya bizantina ó de un marfil gótico, destilan por sí suficiente belleza para aquellos que saben gozarlas; como el sonido de una campana, dos notas armonizándose, un canto de la noche ó un murmullo de la selva, no necesitan orquesta para los que entienden las primicias de las artes, el primer gérmen, el canto de la fuente de donde nacen y los primeros suspiros que lanzan en su misterioso lenguaje. La orquesta, el teatro, las grandes telas, los asuntos trascendentales y ampulosos, la poética y la retórica,

no son el alma del arte; son el traje con que se les viste para enseñarlo á las multitudes y á muchos críticos: á los que, desnudo, no sabrían comprenderlo y necesitan ornamentos, para engañar su pobre alma; á los pobres extranjeros del país de la Belleza, que ha de ser traducida en formas aparatosas, para que sepan como habla; á los que pasan la vida contemplando el estancamiento de las artes, sin acercarse á la fuente de la cual mana el agua más pura. » Esto va dirigido *Al lector*, en el prólogo de *Oraciones*, tratando de las conquistas del progreso moderno: « El telégrafo nos trae las noticias con demasiada prontitud; y como en este mundo hay para recibir más tristezas que alegrías, pasando por los alambres, por cada una que llega de ésta, se reciben diez de las otras; y francamente, para recibir las no hay prisa. El vapor nos conduce de una parte á otra del mundo; pero como ha igualado la tierra, para ver siempre lo mismo no vale la pena el abandonar el hogar. El arte de la fotografía ha hecho una imitación de artistas que deshonran la Belleza; la mayoría de los inventos se aplican á máquinas de matar; la maquinaria moderna ha sembrado el desagrado entre los obreros de la tierra; y comencemos á caer en la cuenta de que se ha mirado mucho por el bien del cuerpo, dejando los

goces del espíritu como nubes del último término. Este progreso ha servido para enaltecer á las medianías, para difrazar de genios á los hombres que saben leer libros y recitárselos á los tontos como si fuese cosa propia; ha hecho parecer superiores á los seres que en la isla desierta de archivos y bibliotecas serían salvajes de cuerpo entero. Ellos nos han quitado la mayor parte de las creencias, y esto no podemos agradecerles. Al contrario, reuñamos de su memoria, y creemos que si no vienen otras ideas modernas que procuren el bienestar del espíritu como hasta el presente se han cuidado de los egoísmos del cuerpo más valdría no llenarnos de una cultura que mata las ilusiones, sin procurar que nazcan esperanzas.»

NUESTRO TIEMPO (Madrid —
Noviembre de 1901.)

Recuerdos de mi vida, por S. Ramón y Cajal. El nombre del célebre médico español Ramón y Cajal ha paseado el mundo en brazos de la fama: son del dominio de todos sus envidiables triunfos científicos que le merecieron la más alta y honrosa recompensa á que aspiraron muchos de sus colegas en el Congreso de París. Creo, por esta causa, que no dejará de tener importancia para

el lector el extracto de su notable autobiografía, escrita en un estilo admirablemente sencillo y desprovisto por completo de esos exajerados adornos literarios, de efectos contraproducentes en la mayoría de las obras. En una *Advertencia al lector*, que es toda una profesión de fe en la doctrina de la sensatez y la cordura — hace una exposición de las ventajas é inconvenientes que acarrea el escribir una autobiografía á los cuarenta y nueve años, en una edad en que los hombres no juzgan acabada su carrera, ni creen haber entrado en la temida y respetable edad de los recuerdos. Él quisiera esperar á la época de la impasible senectud para escribir sus memorias; pero se lo priva la íntima persuasión de la decadencia de su fuerza, « las cuales han luchado en la diaria batalla de la vida harto más de lo que su flaqueza consentía, » y agrega que le asalta el temor de que para él, arrastre, el ocaso de su existencia, — como para tantos otros — el ocaso de la razón y de la voluntad, « la retrogradación al estado de larva humana. » Es ventajoso escribir una vida aún incompleta porque la frescura de los recuerdos vigoriza y da verdad á una narración, y se maneja la pluma con libertad, sin que el frío pesimismo con que el achacoso viejo contemple lo presente dificulte su marcha. La edad madura es la más favorable para el escritor: sus

excelencias estriban en que representan una posición estratégica de la vida « igualmente alejada de las decadencias y frialdades de la decrepitud y de las inexperiencias y lijerías de la edad juvenil: en ella, la prudencia no se ha divorciado aún de la energía y de la actividad, ni los desengaños han barrido todavía la esperanza y el entusiasmo; ni, en fin, se ha perdido toda influencia sobre la gente moza, único público y exclusivo campo de experiencias morales que debe buscar el escritor. » Entre los más graves inconvenientes figura, en primer término, la inexcusable necesidad de silnetear — moralmente — personas que viven todavía. En tranco semejante, pocas plumas hay que no se tuerzan, ya en la alabanza ó la lisonja, ya en el acre vituperio ó el juicio ligero, de tan lamentables efectos. Conviene y es de suma higiene moral conocer las siguientes reglas de conducta á que sujeta su crítica el doctor Ramón y Cajal:

1.ª No imputar á los demás la responsabilidad de fracasos y contratiempos que son, casi siempre, el fruto de nuestros errores, inexperiencias y defectos.

2.ª Evitar el vicio tan general de estimar las intenciones, prescindiendo de la psicología especial del juzgado (al cual le atribuimos gratuitamente la muestra) y de las condiciones del medio intelectual en que vivió.

3.ª No presentar como enemigos ó mal intencionados á los que nos perjudicaron con sus actos, pues, casi siempre, las que llamamos ofensas, arbitrariedades é injusticias, no representan otra cosa que la legítima defensa de intereses personales, tan sagrados como los nuestros, pero incompatibles con ellos.

4.ª No caer jamás en la tentación de mostrar bajo una faz antipática á nuestros adversarios, á quienes bien miradas las cosas, debemos gratitud y estima, porque ellos fueron los principales colaboradores de nuestros éxitos, despertando dormidas energías; contemplando nuestro espíritu y obligándonos á los supremos esfuerzos. La frase « atacadme que por vosotros triunfaré » de Séneca, debe ser siempre nuestra máxima.

5.ª No impacientarse nunca con las ideas y opiniones de los demás, por absurdas y dañosas que nos parezcan, pues estas son por lo común, resultantes mecánicas de dos factores, de las cuales el hombre es irresponsable: la organización cerebral heredada y la educación intelectual y moral recibida. Compadezcámonos, pues, al errar tanto como al enfermo; éste suele ser la víctima de un microbio; aquél sufre los tristes efectos de una sugestión falsa. Sabe que la misión del historiador y del biógrafo no es vituperar á los hombres, sino comprenderlos, descubriendo la lógica de sus ideas

y el móvil de sus acciones.

6.º Si en alguna ocasión estimamos necesaria la severidad, hagamos a la vez crítica negativa y positiva, reprobando lo malo y alabando lo bueno. Persuadidos estamos de que la indignación y la cólera provocadas por la crítica, nacen más que de la publicidad de defectos y debilidades ajenas, de la incómoda conducta de ciertos escritores, quienes, para afear más la fisonomía moral de su víctima, omiten intencionalmente todos los méritos y prendas dignas de nota y alabanza.

7.º En fin, en los casos más graves, callaremos el nombre de las personas, conducta prudente que deberemos seguir también al aludir a sujetos excelentes, pero tan modestos y recatados que temen la publicidad como si se tratara de un escándalo reprochable.»

Después de argumentar algo más acerca del fondo y de la forma y dar a su autobiografía, empieza su primer capítulo titulado: «Mis padres, el lugar de mi nacimiento y mi primera infancia.» El sabio médico nació en Patilla de Aragón, lugar de Navarra, el 1.º de mayo de 1852. Su padre, Justo Ramón Casasús, aragonés, era un modesto cirujano; de carácter enérgico, extraordinariamente laborioso, era muy emprendedor, lleno de iniciativas y de ambición. En los primeros años de su vida profesional; no habiendo logrado, por escasez de

recursos, terminar sus estudios médicos, se propuso economizar lo necesario para costearse el complemento de su carrera. Pronto realizó sus loables propósitos y el buen éxito en todos sus diagnósticos y sus curas fué muy grande y creciente, circunstancia que le permitió juntar unos ahorros, con los cuales pudo casarse. Fué su señora — al decir de las gentes que la conocieron de soltera — una robusta montañesa, muy bonita, nacida en la aldea de Larrés. — Al llegar a este punto de la autobiografía, dice Ramón y Cajal que, a veces, la ley de herencia da bromas muy pesadas, pues, lejos de haber representado los hijos una diagonal ó término medio entre los progenitores, así en lo morfológico como en lo intelectual y moral, no sucedió tal cosa, pues solo una hermana heredó los ojos de la madre, sin ningún otro rasgo de su exquisita belleza. Los otros hermanos, nada. Tanto en lo físico como en lo intelectual, son un retrato del padre «repetiendo hasta la saciedad sus rasgos fisonómicos y morales; circunstancias que nos ha condenado, en nuestra vida de familia a un régimen de monotonía molesto y aburrido. — Cuenta, con lujo de detalle, rasgos biográficos de su padre, haciendo notar la gran fuerza de voluntad que tenía, con la que supo vencer incontables obstáculos y dificultades en la azarosa vida.

«Cuento estos rasgos de la biografía de mi padre, porque sobre ser hermosísimos para él, constituyen también antecedentes necesarios de mi historia. Es indudable que, prescindiendo de la influencia hereditaria, los actos, las ideas y ejemplos del padre representan condiciones decisivas del medio moral en que los hijos se crían, y causas principalísimas de los gustos é inclinaciones de éste.» Termina esta parte de su trabajo — que continuará en números sucesivos — contando una travesura suya, cuando tenía solo tres años de edad, que casi le cuesta la vida. Estaba jugando en una era cercana del pueblo, y se le ocurrió sacudir un palo a un caballo: éste se defendió tirándole una coxa que recibió en la frente. Cayó el niño sin sentido, bañado en sangre, y lo dieron por muerto.... Pero, no murió. «Fué esta mi primera travesura; luego veremos que no debía ser la última.»

NUOVA ANTOLOGÍA (Roma —
Noviembre de 1901.)

Li - Hun - Chang, por Will. — Un pequeño artículo necrológico dedicado al que fué más eminente hombre público del imperio chino, ocupa unas páginas entre las novedades mundiales de *Nuova Antologia*. Dice el autor que, con

la muerte de Li - Hun - Chang, termina una larga y activísima existencia, pues su ideal constante y único fué hacer rica y poderosa la raza á que pertenecía. Este indiscutible mérito lo reconocieron siempre hasta sus mismos detractores de Occidente: muchas veces afirmaron que los grandes é incansables beneficios prestados por él á su pueblo, no tenían otro objeto que el de prepararse el camino del trono. Al decir esto, púntanos una ambición — muy justa — pero constatando los muchos motivos que tuvo para sostenerla. — Li - Hun - Chang era alto, delgado, erguido como en tiempo de su remota juventud, de figura imponente; frente surcada de gruesas arrugas; ojos penetrantes y juguetones; labios pequeños y sutiles. Hablaba muy lentamente, envolviendo sus palabras en una exagerada afabilidad. El camino del estudio en que fué iniciado desde criatura, lo recorrió con extraordinarios éxitos, acusadores de una clara y viva inteligencia. A los 24 años fué proclamado miembro de la Academia Imperial; á los 27, *competitor* de primera clase, es decir, ponía su firma á los decretos del Emperador. Pocos meses después fué encargado de combatir la terrible revolución de Zai - ping, que había ganado, ya, diez provincias de las dieciocho del Imperio. Logró, después de cerca de diez años de

lucha, dominar á los rebeldes, en premio de lo cual fué promovido al grado de « Gran Canciller » — tercer personaje de todo el Imperio chino. Alimentados por la envidia, se levantaron muchos adversarios de Li-Hun-Chang, á raíz de su rápida exaltación á tan brillante cargo, al cual tuvo que renunciar finalmente, aceptando el de comisario imperial y gran examinador en el Sse-Ci-nan. Al cabo de dos años volvió á la Corte, sin iras ni rencores, contento de poder ser útil á su país. En 1870, y después de un éxito diplomático obtenido con Francia, fué nombrado Gran Secretario y recibido en la « ciudad violeta » como salvador de la dinastía y benefactor del pueblo. Su autoridad, ya grande, se hizo ilimitada poco después en la regencia que ejerció cerca de veinte años. — Cuando, en 1889, subió al trono Kuang-Su, teniendo quince años, alejó del gobierno á la Emperatriz y á sus fieles consejeros Kung y Li-Hun-Chang; este último se retiró á Chi-Li, donde era virrey, concretándose á gobernar esa provincia. Su pericia en los asuntos del Imperio

fué muy pronto necesaria; debido á Li-Hun-Chang se hizo el célebre tratado de Scianowoski, con el Japón, que fué para la China mucho menos desastroso que lo que hizo prever el éxito desgraciado de la guerra. Después del golpe de Estado del 22 de septiembre de 1898, con el cual la Emperatriz madre volvió á tomar las riendas del gobierno, Li-Hun-Chang llegó á ser de nuevo el gran inspirador, el máximo factor de la política china, consiguiendo entonces hacer triunfar su proyecto de alianza con Rusia, tanto tiempo acariciado. — Fiel á las tradiciones y á las tendencias de su pueblo, Li-Hun-Chang fué poco amigo de los europeos y mucho menos de los italianos. Cuando alguno de sus cortesanos le mentaba las barbaridades que de él se decían en Europa, sonreía Li-Hun-Chang y decía, muy despacio: « Un buen ministro no teme las mordeduras de la calumnia, porque la altura de las torres se calcula por la longitud de sus sombras y el mérito de los hombres se mide por el encarnizamiento de sus detractores. »

BIBLIOGRAFÍA

PAISAJES PARISIENSES por Manuel Ugarte. — Un volumen de 244 páginas en 8.º — París, 1901. — Libr. Imp. Reunies.

Los boulevares, la nieve, la *foule* que se agita bajo la luz caiente de los mecheros, las grandes vidrieras iluminadas, el Sena, los árboles esbeltos, el *Moulin Rouge*, las mujeres de ojeras hondas y labios ajados, el *absinthe* y los viejos behemios, eternos protagonistas de novelas sentimentales, una vez más, han sido elementos de libro, y esta vez, de un libro bien hecho, en que el autor ha puesto algo personalísimo. Un libro que ya han escrito, desde Mürger, hasta el último bohemio que ha colgado su nido de sueños de una buhardilla parisién.

El asunto, como se ve, no es nuevo: pequeñas complicaciones sentimentales, dramas inéditos de la vida del boulevard, — en que el histerismo, la tuberculosis y el ajeno, entran como elementos esenciales, — dolores anónimos que se agitan en el bullicio de un café, vidas que se deshojan como flores marchitas, y todo esfumado apenas, sin contornos reales, usando solo de las medias tintas ó de un gris atenuado en que las figuras gesticulan y se agitan con movimientos de epiléptico, impulsados por una fuerza oculta que de antemano les tiene señalados su puesto y su acción en el escenario.

Es un inmenso *guignol*, en que los *marionettes*, aparecen, hablan, rien, cantan, lloran y mueren, mientras el público aplaude y los pobres muñecos vuelven á recomenzar su eterna comedia. Eso es el libro, ni más, ni menos.

Escrito con pasión, ha resultado sentido. Ugarte ha visto á

medias, — porque me consta que su libro no es más que producto de un *snobismo* sentimental, — pero ha adivinado todo. Ha entrado en la vida por la puerta de la miseria y el dolor, y en la penumbra, ha visto agitarse bultos y sombras informes, pero su imaginación, su intuición y su fantasía, han dado contornos á esas sombras, han coloreado sus perfiles y si no le ha resultado una obra perfecta y real, hay en ella una suma de sinceridad, y de buena fé, de poesía y de sentimiento y tanta alma de artista, que la hace encantadoramente sugestiva.

Es un libro triste pero su fondo moral es bueno, está formado de compasión, de tolerancia, de amor y de perdón, un nuevo Jordán en que se lavan las manchas del alma.

Enseña á sufrir, pero también enseña á amar á los caídos á los débiles, á los miserables, á los que se estrujan el alma para reír, á los que ponen la cara alegre cuando el corazón se desangra, á los que arrastran una vida de miseria moral, cuando tienen el alma llena de luz. Hay compasión y bondad; todo lo explica y lo perdona; piensa que las llagas del alma, como las del cuerpo se curan y así como la epidermis, recobra su antigua tersura, así el alma también, vuelve á la pureza perdida.

En resumen, un libro escrito en estilo y lenguaje orijinalísimos que es lo que más lo caracteriza y de los que no hablo porque ya lo ha hecho magistralmente Unamuno que es el prologista; un libro de honda enseñanza, en que si hay mucho de *dilettantismo*, hay mas de ingenuidad y de buena fe y más, mucho más de talento, de sentimiento, de arte y de poesía.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.

CONFERENCIA SOBRE EL SISTEMA DACTILOSCÓPICO por Juan Vucetich. — Un folleto de 54 páginas. — La Plata, 1901.

VIDA MODERNA se ha ocupado del estudio por demás erudito y científico que hizo el doctor don Ernesto Quesada

sobre el sistema dactiloscópico, cuyas primicias en el orden práctico y teórico han correspondido al señor don Juan Vucetich. (1) Y ahora llega el momento de dar cuenta de la sencilla y convincente exposición hecha por el mismo señor Vucetich, que tan gratos recuerdos dejó entre nosotros en el 2.º Congreso Científico Latino Americano. El señor Vucetich, jefe de las oficinas de Estadística é Identificación de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, ha explicado su sistema de identificación en una conferencia dada en la Biblioteca Pública de La Plata, solicitada por los señores doctor Tomas R. García, ministro de Gobierno, y doctor Luis R. Fors, director de la Biblioteca Pública. El señor Vucetich ha seguido las huellas del sabio maestro Mr. Francis Galton. Sus convicciones son profundas y cree que la impresión digital es de utilidad como medio de identificación y que el sistema más práctico y que más conviene aceptar es el dactiloscópico — Está convencido de que supera al *bertillonage*. En su conferencia explica ese método, sus fundamentos científicos y su clasificación técnica. El sistema antropométrico de Bertillon que ha conocido el señor Vucetich en la práctica de sus funciones, tiene defectos é inconvenientes que perjudican la eficacia del método y la absoluta exactitud atribuida al procedimiento antropométrico, dice el autor de la Conferencia. Demuestra, de una manera concluyente la invariabilidad de la impresión de los esquemas digitales, por medio de estudios y observaciones prolijas realizadas desde el 1.º de septiembre de 1891. El autor no reclama para sí la originalidad del asunto. Recuerda que desde tiempos remotos en China, Austria y Japón se han encontrado documentos de distinta índole con esquemas digitales estampados al pie á manera de firma. Hace la explicación y demostración de la persistencia de las líneas y de la enorme cantidad de combinaciones de diferentes individuos, empleando, para ello, los dibujos y grabados correspondientes. Ha hallado la clave que encierra todas las combinaciones que pudieran formarse con los dibujos de los diez dedos de las manos de cada individuo y que evitan á la vez las complicaciones á que forzosamente de-

(1) Véase VIDA MODERNA tomo III pág. 250.

bien dar lugar la aglomeración de impresiones digitales en los archivos de una oficina de identificación. Es así que el señor Vucetich ha tenido la satisfacción de poder decir que a la policía de Buenos Aires corresponde el honor de haber sido la primera en el mundo que aplicó a los procedimientos de identificación las impresiones digitales sobre una base positiva. De las conclusiones a que arriba deduce que el sistema dactiloscópico, en la identificación, es más eficiente que el procedimiento antropométrico. Cita varios hechos prácticos que acreditan su procedimiento, recordando que hasta las momias existentes en el Museo de la Plata conservan algunas esquemas perfectamente definidas. Y todo lo allí expuesto lo abona con la opinión del sabio Galton, que le dice que *él ha encontrado el verdadero método de las impresiones digitales, llamado a prestar servicios prácticos y positivos*. Con esto queda dicho todo lo que se pudiera decir en elogio del autor de la Conferencia. Galton lo ha manifestado: él tiene el laurel que deposita la sabiduría sobre la frente del hombre de labor.

LA TIERRA CHARRÚA por *Luis Alberto de Herrera*. — Un volumen de 292 páginas en 13 X 8. — Montevideo, 1901.

El libro ha desarrollado much o calor. Tiene páginas muy interesantes y está escrito con sana intención. El sentimiento partidario, que allí domina, no obscurece la recta inteligencia del joven autor. Nosotros no lo estimamos bajo ese aspecto, sino por el espíritu crítico, elevado, de que están impregnadas sus páginas. El estilo es sencillo, llano, natural. La importancia de la obra se revela en la crítica de que ha sido objeto en nuestra prensa diaria. Toda ella le ha consagrado atención preferente. No ha faltado quien se apasionara, al estudiarla. Los jóvenes escritores Onetto y Viana y Julio M. Sosa le han tratado detenidamente en eruditos artículos publicados en « *El Tiempo* » y en « *El Día* ». Los del primero dieron motivo para que terciara en el debate el doctor Palomeque, quien publicó en « *El Siglo* »

un trabajo titulado: *Rectificación Histórica*. Es un libro en el que se estudian las personalidades de Artigas, Lavalleja, Rivera, Oribe, Herrera y Obes (Manuel), Lanas (Andrés), Barro, Pereyra y otros, como asimismo los acontecimientos luctuosos de luchas civiles: de Quinteros, Paysandú y Florida. Podrá haber detalles de sucesos, más ó menos exactos; pero la impresión que deja la lectura del libro, con prescindencia de todo sentimiento de partido, es, que quien lo ha concebido y producido, tiene una alma noble, grande y generosa. Por eso vivirá su fruto intelectual. Y por eso ha apasionado su lectura.

ALMANACH POPULAR BRAZILEIRO PARA O ANNO 1902. — Un tomo de 286 — XXIV páginas en 16 X 9 — Pelotas, 1901.

La acreditada casa editora de *Echenique Irmãos y Cia.* de Pelotas, nos ha favorecido con el tomo 9.º del hermoso *Almanach Popular* que edita todos los años; nutrido éste, como los anteriores, de selecto material literario y de información. Los que deseen mayores detalles sobre esta interesante publicación riograndense, podrán obtenerlos leyendo el artículo que le dedicamos el año pasado, en el número correspondiente al mes de febrero, en esta misma REVISTA.

BOTICA CENTRAL HOMEOPÁTICA. — J. A. FONTELA. — CATÁLOGO GENERAL PARA 1902. — Un folleto de 50 páginas en 221 X 150 mm. á 2 columnas.

La Botica Central Homeopática, propiedad del competente farmacéutico señor J. A. Fontela, ha repartido el catálogo de su almacén, en el que se detallan todos los artículos y novedades del ramo que pondrá en venta durante el año 1902;

pero, la publicación de la referencia á la vez que catálogo comercial es un folleto de amena, interesante y sana lectura.

En sus *Narraciones Rioplatenses*, el señor Fontela revela excelentes condiciones de narrador y un perfecto conocimiento de la materia que trata.

DIRECTORES:

RAFAEL ALBERTO PALOMEQUE.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.

ADMINISTRADOR:

JUAN E. ETCHEVERRY.